

NARRACIONES ORDINARIAS



EDGAR DE SANTO
NARRACIONES ORDINARIAS

Legales

EL PREFERIDO

NOVELA

*Para Beatriz López Cristóbal.
Por habitar mi vida,
desde la adolescencia.
Porque sí.*

Primer movimiento

Allegro con brio



Sinfonía N° 3 Ludwig van Beethoven

Cuando el amor no tiene cara de mujer

En ese tiempo no existían los griegos antiguos, ni Freud, ni Foucault, ni Passolini, ni Stonewall, ni Puig, ni Perlongher.

Eran tiempos de *El amor tiene cara de mujer*.

Sin duda no tenía amor porque no tenía ni tengo cara de mujer.

Lo que sí tenía era una calentura de padre y señor nuestro. Sólo existía un señor a la vuelta de mi casa, que era el verdulero de mi barrio.

Tenía trece años.

Andá a la verdulería

No me daban las patas para ir.

Me olvidé la lista que mi vieja había dejado en la mesa de la cocina y la plata.

Por suerte había bastante gente.

Podía mirarlo a mi antojo. Era un tano exuberante. Nito. Así le decían las vecinas. Así le decía su esposa. Así también le decía un hijo paralítico que tenía. Creo que era deficiente. No lo miraba mucho.

-Qué vas a llevar.

Estaba con los brazos apoyados en la cadera y la camisa grafa demasiado abierta para ver un pecho enorme como una pista de aterrizaje y su voz velluda.

Salí corriendo.

Alcancé a escuchar al paralítico empastado en baba, me dijo: puuujjttoooo.

Volví a la verdulería

-Siempre el mismo pelotudo. Mi vieja estaba sentada mirando la telenovela y dejando la bombilla del mate llena de una pasta de los bizcochos.

Agarré la plata y la lista.

Salí. Caminé lento porque mi viejo estaba con mi hermano mirando adentro del capó del auto en la vereda.

Ni me vieron.

Doblé la esquina y empecé la carrera.

Otra vez había como cuatro viejas adelante mío.

Mejor.

Al mogólico lo habían entrado. Ya eran las siete.

Una vieja.

Otra vieja.

Y otra vieja.

Y otra vez las manos apoyadas en la cadera, sacándola para adelante.

Tenía como una papa en la bragueta que le levantaba el delantal de plástico mugriento de tierra de papa.

Y las manazas.

Y al lado del bigote también, entre la barba tenía tierra. El pecho no tenía tierra, estaba lleno de pelos del color de la tierra de papa.

-¿Papa negra? Cuánto quiere tu vieja.

Tartamudeé un kilo.

—Refrescó cachorro, saliste así en remera y te podés enfermar. Me chantó la manaza en mi pecho, la detuvo y me sobó las dos tetitas.

-Ves que tenés frío.

Ahora no había ninguna vieja.

Le di el papel porque no podía hablar.

Los cajones de verduras sólo dejaban una hendidja en el garaje que hacía de verdulería.

Él miraba el papel mugriento con la letra cachuza de mi vieja y pasaba por atrás mío. Cada vez.

Con cada pasada, sentía la papa.

Capaz que eran dos.

Al ratito nomás era más de un kilo.

-Mañana venite más tarde, cierro a las ocho.

A la noche en el galponcito

Después de comer le dije a mi viejo si podía ir a agarrar la navaja que me había quitado.

Me la había regalado Jorgito, mi primo.

El hijo de puta del viejo me la secuestró porque nos encontró en el fondo.

Jorgito me estaba refregando el culo a cambio de la navaja.

Para mí era un negocio redondo.

Cuando mi viejo nos encontró no alcanzó a ver mucho pero el aire se cortaba con navaja, no con esa, con otra.

Me pegó un mamporro y me mandó a mi pieza.

A Jorgito lo pateó a su casa.

El viejo se vino para mi pieza y me sacó la navaja del bolsillo trasero.

-Chito o te fajo de nuevo.

Y mientras buscaba la navaja me franeleó el culo bien a su gusto. Me pasaba el dedo de fákiu por la zanja. Por arriba del pantalón. Por ahora.

La encontró cuando tuvo ganas y dijo que la iba a esconder, en penitencia, por ya sabía qué, y que no sepa tu vieja que la vas a matar del disgusto.

Yo no la quería mucho pero tampoco quería que se muriera.

Cuando salió lo espí y vi que la metió en el galponcito.

Él se dio cuenta. Pero sabía que no la iba a agarrar porque tenía miedo de que se muera mi vieja. -Andá, pendejo, andá y la próxima te la tiro a la mierda. -Che, hablale bien al pibe. Mi vieja ya estaba medio entonada con el tinto de la cena y arrastraba los pies y la lengua. -El viejo tiene razón, es un pendejo gritaba el pelotudo de mi hermano Ernesto, Ernestito.

-Me pegaste un bollo para que le pusiéramos Patricio, y ahora le decís pendejo... Patricio se lo escuché más lejos a mi vieja y más arrastrado, mucho más, ya traspasando el tendedero lleno de ropa.

La bombita de 25 wats era peor que una vela en esa porquería de

casucha. Pero encontré la navaja entre la viga medio podrida y la chapa del techo.

Grabé en el palo una N y P en el medio de un corazón. Tardé bastante en hacer las muescas, bien profundas, para que mi viejo no las pudiera borrar.

Mientras tajeaba tenía como cosas en la boca del estómago.

Era como un rezo rumiado adentro.

Me toqué sobre el pantalón ajado, era como una papita, casi como dos.

Otra vez con Jorgito

-Psst, psst, Jorgito me chistaba bajito desde atrás del sauce llorón cuando salía para la escuela. Mi viejo estaba en la vereda, hablando con el de al lado.

Me hacía señas para el campito.

Fui.

-Hacete la rata boludo y jugamos en el cañaveral, tengo este robot a pila que está buenísimo.

Dudé un poco. Había repetido sexto grado. Era medio grande entre los de séptimo y me cargaban.

Repetí no tanto por burro sino porque siempre ando un poco distraído.

Nunca supe bien de qué ando distraído. Por ahí no me entusiasma mucho lo que a la mayoría lo entusiasma.

La cosa es que me hice la rata.

Nos metimos en el cañaveral, bien adentro. Me saqué el guardapolvo para no enchastrarlo y lo colgué de una caña petisa.

El robot era asombroso. A pilas.

Subía y bajaba los brazos, y giraba con sus piernas duras, mientras las luces iluminaban un televisor que tenía en el pecho al unísono con una especie de ojos.

Era tan increíble la fuerza que tenía que incluso se movía en un pedazo de tierra limpia y giraba.

Era poderoso como Nito.

Hasta su pecho era así de poderoso. -Mirá Pato, lo ponemos así, lo hacemos girar y si para apuntándote a vos yo te monto y si me apunta a mi me tocás las bolas.

-Bueno.

Así empezó a girar.

La primera lo apuntó a Jorgito.

Lo toque, por arriba del pantalón, y tenía como una papita Y después como dos o medio kilo.

Después se paró en mitad de los dos.

-No vale.

Va de nuevo.

Giró el robot me tocó más o menos para mi lado. Jorgito no dudó y me puso boca abajo y empezó a refregar sus papitas en mi culo.

Dale que te dale. Yo decía ufa me estoy aburriendo y él decía cosas que no entendía porque respiraba más fuerte que sus palabras.

Salió de arriba mío y muy rápido prendió el robot y lo apuntó a él claramente, parecía que lo había puesto así a propósito.

Me tocó sobarle las papas y cuando se me cansó la mano la quise sacar y me la apretó y me dijo seguí puto seguí y las papas se le mojaron.

Tenía una cara parecida a Nito, pero sin pelos. Quise seguir jugando y me decía pará un poquito, pará un poquito.

Se tiró panza arriba y la respiración fue cada vez más lenta.

Ahora en el pantalón volvía a tener una papita.

No me gustó.

Miré largo rato al robot, le di un beso en las luces apagadas.

No sabía la hora pero estaba refrescando.

Me puse el guardapolvo.

-Pasado mañana rajate y seguimos jugando.

Lo miré porque se tocaba con una mano la panza y con la otra la papita.

-Bueno, pero después de las cinco. No tengo más faltas.

Septiembre en la escuela

-Para mañana traigan algo para comer y tomar. Vamos a hacer un picnic.

La maestra tenía ojos celestes y era rubia. Y era fea.

Nunca pensé que había gente rubia y de ojos celestes fea. Hablaba con una tonadita bonita, dijo un día que era de Misiones, pero era más mala que la mierda.

Siempre festejaba a los varones que jugaban a la pelota, siempre festejaba a las chicas que jugaban al elástico.

A mí y a Pablo nos miraba con desconfianza.

Jugábamos al denenti.

Todos los recreos al denenti y al truco.

Un día nos sacó las cartas diciendo que era cosa de malvivientes. No sabía que era malviviente. Me imaginé la germinación del poroto medio podrida, el poroto con un algodón debía vivir mal, le faltaba tierra. Pero no pregunté qué era.

Ese mediodía le dije a mi vieja que tenía que llevar algo de tomar y de comer para festejar la primavera.

Me cagó a pedos porque en ese momento “él” le decía a “ella” que lo de “ellos” no podía “ser”.

-Salí pendejo, no ves que sufro, dijo mi vieja con los ojos llenos de lágrimas.

Y fui a la escuela sin nada.

Le conté a Pablo y me dijo que no me preocupara que no le dijera nada a la misionera que él tenía para los dos.

Así fue.

Se largó a llover como siempre en primavera e hicimos el picnic en el tinglado de mala muerte de la escuela. Lo llamaban el gimnasio techado.

Sentados en el piso de porlan, con cantimploras llenas de gaseosas dulces y calientes y sanguches.

La familia de Pablo tenía más plata que la del resto. Llevó sanguches de pan lactal de paleta y queso, sin mayonesa Y dos

latas de gaseosa.

-¡Latas! le dije asombrado y me miró como un triunfador.

Y estaban tan calientes como las cantimploras.

Me dio una y la maestra se acercó a los dos con cara de asco.

-No trajiste nada, nene. El nene sonó como cachetazo.

-No seño, me olvidé de decirle a mi mamá.

-Quevuasé dijo o algo así y nos devolvió las cartas. Cada grupo hacía lo que podía, la garúa nos tenía medio tranquilos.

Jugamos un truquito y gané. El segundo, me dijo, el que pierde tiene prenda.

-Bueno.

Ganó él esta vez.

-¿Qué prenda?

Me miró fijo, como muy fijo.

-Vamos al baño.

Él le pidió permiso primero a la maestra y me dijo que esperara y también hiciera lo mismo.

Se fue y al rato hice lo que me dijo.

Cuando llegué al baño me dijo que fuéramos a los baños con puertita.

-Bueno.

Y ahí se abrió el guardapolvo, se bajó el cierre y sacó la papita.

-Chupá.

-Qué.

-Chupá, dale, que es la prenda.

Y chupé, medio arrodillado. Él se apoyó en la puerta y pude apoyar el traste en el inodoro. Así mejor.

Y la papita se hizo como dos papitas.

Me dieron arcadas pero cuando quise sacármela de la boca me dijo que una promesa de prenda era una promesa y que me había dado una lata y dos sanguches.

Al otro día a las cinco y media en el cañaveral

-¿Qué le dijiste al tío y a la tía?

-Nada, que salí a andar un rato en bici.

Jorgito preguntaba como si no supiera que a mis viejos no les importaba mucho nada mientras no los jodiera.

Igual que a él.

No trajo el robot, pero me dijo que yo ya sabía el juego.

Me dio pena no ver ese pecho iluminado.

-Elegí vos primero.

Elegí tocar la papita.

Después él eligió acostarse encima mío y con la papita que eran ya dos, casi me hace ahogar contra el piso.

-Te voy a enseñar una cosa que no sabés, le dije.

-¡Qué no voy a saber!

-A qué no.

-A que sí.

-A qué no.

-A ver dale, me dijo con cara rara.

Le bajé el cierre, le saqué la papita afuera y le hice lo que Pablo me enseñó.

Abrió los ojos re grandes, y me dijo pará pará.

Se acostó en la tierra y dijo ahora seguí.

Cerró los ojos y me tocó la cabeza y un frío caliente me pasó por el lomo.

Cuando le salió la leche me la tragué sin saber si me había meado en la boca o qué.

Cuando le pregunté me dijo que era la semilla de los varones, que la guardara así me hacía más hombre. Yo ya me la había tragado y la verdad es que me sentía más hombre.

Cuando nos paramos me acercó la cara y me dijo que también me iba a enseñar algo.

Me puso la boca en mi boca y me metió la lengua. Hizo un ruido como mmmm, y yo para no ser menos también.

Me estaba haciendo hombre, yo también sentí mi papita que eran como dos.

Perdí mi gato

-Mamá, lo viste a Chiche.

-Te parece que tengo tiempo para darle bola a ese gato de mierda, que no sirve ni para cazar lauchas.

Yo a Chiche lo quería. Era un gato amarillo con ojos amarillos. Mi vieja me miró y me dijo, andá andá a buscarlo, por ahí se perdió en la otra cuadra, ese boludo.

La miré y no estaba en pedo. Nunca me dejaba salir cuando era medio de noche.

Y ya el palo de luz de la esquina estaba prendido. Caminé un rato, me metí en la casa de los vecinos y pregunté y nada.

Se me estaba enredando la garganta. A Chiche era al único que le había contado sobre Nito.

Hice una cuadra y otra y otra.

Ahí la cuadra estaba oscura y me paré en la casa abandonada.

Todos teníamos miedo.

Decían que había espíritus.

Era una casucha abandonada muy atrás, perdida como en una selva de las de tarzán.

Me paré ahí, tomé valor, empuje una puerta de fierro y alambre y entré.

-Chiche, Chiche. Y nada.

De la oscuridad salió una voz.

-Qué te pasa pibe.

Pensé que era el hombre de la bolsa.

No.

En una pileta de lavar la ropa estaba en medio de la oscuridad que ahora era menos oscura un tipo en bolas.

-Busco a mi gato, señor.

-¡Ah! me parece que lo vi por acá.

-Por dónde.

-Vení, vení, por acá.

Y vi a la luz de una luna, una papa grande que se la tocaba el

viejo.

Me quedé quieto. Algo no estaba bien.

-Mirá, mirá me parece que el gatito quiere que lo acaricies.

Se agarraba la papa y no podía dejar de mirar. -Vení carajo, te digo, o te pego un chumbazo por entrar en mi casa.

Sentí como un chumbazo y avancé.

La papa ya eran como dos. Estaba mojada y con olor a jabón Federal.

Me quedé quieto otra vez y él se arrimó. Sonreía por no sé qué.

Me pasó la mano por el culo como mi viejo.

Pero más lindo y me bajó el pantalón.

Me dio vuelta y con el jabón me pareció que me quería lavar el culo.

Pero no.

Mientras Ernestito duerme y Chiche no vuelve

Sentía como un fuego en el culo.

Ernestito roncaba en la cama de al lado con una pierna afuera. Pensaba si a Chiche le había pasado lo mismo y que porque le dolía tanto el culo estaría tirado, descansando de ese dolor de culo en algún techo cualquiera. En alguna cama cualquiera.

Los ronquidos de Ernesto me hacían bien.

Mi hermano tenía diecisiete años y olor a bolas decía mi vieja.

Y a pata.

Y a sobaco.

Y a hombre.

¿Nito tendría esos olores?

Pensar en Nito me hizo olvidar el dolor de culo.

Yo sabía. Era estúpido pero sabía que el viejo de la bolsa, de la bolsa de papa, me había cogido.

Sabía que Jorgito también quería cogermelo y Pablo.

Soy medio tarado pero ya estaba avivado.

Mi culo era un culo, a qué se debía tanta atención. Ni siquiera era gordito como el de Bubi, el vecino de enfrente.

La madre siempre le gritaba que tenía más culo que cabeza. Después supe que fue porque él afanaba billeteras y le decía a la familia que se las había encontrado por la calle. Yo pensaba que era por el culo gordito que tenía.

Pero yo no tenía un culo como ese afiche del galpón que tenía mi viejo.

Era una rubia que se pintaba el comienzo del pelo negro, con un culo enorme y me miraba como diciéndome “esto así nunca lo vas a tener”.

Me quedé sin respirar pensando que también a Chiche se lo habían montado, que quizás había chupado.

Me causó gracia su lengua raspadora. Me dormí pensando en que un día iba a ir a la verdulería bien tarde. Cerca de las ocho.

La chica nueva del barrio tiene un jotpants turquesa

En la casa nueva del barrio, la casa prefabricada reluciente de pintura nueva hay una chica muy linda.

Pone un tocadiscos y la veo con un short turquesa. -¡Qué lindo short! Le grité a la mañana cuando fui al kiosco a comprar un mapa de la Argentina, con división política. -Es un jotpants, me dijo y revoleó el culo como si fuera la chica del afiche del galpón de mi viejo.

-Me gusta que es celeste, ¿es de tu hermano?

-No es celeste, es turquesa, maricón.

Otra vez eso. Otra que me decía maricón.

Hasta la chica nueva que era linda, que me gustaba su jotpans, me decía maricón.

-¡Putá! le dije.

No sé por qué.

Y me fui a comprar el mapa.

El hermano de la chica nueva del barrio con jotpans turquesa

-La próxima vez que le digas puta a mi hermana te cago cogiendo, putito.

Apareció Chiche en lo del carnicero

-Andá pendejo a lo del Aldo, el gato de mierda está en la carnicería de él, gritó mi viejo desde la vereda. Aldo tenía la carnicería enfrente de lo de Nito.

Cuando entré no pude dejar de mirar para el garage de la verdulería. Ahí estaba. Riéndose con la camisa llena de pelos y el cotorreo de las viejas como gallinas.

Putas como las gallinas, pensé.

No sé por qué.

El Aldo, como todo carnicero, tenía un delantal blanco, no muy blanco.

Era flaquito y muy peludo.

Había hecho mucho deporte y era fibroso, decía mi viejo. Mi vieja decía que la mujer era una vaga y le faltaba olla, al pobre hombre.

De la camisa le salían los pelos y el delantal lo tenía tan apretado que la cinta le daba dos vueltas.

Era apenas un cabeza más alto que yo.

Cuando entré a la carnicería me sonrió.

En realidad siempre se reía bastante.

O al menos cuando lo veía.

No había nadie a esa hora y le pregunté por Chiche.

-Si pasá, pasá, lo tengo acá en el patiecito atrás del negocio.

Ahí estaba, medio sucio y asustado.

Lo agarré y enseguida arrancó la moto.

-Gracias señor.

-Pará, llevate un poquito de picada. Conmigo no quiso comer.

Agarré el paquetito de diario con la carne y salí.

Los dos estábamos muy contentos.

Esa noche comimos albóndigas.

Terminé séptimo grado

-Altaenelcielo unáguilaguerrera audazseleva envuelo triunfal azulunaladelcolordelcielo azulunala delcolordel mar.

Me gustaba mucho cantar esa canción.

Y sobre todo que la maestra rubia, de ojos celestes, fea y mala decidió que aprobara aunque me tuvieron que reincorporar por faltas.

Parece que cuando fue mi vieja la mala se puso buena.

Me dijo-Quevuasé, los padres uno no los elige.

Y me aprobó.

Había olores ricos. De tilos en los árboles. La escuela parecía linda y todo, con esos árboles.

Pablo, en la fila, mientras yo cantaba entusiasmado, me arrimaba la papita. No me importaba.

Se había quedado caliente porque le gané al truco y al denenti hasta fin de año.

Igual cuando nos saludamos después del acto me dio lástima y le dije bajito:

-Si un día me invitás a tu casa te la chupo.

Nunca le conté a nadie que ya me habían roto el culo. Y me fui de la escuela, con la cartulina enrollada, y se la di a mi vieja.

Nunca supe si lloraba por el diploma o porque el viejo hacía un mes que no aparecía.

Mejor.

Igual estaba en pedo.

Jorgito me cuenta un secreto

-¿Sabés por qué te dicen maricón?

-No.

-Porque en el barrio todos saben que el día que tu mamá sacó a ventilar el vestido de novia, vos te lo pusiste.

Me sentí muy mal.

No sabía que alguien haya visto que mientras esa enorme torta de trapos colgaba de la sogá del fondo, me metí abajo y dejé que se deslizara encima mío.

Me quedé callado y rojo como una brasa.

Jorgito me miró y me volvió a preguntar.

-¿Es cierto?

-No.

-Dale decime la verdad.

-¡No! ¡No!

Como el viejo ahora no estaba, Jorgito andaba por mi casa como Pancho.

Me miró tan fijo que pensé que era mi viejo.

Saqué la navaja que él me regaló y la abrí despacio.

-Qué te hacés el guapo, chupapija.

Me tiré encima de él.

Pensé que le había dado un puntazo.

Le quería dar un puntazo.

Pero no.

Sólo lo raspé.

-Andá a la concha de tu madre, maricón.

Le sangraba el brazo.

Al fin voy a las ocho a la verdulería

Cuando Jorgito se fue yo estaba recaliente.

Primero me dio bronca que no jugáramos al robot sin robot, y por otra que me dijo algo que pensé que nadie sabía.

Menos que mi culo roto.

O de lo mío con Nito.

Lo del vestido fue un accidente.

Un accidente.

Nunca más.

43 Igual cuando mi viejo desapareció mi vieja lo puso en la parrilla y lo quemó.

Mejor.

Así ese vestido no me jode nunca más.

Pero nunca más.

-¿Qué vestido? Andá, fijáte y revolvé en mi casa a ver si hay un vestido de novia, ¡eh!

Ya tenía todo ensayado para la próxima.

-Patricio, vení, andá a la verdulería antes que cierre. Ernesto miraba el diario con cara de buscar laburo.

Mentira. No pensaba ni laburar ni nada. Mi vieja seguía con la tele. Miraba Feliz Domingo, ahora, cosiendo en una máquina destartalada un vaquero de la chica nueva del barrio que tenía jotpans turquesa y un hermano que dijo que me iba a coger.

Salí corriendo.

-Que lo anote en la libreta, escuché en el viento.

Ya sabía.

Cuando llegué a la verdulería estaba todo cerrado.

Las luces apagadas.

-Qué cagada.

Pero Aldo, el carnicero, recién empezaba a apagar las luces.

A falta de verduras, buenas son las carnes

-¡Te cerró la verdulería! Me dijo el carnicero cuando crucé.

No sabía si me estaba jodiendo o lo decía de lástima.

-Vení, vení, qué linda camisita traés. ¿Te la hizo tu mamá?

Le dije que no.

Mentira.

La había hecho de un desarme de un vestido viejo.

Estaba chingada y el botón de arriba no coincidía con el ojal.

Era una camisa que estaba en pedo.

-¿No querés llevarte algo de carne? ya que no conseguiste verdura. Nito cerró antes. Tiene al mocoso enfermo y lo llevaron al hospital.

-No sé señor, ¿mi mamá tiene libreta acá?

-No te preocupes pasá, pasá.

Ni bien entré cerró la puerta con llave.

No me di cuenta. O no me importó.

Por mi camisa abierta empezó a franelearme las tetas.

Me la desprendió.

Se sacó el delantal, para estar más cómodo me dijo. Se abrió su camisa y era como una tabla de lavar ropa con pelos.

Tenía una barba a medio crecer, dura y negra que al principio me raspó.

Pero me gustó, un poco, creo.

Me dejé.

Paró y bajó la persiana metálica y apagó la luz.

-Por los bichos, está lleno de cotorritas porque es diciembre.

Era bruto.

Hablaba suave y con una sonrisa, pero era muy duro.

No fue como cuando Jorgito me puso la boca y la lengua.

Parecía que metía la papa en la boca.

Tenía una lengua gorda.

Me llenaba tanto que no podía respirar.

Y sacó afuera la papa verdadera, al fin.

Era como dos kilos de papa.

O más bien un peceto.

-¿Querés comer un poquito? Hablaba dulzón pero la mirada era de loco.

Los ojos le brillaban como si se fuera a poner a llorar.

Me agaché y se la chupé.

-Sabés cuánto hace que esperaba esto. Con Nito apostamos a quién era el primero en hacerte la fiestita.

No entendí del todo.

Sólo escuché Nito. Se me arrugó algo adentro.

Y él empezó a empujar, ya sabía que me iba a arder.

Llegué a casa ocho y media.

Ernesto seguía con el diario.

Ya en pedo.

Yo en el diario traía medio kilo de nalga.

-¿Te pedí eso? dijo mi vieja.

En pedo.

-Sí mamá.

Otra vez en la casa abandonada, sin buscar a Chiche

Nunca más había pasado por la casa donde el viejo me rompió el culo.

Le decía a los chicos del barrio que estaba embrujada, y como pensaban lo mismo, estaba todo bien.

Esa noche, después de la carnicería decidí volver.

Ernesto comió y se fue con los amigos al bar.

Mi vieja se durmió, en pedo.

Y salí.

Me latía fuerte el corazón.

Era mi primera escapada nocturna.

Abrí la puerta de la casa y me quedé parado esperando a que el viejo me hablara.

Pasó un rato.

Otro más.

Apareció en calzoncillos.

-¡Qué mierda querés! ¿Ah, nene, sos vos? ¿Andás buscando a tu gatito de nuevo?

-Sí señor.

-Vení, vení pasá.

Me tiró en un colchón roñoso, no tenía ni sábanas.

-Sacate todo.

Obedecí en silencio porque era lo que quería.

-¡Ay mi amor, mi amor! Hablaba y empujaba.

Me dijo mi amor y no tengo ni tenía cara de mujer.

Un problema en la casa abandonada

Me quedé dormido.

Cuando me desperté tenía una pierna del viejo cruzada encima.

Yo estaba de espaldas.

Roncaba con olor a vino.

Con olor a mamá.

Pensé que no estaba mal. Que era cómodo ser mi amor.

Me moví despacito y le toqué la papa.

Estaba húmeda como una papa podrida.

Seguí.

Me gustó esa podredumbre.

Rezongó pero siguió roncando.

Quise probar algo.

Empecé a mover despacito el culo mientras tenía en la mano la papa podrida.

Dijo algo como enojado, dormido y carajeando, pero la papa tomó vida propia.

La ubiqué y el dormido empujó de nuevo.

Me moví yo.

Primero así, despacio porque todavía ardía el carnicero.

Éste, me di cuenta que no era un peceto, era una papa.

De medio kilo.

Era como la de Pablo o la de Jorgito pero distinta.

Seguí el movimiento y volvió a hablar, dormido o haciéndose.

-Sí mi amor, así ¿quierés más?

Creo que dijo así.

Tenía arrastradas las palabras como mi vieja.

Pero decía mi amor, eso seguro.

Empujé más y más y largó la semilla de los varones de nuevo.

Esperé un rato.

Unos nubarrones pasaban rápidos por un agujero que pudo alguna vez ser ventana.

El viejo ahora roncaba boca arriba.

Me senté en el colchón y le inspeccioné la papa.

No era fea.

Acerqué la nariz. Tenía olor a leche y a mierda.

Apoyé mi cara en la pierna de él y me puso la mano en la cabeza.

Me volvió ese frío caliente por la espalda, me metí eso en la boca.

Volvió a crecer la papa y volví a escuchar mi amor.

Después me vestí y rajé para mi casa.

No se habían dado cuenta de nada.

Ernesto no había vuelto y yo me acosté con olor a “mi amor”.

Escribo mi primera poesía

Las papas

La papa podrida no siempre está podrida.

Hay papas calientes.

Y hay papitas.

Hay papotas, pero ay, mamita, Hay papas viejitas, hay papas de amor.

Sin vestidos de novia.

A veces las papas son de carne.

Después de mi primera poesía

Siempre fui malo para escribir, pero esa mañana de diciembre frente a una hoja Rivadavia me sentía como un prócer.

En la escuela me habían dicho que con palabras se piensa.

Yo pensé que con palabras se puede mentir un poco.

El juego del robot, por ejemplo. O la prenda del truco. Mi viejo me pega un mamporro porque Jorgito me arrima la papa y me manosea el culo.

Mi vieja llora con El amor tiene cara de mujer y mi viejo desapareció.

En la fiesta de fin de curso cantamos unáguilaguerreraaudaz se-eleva, y por acá hay sólo gorriones. Pero los trajo Sarmiento de Europa dijo la maestra rubia, de ojos celestes. Ese sí es un prócer.

Mi hermano lee el diario buscando un trabajo y no quiere trabajar. Nito apuesta con Aldo quién me hace la fiestita primero y no es mi cumpleaños.

Me dijo mi amor y no tengo cara de mujer, sólo una papa en la boca o en el culo.

Me voy a dormir.

No tengo ningún mandado que hacer.

La mamá de Jorgito me invita a San Clemente

-Abrí que soy yo, gritaba la madre de Jorgito a mi vieja.

Mi vieja arrastró el vaquero de la vecina nueva hasta la puerta y le dijo seca:

-Qué querés.

La mamá de Jorgito era la hermana de mi viejo.

-No querés que me lo lleve a Patito a San Clemente con nosotros, mirá que pago yo.

Mi vieja no estaba muy bien.

La miró sin saber qué decir y me preguntó:

-¿Querés ir?

-Bueno.

Desde el puntazo o mejor dicho, el raspón, no había visto más a Jorgito.

-Salimos pasado mañana tempranito. Eso sí. Vamos en carpa, porque a Daniel (era mi tío) no le gustan los hoteles y le gusta la vida al aire libre, pobre, se la pasa manejando el colectivo todo el año y necesita aire. Mandame al chico mañana a la noche con toalla, una frazada y ropa. Vamos en la chata que compró Dani, pobre.

Al día siguiente mi vieja metió sábanas, una frazada y una ropa de dudosa limpieza en una cosa parecida a un bolso.

-No pegué un ojo en toda la noche, dijo.

Me dio un beso distraído y me dijo que no les haga gastos.

Con eso fui las cuatro cuadras hasta lo de los tíos.

La noche antes de ir a San Clemente

Llegué a las nueve de la noche. Era un 3 de febrero y hacía un calor de perros.

-Salimos a la madrugada, me dijo mi tía.

Mi tío Dani estaba en calzones tomando cerveza fría en un jarro enlozado y miraba algo en la tele.

Jorgito me dijo hola y se fue a bañar.

-Comiste dijo mi tía al pasar.

-Sí tía, gracias.

-Por hoy dormimos medio amontonados. Porque viene Celina con Silvia.

Celina era una amiga de mi prima Silvia. Tenían dieciocho años y unas tetas como valijas.

Total que me tocó dormir con el tío Dani en una colchoneta en la cocina, Jorgito en su cama y las chicas en la cama grande con mi tía.

A las once dijeron que era hora de ir a dormir.

Mañana salíamos a las cinco de la mañana. Me quedé sentado. El estómago me hacía un poco de ruido porque no había comido nada desde el mediodía.

Las mujeres se metieron en la pieza grande cotorreando, Jorgito en short se fue a su cama y yo seguía en la cocina con el tío Dani.

La tele le ponía a la cocina apagada una luz intrusa y fría.

El tío seguía chupando, me miró y me alcanzó el jarro.

-Tomate un trago que ya estás grande como Jorgito.

Estaba rica la cerveza.

Muy fría, tanto como la luz gris de la tele.

El tío se rascaba los huevos de tanto en tanto.

-Disculpá me dijo, pero estamos en familia, ¿no? La cerveza me dio vértigo, pero cuando me alcanzó otra vez el jarro acepté.

La panza me había dejado de rugir.

-Vení, vamos a echarnos porque hay que dormir.

Se tiró en la colchoneta en calzones, se sacó la musculosa y antes bajó el volumen de la tele.

Yo me eché al lado.
Me hice lo más finito posible.
-¿Dormís vestido vos con esta calor?
Ya estaba medio en pedo con los tragos de cerveza y la verdad es que me quería sacar la remera.
-Así, nene, así. Estás con el tío, no hay problema.
Mientras decía esto me empezó a manosear el pecho. Se quedaban rezagados los dedos en los pezones y me hacía pellizquitos.
Me dio risa y me hizo chstt.
Se paró y apagó la tele.
Yo seguía en el bordecito de la colchoneta.
Para que dejara de joder con los pezones me puse boca abajo.
Hubo mucho silencio y me empecé a adormecer.
Mi tío no paraba de bufar y arrimarme la papa.
La tenía caliente.
Era peor que Jorgito.
-¿Te pensás que tu primo no me contó?
-¿Qué tío?
No escuché bien del todo.
Seguro dijo algo de chupar.
Me agarró fuerte la nuca y me la bajo hasta la papa caliente.
No me resistí. Se le había salido del calzoncillo de tela celeste por la bragueta y parecía que pedía.
Su mano en mi nuca era fuerte, muy fuerte.
La cerveza me había dejado blando y se la mamé.
El tío me levantó con un quejido después de unas chupadas que le di y puso su lengua, casi igual que Jorgito, en mi boca, pero con bigote.
Lo dejé.
Yo le agarré la papa caliente como él quería y como yo quise, pero de pronto sus ronquidos me dijeron que ya no estaba, que estaba en el quinto sueño.
Medio en pedo y medio dormido escucho al tío Dani decirme en la oreja mientras me sobaba el culo:
-Hay tiempo, en la playa te lo hago, ese culo está pidiendo...

En la chata del tío Dani rumbo a San Clemente

Ahí salimos, como los Campanelli, para San Clemente del Tuyú.
A las cinco como dijo la tía.
Jorgito me miraba fijo.

En la playa

Yo nunca había estado en la playa.

Hacía dos días que nos habíamos instalado en el camping. Una carpa para los varones y otra para las mujeres y una lona roñosa hacía de techo de la supuesta cocina.

Todo estaba tranquilo.

Yo me había llevado las hojas Rivadavia que me habían sobrado de la primaria, en una carpeta vieja con anillos.

El tío frente a Jorgito no hizo nunca nada.

En las duchas del camping por ahí se sacudía la papa para mi lado cuando nadie miraba.

Yo me hacía el que no miraba.

Comíamos bien, todas las comidas.

Jorgito estaba todo el tiempo jodiendo con las chicas.

Llegan Pino y Osvaldo al camping

Llevábamos ya cuatro días cuando llegaron dos hermanos amigos del tío Dani a compartir las vacaciones.

Al tío se le cambió el humor.

Con los muchachos era otra cosa.

Me sacaron de la carpa y tuve que dormir en la chata con Osvaldo.

No entrábamos todos.

En la primera noche me fui a dormir sólo pero me desperté cuando Osvaldo, medio borracho se tiró a dormir en la chata, a mi lado.

Se tiró un pedo fuerte y se durmió.

Había también una luna fuerte, como el pedo.

Lo pude ver abierto de piernas.

De tanto en tanto se rascaba la panza, cerca de la papa.

Tenía la malla de todo el día y olor a sal y a sobaco.

Pero tenía un aliento dulce entremedio del alcohol de la cena.

Muy dulce.

Me quedé dormido.

Segundo día de los hermanos en el camping

Al día siguiente el dulzor que emanaba de la jeta de Osvaldo me hizo mirarlo mejor.

Tenía un cuerpazo. Era más joven que Pino, su hermano, pero era más robusto.

El tío y los muchachos hacían la suya.

Mi tía puteaba por todo, ni a las chicas ni a Jorgito se les veía el pelo.

Habían armado un grupito y como eran más grandes no me invitaban.

Jorgito me miraba de tanto en tanto, muy fijo y después se iba. El tío “cariñosamente” me tocaba el culo de pasadita y largaba la risotada:

-”Este” está pidiendo, decía adelante de todos.

Yo hubiera querido ser almeja.

En un momento después de la cena, no me acuerdo bien, nos quedamos adelante del fuego Osvaldo, el tío y yo.

Ellos le daban a la damajuana.

Yo tenía un poco de cerveza ya caliente en un jarro.

Hacía frío.

El tío se tambaleó.

-Este cuerpo necesita horizontal, y se metió en la carpa.

Osvaldo agarró una mano mía y se la quedó mirando.

Se la acercó a la nariz. Me la empezó a morder.

Despacito y a conciencia.

Me dio el frío calor y le miré la papa.

Me dio vergüenza, quise soltarme y no me dejó.

-Si te gusta, maricón, no te quejes.

Me callé.

Tenía razón.

-Tu tío me dijo que eras un bombón y que a falta de pan... vení vamos al catre.

Hacía frío, sobre todo porque tenía la piel quemada.

Sin soltarme la mano mordida casi me arrastró.

Cerró la cabina con seguro y se puso en pelotas:

-Dale disfrutame que estoy regalado.

Me quedé quieto pero mi respiración estaba brava. Me puso la mano en la espalda porque yo seguía sentado mirando sin querer mirar.

Me empujó hacia la boca que olía dulce entremedio del alcohol.

-Cuántos años tenés.

-Trece, en pocos meses cumplo los catorce ¿y vos?

-Hoy cumplo cuarenta.

Me acordé de Nito.

Osvaldo era lampiño pero igual pensé en Nito.

Quizás lo extrañé.

Después hice lo que había que hacer.

Se cayó un árbol en el camping

Un estruendo terrible nos despertó a todos.

Ruido de latas, de chapas, de madera que se rompe.

Un árbol se cayó sobre el auto de los vecinos.

Oswaldo se puso la malla y bajó rápido de la chata.

Todos gritaban.

Nadie salió lastimado.

Sólo el auto quedó abollado.

Cuando todo se fue calmando con un sol que ya recalentaba

Oswaldo subió de nuevo a la chata, y me metió la lengua hasta el
gañote.

Yo creí que nadie nos vio.

Ayer se fueron Osvaldo y Pino

-Por fin se fueron estos tipos, dijo mi tía, no los aguantaba más.

Yo miraba el agua indecisa del mar.

-Tía voy para el camping.

No me escuchó y siguió hablando con la de la lona de al lado.

El camping en el bosquecito estaba más fresco.

Agarré la carpeta y dibujé algo.

Algo como dos bocas con sol y un árbol caído.

Hasta que apareció Jorgito.

Otra vez Jorgito

Escuché atrás mío como un bicho que se acercaba.

No, era Jorgito.

Estaba muy lindo con tanto sol en la piel.

La malla verde le ajustaba bien el culo y la papita.

Parecía más grande.

Se sentó al lado mío, hizo que miraba el dibujo y de golpe largó:

-Anoche me fifé a Celina.

-¿Me fifé?

-Sí, boludo, me la cogí bien cogida y la perra chillaba como una rata.

Pensé en cuántos animales había nombrado.

Pensé que siempre yo había pensado en vegetales.

Pensé en el tronco caído.

-¿Querés que te la ponga un ratito?

-No, prefiero que me coja tu padre.

Mejor que deje de desear cosas, pensé.

La última noche en San Clemente

Después de la cena todos ayudamos a la tía porque al día siguiente nos volvíamos a La Plata.

Otra vez a las cinco había que partir.

Cuando todos se fueron a dormir me fui a la playa para despedirme del mar.

Volví despacio caminando al camping.

Hacía frío como siempre me dijeron hace a la noche en la costa.

No pensaba nada.

Nada más que en esa agua que se llama mar, su constante ir y venir con un sonido tan rumoroso.

Cuando iba llegando vi clara la figura del tío Dani.

Parecía esperarme.

Y me estaba esperando.

Estaba como furioso.

En silencio me agarró de un brazo y me metió en la chata.

-Qué te pensaste, putito, que te iban a salir gratis las vacaciones.

Me cogió tres veces, la última tenía la papa medio podrida.

Yo tenía el mar en la cabeza.

No me importó nada. Igual me gustaba el vaivén. La contradicción. Como un mar.

Escribo mi segunda poesía

Hay un mar de papas que van y vienen.

Hay un vaivén de papas.

Papas que como el mar van y vienen y no tienen tierra.

Únicamente restos de tierra. Y cuando se les cae la billetera me quedo con algunos pesos.

De vuelta a La Plata

Llegamos al barrio a mediodía.

-Che, qué calor dijo la tía.

No me dejaron en la puerta de mi casa.

Bajamos todos en lo de los tíos.

El tío me dijo chau, Jorgito me dijo chau, Silvia me dijo chau y la tía y Celina me dijeron chau.

Yo dije gracias.

Después sabría de Borges y de ese otro mar y esa otra flecha.

Dije gracias y chau.

Y con el bolso hice que rumbeé hacia mi casa.

Me fui directo a lo de Nito.

En la verdulería

No había nadie cuando entré al garaje. Nito estaba con bermudas y en cuero.

-Qué hacés cachorro, tanto tiempo, se me murió mi hijo.

No lo lamenté.

Me gritó puuujjjtttttoooo desde su silla, la última vez que lo vi.

Hasta los cretinos estaban educados para señalar.

Quizás supiera que quería a su padre.

No me importó.

Me quedé parado con esa especie de bolso en la mano.

-Estoy viviendo acá porque mi jermu me echó. ¿Querés pasar?

-Sí Nito.

Y no tartamudeé.

En la parte de atrás del garaje había una piecita con un anafe, una heladera, un colchón en el piso y el brrr de un ventilador de chapa.

-Cerrá la verdulería. Tengo sueño.

-¿Y tu mamá?

-No sé. Vengo recién de San Clemente.

Extrañamente obedeció.

Cerró el boliche.

Yo ya estaba desnudo en el colchón.

Él se sacó la bermuda y el calzón y dijo:

-Así estamos mejor.

Me di vuelta y lo vi tembloroso. Semejante tamaño de hombre peludo, enorme, sin saber qué hacer.

Su papa sí sabía porque me apuntaba directo.

-Debe ser el calor. Se disculpó.

Me paré y lo abracé.

Me quedé apoyado en su pecho peludo con su papa dura como una navaja contra mi panza.

Tenía como un kilo de papa, o dos.

No me importó.

Nos tiramos en el colchón y me besaba, no me ponía la boca y la

lengua, me besaba.

Acabé.

-¡Upa, parece que había mucho afrecho cachorro!

-Te ganó Aldo.

-Sí, ya sé.

-Pero antes me rompió el culo el de la casa abandonada.

-Sí, ya me contaron.

-Y lo chupé a mi primo Jorgito.

-Sí, me dijeron.

-Y en la costa me cogió mi tío y un amigo.

-Sí, me lo imagino.

Hasta el día siguiente no abrió la verdulería.

Hubo algunos golpes con sonido a la lata del portón y me tapó la jeta, primero con la mano y después con sus bigotes.

A la mañana me levanté. Hice unos mates.

Me acarició y se le puso dura la papa de nuevo.

No hice caso y agarré el bolso y salí.

Mientras me abría el portón, vi la caja registradora de la verdulería abierta.

Agarré unos pesos.

Le di un beso y me fui.

Él me apretujó y me sentí grande.

-¿Te veo a la noche?

-Sí.

Antes de mi casa, por un rato

Crucé la vereda y escuché que Nito cerraba la puerta de chapa.

Calculo que se iba a bañar.

Aldo estaba en la puerta de la carnicería.

-Buenos día su señoría manta tiru rirulá, qué hacés nene tanto tiempo.

Había visto perfectamente mi salida de lo de Nito. Incluso la palmada en el culo que me dio.

Entré a la carnicería sin que me lo pidiera. Estaba más fresco que en la calle.

-Poné llave y bajá la persiana.

Me obedeció sin decir nada.

Le saqué la ropa, lo besé, lo chupé y le puse el peceto como una papa nueva.

Lo hice sentar en el banco de madera de los clientes y me transformé en mar.

Suspiró hondo y dijo:

-Ay, mi amor.

Acabé.

-¡Upa, parece que había mucho afrecho cachorro!

No contesté. Todavía estaba sentado arriba de su peceto y él bufaba como vaca en el matadero y vi un fajito de cambio en el piso.

Su pantalón caído me daba su agradecimiento.

Me agaché para agarrarlo y él pensó que quería más.

-Uy, cómo estás.

-Y sí.

-¿Venís antes que cierre? Me dejaste como loco...

-Sí.

Ya en casa, por un rato

Mi vieja dormía en un sillón, destartalados ambos.

Calculo que dormía la mona.

Mi hermano en nuestra pieza estaba en bolas y abierto de gambas, como Cristo, pero roncaba.

En la pieza estaba mi viejo solo en la cama grande, de vuelta, de nuevo, igual que mi hermano, idéntico a Ernesto.

Físicamente.

Había tirado la ropa al piso. Hurgué en los bolsillos.

Tenía cincuenta pesos.

Me los guardé.

Me saqué la ropa y cerré la puerta con el pasador.

El viejo seguía roncando.

Me puse al lado y sentí los olores del viejo. Tenía ya como cuarenta y dos.

Le puse la mano en la papa podrida.

Empezó a crecer.

Salió de un ronquido, me miró como a un fantasma.

-¿Qué hacés?

-¿Puedo?

-Sí, seguí, así me gusta.

Me puse encima. Y me metió la lengua en la boca.

Me clavaba como Nito su papa en la panza.

-Qué rico que estás, pendejo, chupá un poquito.

Ni se había movido. Estaba crucificado.

Me dediqué a la faena.

Mi boca era como el mar.

Mi culo también.

Acabé.

-¡Upa, parece que había mucho afrecho pendejo!

Me tiré boca abajo y terminó lo suyo.

Se quedó ahí arriba, con la papa enterrada en su tierra.

Era casi igual al tío Dani, también.

Se durmió.

Me levanté y fui para mi pieza.

En mi pieza, con Ernesto

Entré en bolas con la ropa en la mano.

Mi vieja seguía durmiendo. Y mi viejo seguro dormiría después de la matanza, hasta la tarde.

Mi hermano seguía igual de estaqueado.

Pero una diferencia era notable, estaba con la papa dura. No estaba podrida como cuando lo vi antes. Ni siquiera me tuve que sacar la ropa, yo seguía desnudo.

Me arrodillé y empecé a poner la papa bien caliente, en realidad más caliente.

Ernesto pegó un salto.

Me miró como para pegarme.

Se desplomó en la cama.

-Sí, seguí pendejo, así.

Trabajé un rato y me senté. Encima.

Empecé ahora con la otra marea.

Con la del culo.

-Dale nene, dale, que hace rato que no la pongo, cómo te gusta, maricón.

Con el ón sentí la semilla caliente.

No acabé.

Él se volvió a dormir.

En la cocina, con mi vieja

Mi vieja dormía con la boca medio abierta.

Parado, yo seguía desnudo, y con la papita dura.

Se la puse en la boca.

Abrió los ojos pero atrapó la papa todavía caliente como un chupete. Era como un bebé.

Cerró fuerte los ojos, pero siguió.

Se metió la mano en la pollera. No podía bajarse la bombacha.

La ayudé tranquilamente.

Y dejó que el polvo volviera al polvo.

Se contrajo un poco.

Tuve cuidado de sacársela para acabar.

Tenía apenas treinta y siete. Era aún tierra fértil.

-¡Upa, parece que había mucho afrecho Patricio!

-Sí.

Y se volvió a dormir. En su monedero había treinta pesos.

Le dejé cinco.

Me di un baño, dejé la manta y las sábanas.

Me cambié.

Saqué la ropa mejor de Ernesto y me fui.

Tenía plata. La plata que me había ganado.

Nunca más supe de ellos.

Faltaba un mes para mis catorce años.

Camino al centro

Tomé un taxi.

Era la primera vez que tomaba uno.

-¿Adónde te llevo?

-Al centro.

En el centro

Me bajé en plaza San Martín.

Pagué quince pesos con setenta y cinco.

Vivía lejos del centro.

No más.

Crucé al cine.

No me importaba qué daban.

Quería dormir.

De nuevo en la calle

Le agradecí a la acomodadora que me dejó dormir tres funciones.

-Estabas muerto, amigo.

Salí y me compré un pancho.

Un agua también.

Los tilos seguían. Desde mi escuela hasta ahí.

Y ahí fue que tuve otra oportunidad.

Paró un peuyó muy lindo.

Adentro había una sonrisa con barba.

No me imaginé que me miraba a mí.

Se bajó y abrió el capó como hacía mi viejo.

Lo vi bien a la luz de mercurio de la avenida.

Y fui.

Subí.

-¿Qué hacés nene.

-Nada, fui al cine y salí con hambre.

-¿Y ese bolso?

-Lo que pasa es que estuve parando en la casa de un amigo, tengo una muda de ropa y mis carpetas.

-¿Querés tomar un café?

-Bueno.

Arrancó el auto y a pocas cuadras paró.

No era un bar.

Era un edificio.

Lindo. Muy lindo. Con vidrios grandes y manijas de bronce doradas.

-¿Y el bar?

-¿Qué bar?

-¿No me invitaste a tomar un café?

-Sí pero no te dije en un bar. ¿Te molesta que sea en mi casa?

Me vio la cara de duda.

-Dale, no pasa nada.

No sé por qué no tuve miedo. Sospechas sí, miedo no.

No se parecía a ningún tipo que yo conociera. Era fino, tenía lindo olor, linda ropa, lindo auto y finalmente lindo departamento.

Cuando entramos me vio la cara porque me dijo -Te gusta.

-Sí.

Hizo el café.

Muy rico el café.

Me despabiló.

Puso música, me dijo que era clásica. Era hermosa.

Era como estar en el cielo. Era Schubert. La muerte y la doncella.

Me dijo.

-Nos ponemos más cómodos.

-Estoy muy cómodo.

-Te dije más cómodos.

Mientras decía esto se abría la camisa.

-Ah, sí.

En su pieza tenía dos camas.

Me acosté en la otra.

-Qué hacés, vení conmigo.

-Ya entendí.

Me saqué la ropa.

Me empezó a franelear como cualquiera de los del barrio.

Pero con lindo olor, linda música y lindas sábanas.

Me hizo cucharita y me decía si estaba cansado que durmiera.

Y me dormí.

Me desperté con la papa enterrada.

Me hice el dormido hasta que acabó.

Y dos veces más.

En la tercera yo también tenía la papa caliente de nuevo.

-Cómo te gusta, guachito, que te cojan.

-Y sí.

Me dormí de nuevo.

En la casa de Alberto

A la mañana se apareció con una bandeja enfundado en una bata azul brillante y suave.

-Para reponer fuerzas.

Me comí todo.

Él prendió un cigarrillo.

-¿Querés?

-No gracias.

-Cuántos años tenés.

-Diecisiete. Mentí mal.

Se rió.

-¿Y vos? le dije engrosando la voz.

-Treinta y cinco.

-¿Te rajaste de tu casa?

-Más o menos.

-¿Más o menos?

-Más.

Se sacó la bata y me bajó la sábana y volvió a franelearme.

Se metió en la cama y ya la papa le hervía.

A mí también.

Me hizo de todo, lindo pero de todo, en todas las posiciones.

-Te quiero ver gozar pibe.

Y realmente gozaba como nunca.

Cuando acabamos me preguntó si mi familia no me estaría buscando.

-No creo.

-Querés quedarte conmigo un tiempo.

Tuve vértigo. Sí, sí quería.

-¿Puedo ir a la secundaria?

-Por supuesto.

-Entonces me quedo.

De la alegría se me paró la papa de nuevo.

Él se rió diciéndome que era terrible.

Pero le hice como el mar en la papa y al toque estaba gimiendo de nuevo.

-Cómo te llamás.

-Patricio ¿y vos?

-Alberto.

-Vamos a decir que sos mi ahijado, sabés.

-Bueno.

-Que tus padres te mandaron para estudiar.

-Bueno.

-¿Trajiste el documento?

-Sí.

-Bueno diste con la persona justa, soy escribano.

Nunca supe bien cómo falsificó los poderes.

Pero pude hacer toda la secundaria viviendo con él.

Me compró ropa, libros, iba a las reuniones del colegio.

Él siempre impecable con sus trajes a medida. No parecía puto.

Me empezó a decir Lolito.

Yo me dejé y aprendí mucho.

Ya no me gustaba que me siguiera cogiendo tanto.

Pero le hacía creer que sí.

Y creía que sí.

No me importó mucho.

Sus amigos se la sospechaban.

Había uno, hermoso como Nito, pero limpio y arreglado, con una casa más linda y más grande. Y a los dieciocho me mudé con él.

Alberto no se enojó.

Realmente me quería mucho.

Yo creo que también.

Igual aunque me fui a vivir a la casa de Guillermo, iba a veces para que me enterrara la papa.

Nunca se lo conté a Guillermo.

En la casa de Guillermo

Guillermo tenía una casa hermosa con pileta en City Bell.
Y me regaló un autito para que vaya a la facultad. No enseguida.
Había decidido estudiar letras.

Guillermo era lo que se llama un cacho de tipo. Era divorciado y había jugado al rugby.

Tenía un lomo enorme, era alto e intenso.

Abogado y estaba en algo de una financiera.

Y muy celoso. Tan celoso como su enorme papa.

Tanto que dejó de verse con Alberto.

-Donde hubo fuego..., decía.

Yo a esta altura podía decirse que era lindo.

Yo cogía con cualquiera, pero siempre le mentía a Guillermo.

Alberto había sido más comprensivo.

-Sos pendejo y tenés que curtirla. Pero ojos que no ven...

Y así fueron los cinco años de secundaria.

Nunca supo ni del profesor de educación física ni del de matemática.

Ni tampoco de mis compañeritos.

¿Para qué?

Y tuve una novia que nunca ninguno de los dos supo.

Cerca de tres años estuve con ella. Ni ella de ellos.

¿Para qué?

Qué ironía que se llamara Guillermina.

Así que adopté el Guille para ambos y nunca metí la pata. Esto fue entre el último año con Alberto y los primeros dos con Guillermo.

Tres años con Guillermina

A Guillermina la conocí en una librería de usados.
A esas alturas leía un montón.
En ese tiempo ya existían los griegos antiguos, Foucault, Passolini, Stonewall, Puig, Perlongher.
También Freud.
Ya no eran tiempos de El amor tiene cara de mujer.
Guille tenía el pelo muy largo y era palidísima.
Miraba con una mirada así.
Tanto a los libros como a mí.
Se decía apasionada.
Ella buscaba un libro de Virginia Wolf.
Lo encontró.
Yo buscaba uno de Cortázar.
Lo encontré.
Así que salimos juntos a un café, Mrs. Dalloway y Los Premios.
Ese primer día hablamos hasta por los codos.
Ella iba al Liceo.
Habló que estudiaba inglés y francés aparte.
Habló de que cantaba en un coro.
Habló también de Dictadura.
Eso lo dijo bajito y miró a la mesa de al lado.
Me dio su teléfono.
Yo le mentí que no tenía.

Todavía en lo de Alberto

-Albert.

Así le decía.

-¿Qué?

-¿Puedo estudiar inglés y francés?

-Sí, preguntá cuánto cuesta e inscribite. ¿Estás seguro de estudiar tanta cosa?

-Sí en la secundaria me va re bien y me da el tiempo.

Así es que me inscribí en los mismos lugares que Guille, previo llamado telefónico a ella para preguntarle.

-Qué bueno me dijo.

-De dónde llamás.

-De la casa de mi padrino, voy a estar por acá un tiempo.

-¿Me pasás el teléfono?

-Sí.

Se lo di.

Le avisé al tiempo a Albert que por ahí me llamaba una compañera de francés.

Con Guille en el zoológico, después con Guille en la pileta

-¿Vamos al zoológico a pasear?

La voz de Guillermina era un dulce mandato.

-Bueno.

Caminamos sin mirar jaulas.

-¿Para qué vinimos al zoológico si no querés mirar los bichos?

-También hay esculturas. Y me señalaba una de tres mujeres abrazadas, muy blancas, palidísimas como ella.

-Qué lindas.

Había llevado una polaroid que me había regalado Albert.

Saqué una foto.

Me la puse en el bolsillo de atrás siendo blanca y apareció como obra del culo, una imagen de tres cabezas blancas, de tetas blancas y de ojos blancos. Imperturbables.

Se la regalé a ella.

La miró un rato largo.

-Gracias.

-Son como vos pero repetidas.

-Son las Tres Gracias.

-Ya sé.

No me hacían mucha gracia.

Eran amenazantes. Creo.

-Ey, ¿adónde te quedaste?

-En que quiero darte un beso.

Me abrazo y apoyó muy suaves sus labios.

Yo me dejé.

No me gustó mucho.

Era como besar al mármol pero con un aliento ácido.

Comía poco. Creo.

Caminamos hasta una fuente morisca.

Sacamos dos fotos más.

Una parecía sin gracia.

La otra con todas las gracias.
Nos despedimos poco antes de que nos cerraran las rejas.
Creo que ahí surgieron las ganas de tener un auto.
Lástima que ya no viviera con Albert, él hubiera entendido.
Tomé el micro para City Bell.
El camino fue enrojeciendo el cielo.
Hacía calor.
Entré al parque y sonaba The wall al lado de la pileta.
-Vení, metete que el agua está divina.
Divino pedo tenía Guillermo, estaba en bolas con su increíble cuerpo prolijamente bronceado y gritaba: anaderbricondeguol.
-Ponete en bolas y vení, jelojelouuu...
Me desnudé y me tiré de cabeza en lo más hondo. Ahora tenía el cuerpo como un arco. Como un buen arco. Lo sabía. No lo presumía porque también le temía.
Las brazadas me llevaron hasta Guille.
También era como una estatua. Pero de bronce.
Desde abajo del agua le vi la papa, victoriosa y erguida, amortiguada por los gritos a través de la capa de agua, de la capa de whisky.
Tiré de la papa y emergí.
Se rió fuerte y me miró.
Me paré frente a él a ver los reflejos del mar en sus ojos de charco.
Reía con unos dientes como de propaganda de dentífrico.
-Vení.
Me acerqué y su papa me apuntaba.
Me pegó un golpe en la cara. Pensé que se me había quebrado el cuello al ver las burbujas de pileta alrededor, trastornadas.
Nadé para el lado hondo.
-Jeloujeloujelou...
Salí con veinte manos en la cara y una navaja en el pecho.
¿Adónde estaría mi navaja?

Polvo en el viento

Cerré la puerta despacito del cuarto de estudio y puse un cassette.
Kansas. Me lo habían dado en la clase de inglés.

Traduzco en mi cabeza.

Es como otra marea.

SÓLO POR UN MOMENTO Y EL MOMENTO SE HA IDO
TODOS MIS SUEÑOS
PASARON ANTE MIS OJOS,
UNA CURIOSIDAD
POLVO EN EL VIENTO
SÓLO SON POLVO EN EL VIENTO
LA MISMA VIEJA CANCIÓN
SÓLO UNA GOTITA DE AGUA EN UN INTERMINABLE
M A R
TODO LO QUE HACEMOS
SE PULVERIZA AL ¿EN EL? SUELO, AUNQUE NOS
NEGUEMOS A VER
POLVO EN EL VIENTO
SÓLO SOMOS POLVO EN EL VIENTO
AHORA RESISTE
NADA DURA PARA SIEMPRE EXCEPTO LA TIERRA Y
EL CIELO
SE NOS ESCABULLE
Y TODO TU DINERO NO COMPRARÁ OTRO MINUTO
POLVO EN EL VIENTO
SÓLO SOMOS POLVO EN EL VIENTO
POLVO EN EL VIENTO
TODO ES POLVO EN EL VIENTO.

Me lo voy a aguantar hasta tener el auto.

Beso ácido y golpe mojado

A la medianoche golpeó la puerta.

-Pato, Pato ¿dormís?

Abrí somnoliento.

-¿Querés que comamos algo?

Guille hablaba turbio y arrepentido.

Como siempre.

Salimos y manejaba en silencio.

Fuimos al mismo restaurante caro donde siempre le hacían fiesta a sus fanfarronadas.

No habló mucho con ninguno de los forros de siempre.

Saludó tranquilo y ceremonioso.

Nos sentamos.

-¿Qué van a tomar los señores?

-Agua.

-Con gas para mí.

Me miró con su piel prolijamente bronceada.

-¿Me perdonás?

-Sí.

-¿Qué te gustaría que te regale?

-Un auto.

-Bueno, mañana vamos a la agencia.

Volvimos y me acosté con su papa caliente.

Lo quisiera azul marino, susurré.

Me acordé, entre los vaivenes de Guille, de la otra Guille, la acidez de un beso que nunca más podría ser.

Era como Las Tres Gracias, para mí.

Yo tendría auto, un auto azul y ella seguiría con su cara de mujer.

Como si el amor tuviera cara.

Sólo polvo en el viento.

Segundo movimiento



Sinfonía N° 3 Ludwig van Beethoven

Cargando mi auto azul rumbo a mi primer departamento

-No te olvidás de algo.

Guillermo tenía un rollo de cartulina en la mano.

Era mi diploma de Licenciado en Letras.

-Gracias, Guille.

-Vení dame un beso.

Puse la boca para que haga lo que quiera.

Una boca que ahora tenía una cicatriz que fue cosida como por mi vieja.

Dicen que me quedó bien. Es mentira.

No me importa.

Fue el precio del departamento en el centro.

-Chau.

-Hasta pronto.

El motor de mi auto, cargado de los últimos libros que faltaban y mi rollo de cartulina en el asiento del acompañante, desdibujó el hasta nunca.

Tenía mi navaja en la guantera, mi auto y mi casa en el centro.

En el balcón de mi departamento

El tilo entraba con profunda convicción a mi departamento. Se aposentaba en el borde del balcón de mi departamento del centro de La Plata, buscando.

En el balcón tenía una papa en agua que largaba raíces y hojas hacia él.

Parecían enamorados el tilo y la papa.

Cuando crezca más, alguna noche, la voy a plantar junto a él.

Los amigos en mi casa

Ese departamento me trajo amigos.

Albert volvió y continuamos juntos hasta que murió, sin papas entremedio.

Manuel y Sara venían muy seguido.

Se sentían como en casa.

También sin papas entremedio.

Sólo una vez Manuel me besó y estaba ácido.

Sólo una vez Sara me tocó y estaba frío.

Todos entendimos.

Albert se murió

No demasiado tiempo seguimos riéndonos y leyendo con Albert.

Tenía la peste rosa.

Nunca fue una condena.

Ni una autocondena.

Ni un arrepentimiento.

Sí la obediencia a un tratamiento que trató pero en ese momento no alcanzó.

Pero continuó nuestra desobediencia a las rosas.

Ambos preferíamos al tilo y a la papa.

Y al junco.

Tuvo pulmonía.

A los días llamó un abogado a mi casa.

Me había dejado su departamento, su auto y una extensa carta de amor.

No hacía falta.

Escondió sus ojos llenos de agua cuando me vio la boca partida, allá lejos.

Siempre supe que había amor en su cara de varón.

Porque sí.

Manuel habla de viajes y de Simbad

-Simbad, el marino, es un cuento de Las mil y una noches ¿no?
-En realidad no, es posterior su inclusión. Aparece en árabe en una edición impresa en Calcuta pero como anexo al final por el mil ochocientos. Parece que La Odisea hizo lo suyo. Al menos dicen. Siempre andan los viejos griegos dando vueltas.

-¿Cómo sabés todo eso, Pato?

Manuel se metía el dedo en el ombligo con ganas.

-Digamos que es el laburo que elegí.

-¿Cuántos viajes hizo Simbad?

-¿Qué?

-Qué cuántos...

Miraba distraído como la papa crecía junto al tilo.

Estaba medio chica todavía, pero iba queriendo.

-Ah, siete.

-¡El culo!

-¿Qué?

-El siete es el culo en la quiniela. Hay que rompérselo o se lo deben haber roto de lo lindo los marinos...a Simbad, el marino.

-Al Terrestre seguro también.

Una cena con Sara y el tilo en invierno

Sara era una buena amiga.

Linda para mí.

Toda linda.

Pero los tipos me parece que no la querían.

Le enterraban la papa y se iban.

Decía siempre lo que pensaba.

Todo lindo.

Hasta el desacuerdo.

Cocinó rico y lindo.

Comimos y mirábamos el tilo sin hojas.

Contenidos por un vino.

-Hace unos meses Manuel me preguntó por Simbad el marino.

Me miró atenta.

-Pensé que me gustaría viajar.

-No dudes, hazlo.

-Tengo que ahorrar un poco, ¿no querés que viajemos juntos? -Me encantaría pero tengo que arreglar el baño, ya no funciona del todo.

-Veremos.

-Andá con Manuel.

-Prefiero ir sólo si no es con vos.

-¿Me presionás, atorrante?

-Para nada, acabo de decidirlo. Voy a irme solo.

En el aeropuerto de Barajas

Llegué a la una de la madrugada a Madrid.

Me avisaron que una y cuarto salía el último micro al centro.

Subí rápido.

Hacía mucho frío.

No me importó.

Las aletas de mi nariz estaban muy dilatadas.

Me bajé en Las Cibeles.

Pregunté por la dirección del hostel que tenía reservado.

-Y no dobles a la derecha, coño, que ahí es peligroso.

Doblé a la derecha, pero me di cuenta rápido y rectifiqué el rumbo. El hostel era viejo, parecía un edificio porteño o de diagonal ochenta.

Me gustó la pieza.

Sin baño.

Así era más barato.

No me importó.

Me tiré en la cama.

No dormí.

En el Prado

Después de algunas vueltas entré al museo del Prado.

Lindo nombre.

El Prado.

Vi la mesa de los pecados capitales de El Bosco.

Óleo sobre tabla.

Escuché a la guía del museo de lejos.

No me gustan las guías.

Aquí podemos ver...y recitaba lo que era evidente.

“La Lujuria: En el campo está plantada una tienda de color rojo intenso, en la que dos parejas de enamorados celebran una comida campestre. A un lado, dos juglares o bufones. En primer plano, instrumentos musicales.”

¿Los enamorados no serán los juglares? ¿O los bufones?

“La Gula: Es una escena de interior con cuatro personajes. A la mesa del banquete hay un hombre gordinflón comiendo. A la derecha, de pie, otro que bebe ansiosamente, directamente de la jarra, lo que provoca que el líquido se caiga de las comisuras de los labios. A la izquierda, una mujer presenta una nueva vianda en una bandeja. Aparece un niño obeso, simbolizando el mal ejemplo que se da a la infancia, que reclama la atención de su obeso padre. En primer plano, una salchicha se asa al fuego.”

El Bosco parece que conoció a mi viejo, al tío Dani, a mi tía y a mi vieja.

Pero la salchicha se parece a la papa del viejo de la casa abandonada.

“Avaricia: Se representa un juicio en el que el juez, lejos de impartir justicia, acepta un soborno de una de las partes o incluso de las dos partes en litigio.”

Este es Guillermo, sin dudas este tipo es un genio.

“Pereza: Un eclesiástico duerme ante la chimenea en un acogedor interior, mientras que una mujer (la Fe), elegantemente ataviada, trata de despertarlo para que cumpla con sus deberes de oración.”

Este es Ernestito. La mujer seguro que no es mi vieja. Más bien parece Sara.

“Ira: Se representa con dos campesinos borrachos riñendo a la puerta de una posada, con jarras de bebida y uno de ellos es detenido por una mujer, mientras el otro tiene un banco en la cabeza. El fondo es un paisaje típicamente campestre.” ¡Uy estos son Osvaldo Y Pino y esa mí tía puteando!

“Envidia: Aparecen una pareja de enamorados. Un burgués intenta seducir a la mujer de otro, dos señores (un mercader que mira a un joven noble que lleva un halcón en el puño) y en la calle, dos perros con un hueso.”

¿Yo seré el hueso? ¿O el halcón?

“Soberbia o Vanidad: Es una mujer en un interior con pequeños objetos de uso cotidiano. Se mira en un espejo que hay en un armario, sostenido por un demonio; a un lado, se ve otra estancia con figuras.” Esto no me recuerda nada.

O sí.

Mejor sigo lejos de la guía, me marea su tono de enciclopedia, sus descripciones evidentes.

¿Pensará que somos ciegos?

Un pisotón frente a Las meninas

Era enorme la pintura.

Nunca me la había imaginado de semejante tamaño.

Siempre fui malo leyendo el tamaño hecho números.

Era como cajones y cajones de papas.

O como un bosque de tilos.

O como el amor de Albert.

Caminé para atrás porque en ese momento estaba solo.

Pero no.

Mis talones se apoyaron en dos pies y un crujido y un uy, me avisaron.

Cuando me di vuelta había una espléndida sonrisa ibérica que me observaba.

Era Ángel.

Por las calles de Madrid y en el departamento de Ángel

-¿Vamos a la calle guapo?

-Sí.

-De dónde eres.

-De Argentina, de La Plata.

-Dónde queda La Plata.

-Cerca de Buenos Aires.

-Yo estoy de paso por Madrizz, vivo en Barcelona. Un chaval me prestó su apartamento por unos días. ¿Quieres venir?

-Bueno.

Fue una buena tarde con Ángel.

Hermoso varón ibérico. Simpático y charlatán.

-Pues quédate aquí conmigo así te ahorras el hostel.

-Bueno.

A la noche ya estaba en el departamento de Ángel.

No era un pesado con el tema de la papa caliente.

Tenía lo suyo, pero no era pesado.

Me acarició mucho durante una semana.

Cuando me despedí de él porque seguía a Portugal me dijo:

-Guapo, en serio que te estaré esperando en Barcelona.

Me pasó una tarjeta.

-¿Vendrás?

-Sí.

Por las calles de Lisboa y con un fuerte llanto en el Monasterio de los Jerónimos

Lisboa es hermosa.

Más que eso.

Conmovedora.

Caminé. Caminé.

El mar desde el otro lado.

Un varón poderoso señalaba desde su estatua hacia el horizonte embravecido.

Pensé en Guillermina, o en su estatua.

Pensé en sus pelos larguísimos frente al mar.

Ondas. Muchas ondas enredando la percepción, como un cielo de Van Gogh.

Llegué pasado el mediodía al Monasterio de los Jerónimos. Gótico manuelino, de caracoles de mar y cosas y más cosas de mar en capiteles y molduras.

Las voces de un coro sonaban adoloridas.

Entré y mi llanto profundo, de niño perdido en la playa de San Clemente, desbordó todo el recinto.

En la Torre del Oro

Sevilla se veía bien desde el tren.
Pero desde el llanto en el Monasterio estaba extraño.
Tuve ganas de hablar con Sara.
Frente a la catedral me quisieron afanar.
Me sentí más raro todavía.
Vi la Virgen de la servilleta de Zurbarán.
Yo estaba hecho un trapo.
No sé qué me pasó.
Por ahí la pintura.
Por ahí yo.
Caminé hasta la Torre del Oro.
Me sentí peor.
Me fui a dormir y decidí a la mañana siguiente, irme.
Por ahí era esa ciudad.

La Alhambra

No era literatura.

Pero más o menos.

La llamé a Sara.

No estaba.

Fui a un boliche a la noche.

Me mamé y me fui con alguien que no recuerdo.

Ni recordaré.

Por Barcelona, un día

Fui hasta lo de Ángel.

Lo llamé por teléfono desde la estación de tren.

-Te espero, guapo.

Era en la calle de Picasso.

El mar estaba muy cerca.

Era una casa fabulosa la de Ángel.

Le pedí que me tuviera algunas cosas que acumulé porque a la noche partía para Roma y que después volvería para estar unos días.

En eso entró otro.

-Este es Patricio, el chaval del que te conté.

Era su novio, Camil.

Me dio un cuarto para que dejara las cosas.

Me sentí miserable frente a tanto esplendor.

Partí para Roma en el tren de la noche pero antes los dos apoyaron sus bocas en la mía, partida.

En viaje nocturno hacia Roma

-¡Portbou!

Una voz estruendosa me despertó.

No tenía megáfono.

Sólo su voz de guarda entrenado.

Me acordé de Walter Benjamin y me volví a dormir.

-¡Des billets, s'il vous plaît!

Creí que se decía des passagges, pensé entre dormido.

No sé donde estaba, el guarda me miraba esperando.

El mismo guarda.

Busqué el pasaje.

Lo miró.

Me miró.

Y vi a un flaco en el camarote que antes no estaba.

Me volví a dormir.

-Caro, caro...

No entendía qué pasaba.

Estábamos llegando a la frontera italiana.

Había un sol raro.

Miré.

-Qué manera de dormire, chaval.

El flaco del camarote me miraba y hablaba atravesado entre castellano e italiano.

-Dove sos.

-Argentina.

-¡Aryentina!

Me dice Maradona y lo mato.

-¡Maradona!

El flaco tenía la bragueta abierta y se le veía el calzón rojo.

Vio que lo vi.

Se rió espléndido:

-Sono de la sinistra, dico, digo, de la izzzquierda.

Me invitó a su casa de Roma.

Hablamos muy poco de política.

Escuché la misa de Réquiem de Mozart por primera vez.

En el Coliseo Romano, la última noche en Roma

Una noche helada apuntalaba a una luna pequeña y entera.

Muy luminosa.

Pero algo borrosa.

Habíamos salido con Renzo, mi compañero de tren, a festejar mi última noche en Roma.

Demasiado tequila, sal y limón.

Con nosotros estaban Antonieta y su novia.

Tenían un auto chico, más chico que un Fiat 600.

Entre más y más brindis se sumaron unos amigos de las amigas.

Ya éramos seis.

Renzo en cocoliche me preguntó por el Coliseo.

No fui.

Se armó un griterío cuando tradujo.

Me pusieron una bufanda de lana como venda en los ojos, y a los empujones me llevaron al autito.

Subieron todos.

Olí a Renzo adelante.

Los otros perfumes no los reconocí.

No me importó. Me mareaba el caracoleo del auto.

Y los gritos.

Me bajaron. Me hicieron agachar y de pronto cuando sacaron la bufanda, que hacía de venda en mis ojos, sentí una puñalada nueva que me golpeó la cara.

Estaba en el centro de la pista del Coliseo Romano.

Creí escuchar la carnicería animal, el griterío.

Pensé que serían los muchachos y muchachas.

No.

El pedo se había deteriorado por obra de una luna helada sobre el techo de cielo del Coliseo Romano.

Aspiré hondo y grité fuerte.

Nunca había gritado.

Pero el Coliseo me devolvió ese grito horrorizado.

Mi vida se derritió entre miles de muertes atroces.

Entendí que mi vida no era la peor.

Ya sabía que la felicidad tampoco importa tanto. Y ahí pinté un cuadro con enanos misteriosos en el fondo de mi cabeza.

Sin mucha descripción.

Florenxia, tren desde Venecia a Milán, con escala

Y fui a Florenxia.

Y después a Venecia.

Aprendí a decir dopo morire.

No sé para qué.

En un puente pequeño de Venecia un tano más lindo que Nito me dio un beso, tenía esmoquin y un piloto blanco y perfume de varón italiano.

Era más lindo que La Fenice.

Y en medio del frío rosado veneciano, sin manotazos, aprendí otra cosa: la cicatriz de mi boca era una atracción inesperada.

Aprendí a sonreír de ese lado.

Y la sonrisa que aprendí me hizo sentir que no era un desalmado.

Pensé en el tilo y la papa.

¿Los habrán regado?

Manuel sobre todo, que aprovechó mi casa en este viaje a lo Simbad, inusitado.

Parada del tren a París en Milán

Estaba acodado en la ventanilla de mi compartimiento del tren.
Iba sólo, viajaba poca gente ahora.

Yo tenía sueño pero miraba a la gente en los andenes.

Tenía la cabeza apoyada del lado contrario a la cicatriz.

Me pareció bueno no ocultarla.

Antes intenté dejar que la barba hiciera lo propio. Pero se reveló la cicatriz y quedaba una línea blanca entre los pelos.

En definitiva el contraste era peor.

Decidí no preocuparme pero me encontré muchas veces con la mano apoyada de ese lado.

Desde la modorra Milán en su estación de tren era gris.

No fea. Industrial. Igual no quise bajar a conocerla.

Quería llegar pronto a París.

Los apuntes que seguía tomando en las hojas Rivadavia tenían más dibujos que oraciones.

Pocas poesías. Había tirado muchas y otras no las había construido aún.

Pasó un grupo de muchachas y muchachos, entre ellos el Sol. Eran muchos los metros entre ellos y yo. Pasaban y parecía que el tren ya se movía. No, ellos recorrían la espina lateral de los vagones buscando señales.

Al pasar justo delante de la ventanilla, el Sol brilló más fuerte.

Mi papa se alegró.

Vi que varios vagones más adelante subieron en patota.

Me senté.

Me costaba respirar.

Me adormecí pensando en el Sol.

Me despertó el toc-toc en la puerta y antes de abrir agarré el pasaporte y el pasaje.

Abrí y ahí estaba el Sol con una mandarina en la mano, como una ofrenda.

No entendí nada del borbotón de palabras.

Después entendí que hablaba alemán.

El Sol no sabía inglés, ni francés ni castellano ni siquiera italiano.

No importó porque entendí. Después. Poco después.

Cerró la puerta y me abrazó entrañablemente. Así nos quedamos un largo rato. Como quienes se reencuentran después de un largo desencuentro.

El tren arrancó y nos desestabilizó.

Nos sentamos y nos miramos.

Él farfullaba en alemán, yo en todos los posibles. De pronto empecé a entender.

Le hice señas de que hablara despacio y empecé a entender.

Yo también hablé lento y él también empezó a entender.

También las caricias eran lentas.

Era de Ginebra.

Tenía su departamento para él sólo.

Estuvieron un fin de semana largo en Italia con esos amigos con los que lo vi pasar.

Buenos amigos.

El Sol empezó a transformarse en tilo. Delgado al principio pero de hojas redondas y verdes re verdes.

Le aparecieron racimos de flores.

El compartimiento estaba lleno de olor a mandarina y a tilo.

Yo empecé a echar raíces con el vaivén del tren.

Él cerró con traba la puerta.

Y los vaivenes del mar empezaron entre ambos, lentos y carnales.

Después nos dormimos.

Pensé antes de dormirme del todo que ninguna cosa que leí de Rubén Darío hablaba de esto.

Susurré Reinaldo Arenas y me dormí profundamente.

En la frontera francesa

Llevábamos largo rato despiertos y parloteando a la luz de las lamparitas.

Reinner, así se llamaba el Sol-tilo, insistía en que me bajara y me fuera con él a Ginebra.

A vivir con él.

No tuve sospechas. Tuve miedo.

Por primera vez sentí miedo de estar con otro hombre.

Nos acercábamos a la estación.

Él parecía suplicar.

Y yo tenía miedo.

Sus ojos de Sol se llenaron de agua como cuando Albert vio mi cicatriz y también escondió la cara.

En un papel le di mi dirección en Argentina y él la suya.

Se fue y parecía que tenía zapatos de cemento.

Me acodé en la ventanilla como cuando nos vimos y pasó ahora sin luz.

Una mano amiga, apoyada en su hombro, le susurraba no sé que cosas.

En ese momento la puerta de nuestro compartimiento se abrió con sobresalto.

Entró una familia entera y ocupó su lugar, o al menos lo intentó.

No pudo.

En París, en la casa de Ana

Cuando bajé del tren sentí la falta de mi navaja.

Sonreí de pensarla en el bolsillo de Reinner.

Sonreí porque había aprendido otras cosas.

Pero arrastré mi bolso hasta la casa de Ana.

Deuxième arrondissement. Près de la Porte de Saint Martin. Con Ana fuimos compañeros de las últimas materias de la facultad.

Ella se instaló inmediatamente después de recibida en París.

Era muy vivaracha.

Irradiaba picardía criolla y una pronunciación maravillosa en francés.

Trabajaba de institutriz y alquilaba un estudio.

El resto del tiempo conocía hombres y hacía algunos seminarios en La Sorbonne.

El monoambiente me recibió con alegría y Ana con sonoro beso en la mejilla, en las dos.

-A ver, me dijo, pero qué lindo estás.

-Gracias Ana, vos también estás relinda.

Frunció su carnosa boca pintada de rojo, estiró la cintura y con sus exuberantes tetas apuntándome -Sé sincero, ¿creés que estoy deseable?

No sabía bien qué contestar.

-Disculpame, mirá lo que te vengo a preguntar a vos.

-No, no, sí estás buena, creo.

-Vamos a pasear, hoy me tomé el día para que salgamos juntos. Me dejó darme una ducha, me puse la camisa menos arrugada, mucho abrigo encima y partimos del brazo.

No fuimos al Louvre.

Ni a la Torre Eiffel.

Ni al Palais Garnier.

-Andá vos después y aprovechemos un poco de sol en este invierno de mierda de París.

Lo imaginé a Reinner. Le hubiera dado otro Sol a París.

Me llevó al Mercado de Pulgas.

Era como un San Telmo pero divertido.

Había cosas muy antiguas y caras pero nos pusimos unas pelucas de canicalón de otro puesto para sacarnos una foto.

Todo era una risa para Ana.

Y a mí también me daba risa su risa.

No demasiada.

Pero más que de costumbre.

Tomamos un café en la calle.

Y fumamos.

Y me contó de sus novios.

Perdí la cuenta.

¿O eran sus amantes?

-¿Estás escribiendo? me preguntó después de contarme su última historia con un profesor japonés.

-Poco.

-No mientas que te conozco.

-En serio, ahora sólo estoy inusitadamente viajando.

-Inusitadamente, qué literario estás.

-Puede ser, debe ser por Simbad y Las mil y una noches. -Mejor contame de tus noches. ¿Seguís con la manía de decir papas?

-Creo que sí.

-¿Por qué no podés llamar a la cosas por su nombre?

-No me acuerdo.

Primera noche en el departamento de Ana

Hacía demasiado frío.

Decidimos volver al departamento de Ana para cenar y tomar un vino.

Yo estaba muy cansado y necesitaba un poco de hogar.

De camino compramos unas cosas en un supermercado.

El departamento estaba muy tibio, casi demasiado para mi gusto.

Nos quedamos descalzos y empezamos lo preparativos de la cena.

Ana puso música, obviamente francesa.

-Para que estés en clima.

Mistinguette.

Comimos y Ana estaba a cada momento más divertida.

Me sacaba de ese estado mío.

Cuando la última gota de mi copa cayó cerca de mi cicatriz eran más de las doce de la noche. -Tenés sueño, ronroneó Ana.

-Me gustaría acostarme, ya me duele la espalda de dormir en trenes.

-¿Dormir? Y se rió.

Algo le había contado de Reinner.

No mucho. Sólo lo que a ella le gustaba escuchar.

Tenía que dormir en un colchón en el suelo.

No me importó.

Ella se fue al baño y me quedé dormido.

Semidormido sentí la mano de Ana bajándome el calzoncillo.

Entreabrí los ojos y los volví a cerrar.

-¿Puedo?

-Bueno.

Ella condujo la marea.

A veces mi energía es sacada con un sifón, por fuerzas más grandes, pero es siempre temporal.

El resto de mi estadía en París

Visité los lugares a los que Ana no quiso acompañarme.

Fui al Louvre.

A la torre Eiffel.

Al Palais Garnier.

Y caminé por el borde del Sena.

Entré en alguna librería.

No compré nada.

En Montmartre me hicieron mi perfil en cartulina negra.

Vi mi sombra.

Decidí hacerme una escapada a Londres.

Un día en Londres, sólo un día

Tomé el tren París-Londres.

Estuve en un túnel largo y sumergido durante unas horas.

Por debajo del canal de La Mancha.

Por primera vez pensé en alguna simetría. Entre la cuestión de hechos y algo de mí: túnel-sumergido-La Mancha.

Sólo un día en Londres.

Visité Trafalgar Square y después la National Gallery.

Me sentí bien con el contraste entre París y Londres.

Creo que el cambio de lengua me aportó descanso.

Entré a una iglesia en una esquina de Trafalgar Square, Saint Martin in the fields.

Pensé en los campos.

El atardecer estaba en la iglesia, otro atardecer.

Había, entre una multitud de gente reunida en el interior, un crepúsculo de velas.

La multitud se inmovilizaba ahí adentro.

Empezaba un concierto de música barroca.

Vivaldi primero, creo.

Me senté en el piso apoyado en una columna y escuché.

Escuché.

Al rato me escuché.

Me escuché pensar que la única cuestión sería a considerar era la idea del suicidio, entre mundo y mundo.

A la noche volví a París, creo.

Despedida de Ana

-Gracias, Ana, por tu hospitalidad.

Le di mi sombra de perfil de regalo.

-No, gracias a vos por haberme traído un poco de olor a tilo a mi sucucho. ¿Me escribís?

-Sí.

Nos cruzamos cuatro besos.

De nuevo en Barcelona en la casa de Ángel y su novio Camil

Llegué poco antes de la cena, previo llamado.

-Pues claro, hombre.

La voz de Ángel era profunda y risueña.

Los dos preparaban la cena y veían una pelea de box.

-Toma castaña, gritó Ángel.

Me dio risa.

Camil me miraba seductor.

Comimos y la música de la cena era yanqui.

Cole Porter: So in love, en la voz de Ella Fitzgerald.

-¿Duermes con nosotros?

Ángel fumaba hachís despreocupado y brillante.

-Bueno.

-¿Vamos pasado mañana a nuestra casa de la playa en Sitges?

-¿Es lejos?

-No.

-Bueno, pero el domingo tengo que estar en Madrid para volver.

Al día siguiente visité un poco Barcelona.

Lo típico y otras cosas.

Entre ellas La Sagrada Familia.

No lloré.

Visita a Sitges

El camino era de película.

Por el borde de la montaña zigzagueamos hacia Sitges.

De un lado nos arrinconaba una pared, del otro el barranco hacia el mar.

Los dos vaivenes, el del mar y el del auto, me revolvieron el estómago, para gracia de Ángel que manejaba y de Camil que me tocaba estirando su mano hacia atrás, descaradamente.

Llegamos a la espléndida casa de la playa, caminé por ese pueblo que alguna vez fue de pescadores y ahora de pesca de putos y tortas.

Comimos.

El viento helado no me molestaba.

Camil me molestaba.

Dormimos la siesta.

Aproveché que Camil dejó su billetera en la mesa de la cocina y le saqué unas pelás.

Por la noche anterior y por la siesta.

Quizás para que aprenda a no abusar de las conquistas del otro. De Ángel. Que no pensara que soy propiedad transitiva. Ganate lo propio, pensaba, mientras me guardaba en el bolsillo derecho la guita.

Se dio cuenta y me hice el boludo con una semi sonrisa en mi cicatriz.

Comprendió. No dijo una palabra. Sólo me dejó una notita a escondidas de Ángel: la próxima llamo a la policía.

La miré y la dejé como si no la hubiera leído.

No se me arrimó nunca más hasta que me fui.

No hablando, la gente, a veces también entiende.

Con ese dinero le compré un regalo de despedida a Ángel.

Emocionado me besó: justo lo que quería.

-Adeus.

-Petunets, alcancé a escuchar desde mi ventanilla rumbo Madrid.

En el avión, de regreso a la Argentina

La cena en el avión era fea.

Tenía demasiada hambre y la comí toda.

El avión iba notablemente vacío.

Viajaba solo en la hilera central del boeing 747.

Estaba reclinando el asiento cuando percibí resistencia. Miré hacia atrás y un hombre sonreía y me hacía señas de que le golpeaba las piernas con mi asiento.

Lo invité a mi lado. Aceptó con una sonrisa como la del carnicero Aldo.

Era un turco que hablaba perfecto inglés, como diferencia.

La única.

Las mantas de viaje y las luces apagadas hicieron el resto.

Cuando me desperté estábamos en una escala en Río de Janeiro.

El turco ya se había bajado.

Decidí seguir durmiendo. Estaba muy cansado.

En Ezeiza tomé un remis a La Plata.

Eran las tres de la mañana.

El reencuentro con Manuel en mi departamento

Llegué a mi departamento a las cinco de la mañana.

Los tilos en La Plata estaban maduros.

El calor de la madrugada era típico de febrero.

Respiré hondo cuando bajé del taxi.

Entré a mi casa sin hacer ruido.

Manuel dormía a pata ancha, boca abajo.

Sintió mi mirada en la media luz.

Se levantó como sonámbulo sin hablar.

Nos abrazamos estrechamente, igual que con Reinner, nos quedamos un largo rato. Como quienes se reencuentran después de un largo desencuentro. Éste era exactamente así.

Un largo desencuentro.

Tomamos mate en el balcón, hablamos mucho de nada. Cuando el sol se puso fuerte nos echamos en la cama grande y nos dormimos.

Al despertarnos eran ya más de las tres de la tarde.

Comimos algo, creo que una ensalada.

-Bueno, me voy.

-No te vayas Manuel. Hay lugar para los dos.

A las seis de la tarde se fue al trabajo. Estaría en el locutorio hasta la una de la madrugada.

El reencuentro con Sara

Cuando Manuel partió, acomodé algunas cosas y puse en el lavapropas la ropa sucia, toda.

La llamé a Sara.

Estaba del otro lado del teléfono a los gritos: voy para allá.

En menos de quince minutos estábamos abrazados. Nos abrazamos estrechamente, e igualmente que con Reinner nos quedamos un largo rato. Como quienes se reencuentran después de un largo desencuentro. Éste era exactamente así.

Un largo desencuentro. Como con Manuel.

Sara me miraba y no dejaba de preguntarme. Sin dejarme responder iba a la carga con otra pregunta y otra y otra.

Estaba hermosa pero distinta.

Hermosa como siempre.

Distinta como nunca.

-Estoy embarazada.

-¿De quién?

-No sé.

-¿Qué vas a hacer?

-Tenerla.

-¿Tenerla? ¿Ya sabés el sexo?

-Sí y no.

Me senté.

Ella fue a tomar agua de la heladera.

Se sentó a mi lado.

-¿Te parece mal?

-No sé, pero ¿cómo vamos a hacer?

-Cómo ¿cómo vamos a hacer?

- ¿Les dijiste a tus viejos?

-Sólo les comunicué.

-¿Y?

-Nada, como siempre.

-¿Y en el laburo?

-Todavía no comenté nada, me falta un mes para que me blanqueen y podré decirlo sin que me puedan echar.

Noté que tenía las palmas de las manos muy transpiradas.

Noté cuánto la había extrañado. Los había extrañado.

-Sola no vas a poder.

-No soy ni la primera ni la última persona que cría a una hija sola.

-¿Pero sabés quién es el padre?

-Sí.

-Entonces...

-Entonces nada. Decidí tener a mi hija, no tener una pareja, ni ninguna de esas mierdas que ya sabemos.

Pensé que tenía razón. Pensé en cómo haría con su sueldo para pagar el alquiler, mantener a la nena. Ya había asumido que era una nena, no sé cómo me volvió a convencer.

-¿Te podés quedar hasta que llegue Manuel?

-Sí, claro.

-¿Podés acompañarme al súper?

-Sí nene, estoy embarazada no lisiada.

Sin duda Sara era hermosa.

-Estás muy lindo vos, ¿me vas a contar detalles?

-Después de las compras.

Salimos al fragor de los tilos, a un anochecer húmedo y caluroso.

Cuando Manuel llegó brindamos y comimos.

Él ya sabía.

Noté cuando acompañé a Sara a tomar un taxi que casi no rengueaba.

¿Sería obra del embarazo que su pierna acortada de nacimiento se había extendido?

Nunca supe por qué Sara nunca más rengueó, de esa pierna.

Tercer movimiento

Scherzo (Allegro)

Sinfonía N° 3 Ludwig van Beethoven

La Heroica

Inauguraba la temporada del Teatro Argentino con la Tercera Sinfonía de Beethoven.

Era la primera vez que la escuchaba.

Las luces del teatro se apagaron y comenzó la sinfonía, al rato creí percibir algo extraño en esta extraña obra que se hermanaba con la genealogía de Brahms, Schumann, Wagner, Malher y también confusamente con Freud. Me sonreí al pensar en cómo sonaría una sinfonía de Freud, del doctor Sigmund Freud.

Creo que en esta Tercera Sinfonía se expresaba el inconsciente. ¿Existirá tal cosa? Al menos existe en el lenguaje. Ya está instalado.

Algo ahí me decía: “Escuchame y vivirás todo conmigo”.

Y escuché.

Lo cómico y lo provocador.

También lo sórdido.

Y una especie de escapada de murciélagos frenéticos.

Pensé lo que le costó escribir todo eso. A Beethoven.

Me vi como alguien que se ve con ojos nuevos y se da cuenta de que no es especial.

Escuché “esto es lo que experimenté en mi vida y quizás otros lo experimentarán, de alguna manera”.

Y llegaba el final de la obra y escuché que decía a los gritos: “este es el final, este es el final, ¿entienden?, EL FINAL, se terminó”.

Cuando llegué a mi casa tomé una decisión.

Muy clara.

La llamé a Sara para que viniera a la noche siguiente. A Manuel lo mismo, pero el mensaje estaba en un papel, en la cocina.

Era sábado así que ninguno trabajaría en domingo. Me acosté contento pensando en buscar a la mañana, en los libros, la historia de la composición de La Heroica de Beethoven.

Me dormí con murciélagos frenéticos en la cabeza.

La Sinfonía N° 3 en Mi bemol mayor Op. 55 de Ludwig van Beethoven

Leí acerca de la decepción de Beethoven con Napoleón Bonaparte.

Leí cómo el manuscrito tiene borrado hasta la rotura del papel el nombre de Bonaparte.

Hizo un agujero para borrar la decepción.

También entendí algo entre las categorías y su rotura.

¿Sería yo una decepción por lo que de tan chico me querían hacer el agujero? Los agujeros.

Pensé en todos los orificios de mi cuerpo.

Tenían categorías, formas y funciones como una sinfonía.

Pero también entendí que se pueden usar de otra manera. La anatomía está preparada para que todos los agujeros corporales puedan ser entrada y salida.

Pero a los varones nos tienen prohibido el uso del agujero del culo como entrada.

¿Quién lo habrá dictaminado?

Para qué.

¿Acaso no se puede hacer como Beethoven y usar las formas para expresar otras cosas? Sin tanta milonga, pensé, y otra forma musical me hizo reír.

También recordé a tantos justificando: a Foucault, a Passolini, a Stonewall, a Puig, a Perlongher. Pobre Oscar Wilde también. Creo que los griegos antiguos no. Ni los indios de Nueva Guinea.

Igual no importa. Se supone que estamos en el siglo XX.

A finales.

Pero hay agujeros temporales y las cárceles de Piranesi están grabadas en las calles, en los tilos, en las papas.

Quizás también en Freud y en Lacan. O sus seguidores.

Poetizar con el cuerpo no se hace.

Las bionecesidades marcan una categoría, la categoría, como el segundo movimiento de una sinfonía. Debe ser un movimiento lento.

Beethoven en la Heroica lo hizo como Marcha Fúnebre.
Como marca fúnebre.
¿Lo hizo con la forma de su decepción?
Voy a empezar a pintar.
Voy a hacer música.
Voy a empezar a hacer cine.
Voy a seguir fotografiando.
Voy a seguir escribiendo.
Aunque sea como el culo.
Como se me cante el culo.
Que el culo como agujero, cante.
Eso pensé. Porque sí.

El amor como el culo o con cara de culo

Cuando Manuel se despertó me preguntó a qué venía esa suerte de reunión de consorcio.

-Sin tanta cosa, Manu, quiero decirles algo a los dos, en realidad una propuesta.

-Dale, adelantame algo.

-Bancate un poco.

Desde que con Manu vivíamos juntos empezamos a coger.

No obligatoriamente. A veces pintaba.

Sus besos dejaron de ser ácidos.

Pero entendimos que estábamos unidos.

Estados unidos. Nuestros estados de ánimo se unían sin mayor dificultad.

Sin mucho que decir nos reíamos, sin mucho que callar cogíamos. Con Sara también me pasaba igual. No vivíamos juntos como única diferencia.

Por ahora.

Los tres a la noche del domingo

Ya terminada la cena tan mentada, en la que tanto Sara como Manu esperaban como un misterio, les dije mi propuesta.

-Me quiero matar.

Un silencio helado anduvo en la cara de los dos.

-¿Qué decís mamarracho? Sara tenía la cara roja de indignación. Instintivamente se tocó su ahora prominente panza.

Manu tenía todas las sombras de la habitación en sus ojos y en su boca.

Para variar había elegido mal las palabras de arranque.

Me di cuenta en el espejo de sus caras que fueron una mala decisión esas palabras.

Así se los dije.

Doble trabajo ahora de empezar de nuevo con mi propuesta.

¿Cómo retirar el estado anímico que les provoqué?

No podía borrar las palabras del aire.

No podía hacer un agujero en el aire para desaparecer palabras que sonaron a una última decepción.

-Podemos rebobinar la película, dije como el culo.

-¡No! casi me gritaron al unísono.

-Hablá de corrido, querés. Sara ahora estaba blanca.

-No te hagás el Hitchcock. Manu estaba rojo de bronca ahora.

-Para variar soy un animal. Siempre tengo que escribir la errata. Mi vida como errata.

Tome un trago largo de vino y prendí un cigarrillo, Sara abrió la ventana.

Y así comencé a explicar más detalladamente que quería matar a ese Patricio que ya no quería. Que conciente de mi soledad podía buscar al otro. A esos otros que eran ellos. Que no tenía que seguir buscando tan lejos. Quería vivir con ellos dos.

Los tres juntos.

Sin matrimonio, sin patrimonio.

Otra asociación posible.

La nuestra de hecho.

Pero quería el todos los días.

El compartir así como esa cena, y el nacimiento de la hija de Sara, todos en una sola casa.

Les proponía vender mis dos departamentos y comprar una casa para que podamos vivir juntos los cuatro, la nena también. Que la nena sea de los tres.

Que la vida sea de cada uno y de los tres.

Manu y Sara se miraron.

Yo sabía que ellos también se habían cogido.

Explotó una carcajada en Sara.

Y así planeamos la compra de nuestra nueva casa.

Y también dijimos que no éramos hippies.

Porque sí.

A la búsqueda de una casa

Mis dos departamentos ya estaban con sus respectivos carteles de venta y con candidatos firmes de compra.

El tema era encontrar una casa en La Plata, esa casa que soñamos durante semanas con Sara y Manu.

Si bien nuestras condiciones no eran insensatas era difícil encontrar algo parecido.

Necesitábamos por nuestros trabajos estar en un radio acotado: entre las calles 118 a 19 y de 44 a 71.

Martín, el de inmobiliaria, me explicaba las dificultades, los costos, yo persistía: si no hay algo parecido a eso no vendo los departamentos.

Fueron como palabras mágicas. No sabía que existiera la magia en el mercado inmobiliario. Pero así fue.

Aparecieron al día siguiente de esa conversación tan escueta dos casas, por así llamarlas. Dos ph, pasillo al medio una, pasillo al fondo la otra.

Fuimos los tres a verlas, mejor dicho los cuatro con el de la inmobiliaria.

Ambas casas estaban aún habitadas.

Pero cuando vimos el ph al fondo nos miramos como trimonio que éramos, ante la mirada algo perturbada del vendedor y supimos al unísono que ésa era la casa.

Nuestra casa.

La panza de Sara estaba a sólo tres meses de explotar.

La mudanza a las apuradas y los arreglos

A la semana siguiente estaban todos los papeles en marcha.

La guita alcanzaba justa.

Vale decir que los arreglos había que encararlos con algún ahorro que teníamos con Manu y con algo de nuestros sueldos.

Finalmente un sábado a las seis de la tarde estábamos los tres en medio de una cacofonía de cajas en nuestra casa que tenía eco.

El nombre de la nena

Faltaba poco para el nacimiento de la nena.

-Ya estoy en fecha y todavía no me decidí por el nombre.

Sara, más que preocupada, lo dijo para compartir.

Una sola vez había dicho al pasar que hasta no verle la cara no imaginaba ningún nombre.

-Primero la cosa, después el nombre. No la quiero sentenciar. De todas maneras esa tardecita cada uno de nosotros puso en un papelito un nombre en una bolsa de nylon.

Sara fue sacando los papelitos de a uno.

-Sara.

Otro papel.

-Manuela.

Finalmente el último.

-Patricia.

-Una originalidad desbordante, dije y nos reímos de los tres.

Una lluviecita pegaba en los vidrios de nuestra cocina.

Me paré y vi por los vidrios de la puerta el patio aún a medio arreglar.

Había un viejo limonero torcido y verde oscuro en el medio de un embaldosado desvaído.

Me colgué de unas gotas que resbalaban de esas hojas negruzcas. Escuché a través de las gotas a Sara negar los tres nombres por motivos claros.

No recuerdo cuáles.

Dije Alberta.

De golpe y de la nada. O desde las gotas.

Porque sí.

Sara aplaudió.

Manuel me abrazó de pronto desde atrás.

Pintamos luego la habitación de Alberta de amarillo sol.

Esa noche a la madrugada Sara rompió bolsa.

Alberta nació a la mañana.

Como si siempre Sara hubiera estado pariendo.

Como si Alberta siempre hubiera estado naciendo.

Febrero otra vez

Nuestra casa ya funcionaba.

Alberta ya gateaba.

Manu no andaba bien.

Sara estaba un poco loca, pero soportable.

Los tilos de esta casa estaban enfrente.

A la noche se colaban intangibles por nuestras ventanas abiertas.

En el patio de la casa teníamos un jazmín trepador.

Lindos olores, pero Manu no andaba bien.

Desde el nacimiento de Alberta estaba como arrinconado. Era siempre afectuoso pero tenía como una pátina deslucida cuando caminaba.

Sara lo cargaba:

-Estás celoso, estás celoso.

Pelaba una enorme teta blanca ahora adonde Alberta practicaba a ser sanguijuela.

Sara parecía haber perdido la concha por un tiempo, era sólo una gran teta.

Pero Manu cada vez llegaba más tarde del laburo. Algunas noches que dormíamos juntos se revolcaba en la cama y sobresaltado decía Evita. Tres veces lo mismo.

Pensé en sus padres montoneros.

Después me olvidé.

Nos contó que había conocido a un flaco en el locutorio y que le gustaba coger mucho con él.

-¿Quién te prohíbe algo?

-No, ya sé, pero no me entiendo.

-Qué tiene que ver coger con amar.

-A veces nada.

-Siempre nada.

El ping pong de frases entre Sara y yo parecía ensayado.

Manu se enojó mucho.

Pegó un portazo que repercutió en un sobresalto de Alberta.

Se fue.

Sara se destornilló con el dedo algo en su cabeza y me miraba buscando algún acuerdo.

No entendí.

El anuncio de Manuel

-Me voy a vivir con Gustavo.

Esa misma tarde se mudó.

Nos pidió a Sara y mí que le devolviéramos la plata que había gastado en los arreglos de la casa.

-Bueno.

Le dije.

-Por qué no te vas a mismísima mierda.

Sara lo susurró para no despertar a la nena.

Alberta camina

La nena caminaba como borracha.

Pensé que todos andamos medio así, en pedo.

Al pedo.

Hacía más de cuatro meses que no sabíamos nada de Manuel.

Y ya no trabaja más en el locutorio.

Alberta nos traía novedades sabidas.

Nos divertía bastante. O nos distraía de no sé qué.

Saqué muchas fotos.

Lo extrañaba a Manuel.

Un poco.

¿Por dónde andaría?

Una carta de Sara

Querido Patricio:

Te dejo los papeles de Alberta y la libreta sanitaria en el segundo cajón de la cómoda.

Hay pañales suficientes y en la lata de mi cuarto te dejo cien pesos.

Hay que ir a buscarla a la guardería a las cinco.

Sé que la vas a cuidar bien.

Necesito irme por un tiempo.

Te escribo porque no puedo mirarte.

Cuando pueda te llamo.

Un beso.

Sara.

Las mil y una

Mi mundo estaba desmoronado.
Igual a la cinco fui a buscar a Alberta.
Lloró diciendo mamá durante cinco días y cinco noches.
Después nunca más la nombró.
Durmió conmigo hasta los siete años.

Afánisis

“En sus artículos «El desarrollo precoz de la sexualidad femenina»

(1927) y «El miedo, la culpabilidad y el odio» (1929) reproducidos en *Papers on Psycho-Analysis*, Ernest Jones considera que el miedo a la castración, específico del hombre, tiene como equivalente en la mujer el miedo a la separación o al abandono. Se trataría de manifestaciones diferentes de una angustia primaria común a los dos sexos: el miedo a la afánisis (desaparición), abolición de la capacidad de experimentar un placer sexual o incluso de la posibilidad de obtener esa satisfacción. Esta amenaza de una extinción de la sexualidad llevaría a tener que renunciar al objeto deseado, o bien al propio sexo. Pero a los efectos de la privación se sumarían los de la inhibición cuando el miedo a desear conduce a una especie de afánisis artificial. Lacan ha visto en esto un «paso en falso» de Jones, quien habría desestimado la primacía de la castración, e imaginado ese miedo a ver extinguirse el deseo. También ha propuesto situar la afánisis en un nivel más radical, el de un movimiento de fading, de desvanecimiento, de eclipse del sujeto: «Sólo hay surgimiento del sujeto en el nivel del sentido por su afánisis en el lugar Otro, que es el del inconsciente» (1964, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*). En otras palabras, toda vez que el sujeto está identificado con un significante, desaparece en el inconsciente; su alienación consiste en esa división en la que se pone en juego su pérdida y en la que no aparece en un lado sino por borrarle en el otro.”

No entendí nada.

Sólo la palabra desaparición.

Alberta decía tener hambre con una boca muy redonda y su enorme sonrisa.

Me zampó un beso en el brazo en el que sostenía el diccionario. Porque sí.

El amor tenía cara de nena.

Consigo un mejor sueldo

En la facultad donde trabajaba me propusieron estar a cargo del departamento.

Me faltaban pocos meses para cumplir mis treinta años. No estaba mal.

Eso triplicaba mi sueldo.

Acepté.

Me hacía falta, igual seguí con los alumnos particulares mientras Alberta jugaba en el patio cuando no llovía.

Un llamado de Sara

-Hola Pato. ¿Cómo estás?

-Bien.

-¿Y la nena?

-Bien.

-¿No tuviste problemas con los papeles que te dejé del escribano por la tenencia de la nena?

-No.

-¿Me dejás hablar con Alberta?

-Está en la escuela.

-Claro, qué boluda. Bueno, chau.

-Chau.

Aparece Manuel

El timbre sonó indeciso en la madrugada.

Esperé.

Volvió a sonar la indecisión.

-¿Quién es?

-Pato, soy yo.

Cuando fui a abrir la puerta, vi cómo Alberta dormía profundamente.

-Pasá.

-No, no, no puedo, dijo Manuel.

Estaba como cuando lo encontré a Chiche, sucio y tembloroso.

Entró al pasillo.

Yo me cerré fuerte la bata, hacía mucho frío.

Me abrazó y entre un sollozo casi inaudible me dijo lo maté.

Me separé de él apenas.

Vi rastros de sangre en su ropa.

Ahora era como el carnicero Aldo y su delantal.

-¿A quién?

-A Gustavo, fue un accidente, te juro que fue un accidente. Me dio un fuerte beso en la trompa y salió corriendo en la oscuridad pelada.

Nunca más supe de él.

El cumpleaños de Alberta

-Cumpló siete, cumpló siete.

La chiquita saltaba en mi cama muy temprano.

-¿Me das mi regalo, papá?

Bajé la mano, tanteé debajo de la cama y salió su caja de regalo.

La impaciencia rompió y estrujó moños y papeles.

Cuando vio la cámara los deditos la recorrían buscando no se sabía qué.

Encontró lo que buscaba y me disparó.

Al ratito estaba yo ahí, en un costado, casi asomándome con ojos achinados y mi cicatriz sonriente.

Me volvió a disparar cuándo preparaba la leche del desayuno.

-Papá, quiero ver a mamá.

-Bueno hija, dame unos días porque no sé bien dónde está.

Hablo con Sara por teléfono

Conseguir el teléfono de Sara fue un problema no tan largo finalmente.

Estaba en Buenos Aires.

Cuando me atendió enseguida me preguntó por la nena.

-Quiere verte.

-¿Cómo hacemos?

-Vení el sábado a la tarde a La Plata, a las tres de la tarde te esperamos en Parque Saavedra.

Sara y Alberta en Parque Saavedra

Cuando llegamos de la mano con Alberta al Parque ella ya estaba ahí.

Rengueaba ahora con la otra pierna.

Se le notaba que trataba de disimularlo con su amplia sonrisa.

Alberta la miraba fijo.

-Hola Alberta.

-Hola Sara.

-Las dejos solas un rato.

Acordé que a las cuatro pasaba a buscarla.

Miré el reloj, estaba enturbiado. Eran las cuatro y media y nos las veía por ninguna parte.

El parque empezó a girar con la calesita.

A las cinco se detuvo.

Sentí la manito en mi espalda.

-Pá, mirá lo que me compró Sara.

Desde su alegría me mostraba un muñequito pálido y contrahecho.

-Y anduvimos en los juegos también.

-Disculpá la tardanza. -No te disculpo nada.

-Está bien.

Alberta la abrazó y le dio un beso entrañable.

Yo creí morir.

Algunas cosas de acá y de allá

La vida con Alberta era muy interesante.

Ella ya estaba en la secundaria.

Estudiaba en el bachillerato de Bellas Artes, plástica.

Pero también sacaba fotos.

Y también tocaba la guitarra.

Era una adolescente hermosa y decidida.

Volvió de tanto en tanto a ver a su madre.

Yo conocí a Ignacio y hacía cinco años que compartíamos las cuentas, las vacaciones, los actos escolares y la cama. La casa es-

taba siempre llena de amigos, de música, de adolescentes también.

-¿Papá, puedo ir a bailar?

-¿Adónde?

Alberta titubeó.

-No, la verdad es que quiero salir con Pablo y estar con él.

-¿Estar con él?

-Si pá, avivate.

-De qué.

-Que quiero estar con él es coger.

-Ah. ¿Te cuidás hijita?

-Sí papá. Ya me lo dijiste cuarenta millones de veces y ya entendí.

-OK, perdoname la insistencia.

Me dio uno de esos abrazos de los suyos y corrió a cambiarse.

Ignacio me miraba entre cariñoso y divertido.

-Vos sabías que la nena cogía.

Mi pregunta sonó estúpida.

-Ay Pato, tiene diecisiete años.

-¿Y?

-Vos a qué edad empezaste.

-Es distinto.

-No.

-Bueno amor, como quieras.

E Ignacio siguió sumergido en la revista en la que estaba.

Una carta documento

Pocos días después de la salida de Alberta con Pablo. recibí una carta documento de una abogada. De una yegua.

A la mañana me apersoné.

Noté que la abogada entre sonrisas babeaba un poco, o escupía para hablar.

Sugirió como al pasar que mis hábitos de vida no eran muy adecuados como para negarme al pedido de una madre.

Sara reclamaba estar con su hija antes de la mayoría de edad.

Apenas unos meses antes.

La mina en cuestión me habló amenazante, después, de los derechos de Sara.

Le dije que hablaría con Alberta y la llamaría para comunicarle.

Alberta decide

-Bueno, hija, así están las cosas.

Le había explicado la demanda y ella escuchaba en silencio.

-Qué pensás pá, qué tengo que hacer.

-Qué te gustaría hacer.

Cebó un mate y me lo alcanzó.

-Tengo miedo de que no te guste.

-No te preocupes, sabemos que nos amamos mucho.

Yo ya había entendido. No quería herirme pero quería irse un tiempo con Sara.

Sentía dragones lanzallamas en todo mi cuerpo.

Mi cara no lo mostró. La amaba demasiado para hacerla. Años después supe por su boca enojada que muchas veces la había herido.

Lloré sin Ignacio.

Solo en el costado de la parrilla.

En la parrilla.

¿Me prestás este libro?

Alberta ahora esplendida y de visita por casa, amorosa e independiente me pedía prestado el *Ars amandi* de Ovidio.

-Sí hijita, llevalo.

-Los tipos son unos hijos de puta. Dijo desde las teorías queer que estudiaba en la facultad y desde su ya experta vida amatoria con variados muchachos todos muy heterosexuales y hermosos.

-Andá a la mierda. Rugí como un tigre.

Entendió que el horno no estaba para bollos.

-Disculpame pá, demasiadas teorías me confunden un poco. No logro juntar la teoría con lo que me pasa.

Junté los platos de la mesa y ella preparó su mochila.

Ya tenía que volverse a su casa, tenía que rendir una de sus últimas materias en Letras.

Metí la mano en mi bolsillo derecho y le di cien pesos.

-Gracias pá, me vienen bárbaro.

Su abrazo me reconcilió.

Pasaje a la India

-Me voy a la India susurré.

-No te entiendo pá, habla más fuerte, este teléfono es una mierda.

-No puedo hablar más fuerte. Que me quiero ir a la India. -Está buenísimo, andá y me podrías llevar... ¿por qué no podés decirlo más fuerte, con quién estás?

-Después te explico.

Ahorrando para seguir viaje

Sigo juntando plata para ir a la India.

Es una carrera un poco desaforada, pero aún no llego con los dólares.

Siempre suben.

Se van por las nubes.

Yo que pensé que estando como estoy en las nubes al menos estaría más cerca de los dólares.

Pero no.

Porque sí.

En la India

Todo muy impresionante, como siempre hay cualquier verdura, pero ¿cuánto costará un pasaje a la Luna?

Cuarto movimiento

Finale

Sinfonía N° 3 Ludwig van Beethoven

Los finales

Puedo contar muchos finales.

El final

Quando llegue mi final ¿cómo lo voy a contar?

COSOS

UNA REBELIÓN ARGENTINA

NOVELA

*Para Magdalena y Anastasia,
mis amadas hijas.*

LEIDENSCHAFT

Creamos para olvidar donde nacimos.

Nacimos para crear donde olvidar.

Olvidamos de donde creamos para nacer.

Creamos para nacer hacia donde olvidar.

Edgar De Santo

Me presento

Llámenme coso. Perdón.

Coso.

Veo y escucho cosas como si fuera un pez suelto en un mar gaseoso.

O parecido.

En estas calles, en este terreno que habité alguna vez.

Buenos Aires, caminada y ahora sobrevolada. Buenos Aires, si sos una cosa, también pedí perdón.

Por ser inspiradora y aspiradora, por ser producto y ficción.

Por ser capital y no tener cabeza. Porque no tengo idea de qué sos.

Yo tampoco tengo cabeza ahora, ni cuerpo.

Sólo soy como un cable que transporta.

Quizás yo sea como lo religioso de Moby Dick, como una creencia.

Me pienso suelto.

Desenchufado.

Pero escucho y veo y cuento.

Con voz de aparecido. Es la que tengo ahora. Algunas de estas cosas que veo y escucho, voy a contarles, tecleando en una computadora pernoctada, mientras algún dueño del artefacto duerme o piensa.

Porque me creo suelto.

Y también sujeto.

Mariana

Apagó el cigarrillo.

Pensó que nunca debería haber fumado.

Pensó que nunca debería haber vivido.

Al menos como mujer.

¿Mujer?

La palabra le rebotó en el celular. Ariel mandaba un mensajito, que estaba retrasado, que había perdido el micro. Que esperara un ratito. Que lo disculpe. Se sentó en una mesa torcida del bar de la esquina.

Él, retrasado, siempre retrasado y ella mujer.

Pidió un café.

Un gasto que no había tenido en cuenta.

Otro costo que no había tenido en cuenta. Prendió otro cigarrillo y le contestó desde el mismísimo celular: OK te espero.

Mañana cumpliría cuarenta años.

Miró su pantalón y lo vio arrugado.

Caminando ligero no se nota, pensó, sentada.

Ariel

Un micro tras otro.

Pasaban sin parar, iban demasiado llenos y los colectiveros no se detenían en su parada.

¿Parada?

La palabra le dio ganas de fumar. No tenía cigarrillos.

Fue hasta el kiosco y compró uno.

-¿Me das fuego?

La kiosquera le señaló de mal humor un largo hilo que en su final tenía una maquinita que encendía una chispa y luego la llama.

Encendedor.

Prendió el cigarrillo y se puso a esperar.

Una pitada, dos pitadas.

Se empezó a relajar.

Ahí venía el bólido verde.

No va a parar, pensó, deseándolo.

El micro paró casi vacío, perfectamente alineado al cordón.

Las puertas se abrieron con facilidad. Acababa de mandarle un mensaje a Mariana con el resto de crédito que le quedaba. Había comprado un cigarrillo que era como la mitad de su plata en el bolsillo, o un tercio, algo menos.

Mariana, mujer sentada con pantalón arrugado

Con la última pitada después del último sorbo de café, Mariana repasó que no entendía para qué salió tan temprano de su casa a encontrarse con Ariel.

Podría haber cargado la ropa en un bolso y llevarla al lavadero de paso, o se podría haber sacado con quitaesmalte los restos de ese desacierto de color con el que se había pintado el sábado.

Se acercó las uñas a los ojos y no pudo recordar por qué aceptó que Valeria le pintara la uñas. De ese color, además.

Recordó que quizás sentir el cosquilleo del pincelito y la proximidad de Valeria, dicharachera y cálida, tenían la culpa.

Otra mujer. Su amiga. Y la culpa.

Mujer-culpa se arremolinó en su calendario.

Era ya el 2001, cumpliría cuarenta años y Ariel no.

No quiero cumplir, se dijo, no quiero cumplir más.

No los años, eso es inexorable.

Simplemente no quiero cumplir más. La esquina giró y le mostró a Ariel con una remera verde. La de siempre.

No parecía tener cuarenta y cinco, simplemente porque no los tenía que cumplir.

Mujer sentada con pantalón arrugado sobre fondo de Ariel, con remera verde

Mariana alargó el cuello para recibir un pico, ese besito llamado pico. Pensó en el picotazo. Ariel se agachó con una buena sonrisa, al menos eso pensó, y le quiso dar un beso. Pero extrañó no tener otro cigarrillo.

Igual le dio un pico y sonrió.

Él piensa. Ella piensa.

Los dos piensan.

Cosas muy distintas.

Él le miró las uñas y pensó que eran garras con ese color.

No lo dijo.

Ella miró la remera verde y sus patas de gallo, vio su bragueta entreabierta, pensó que parecía un infeliz.

No lo dijo.

Los dos pensaron.

Él le dijo: disculpame nuevamente, tenía muchas ganas de verte.

Ella le dijo: yo también.

Los dos mentían, al menos un poco. Durante diez días no habían logrado conciliar un encuentro.

Muchos impedimentos de un lado y del otro. El día se concretó.

Ahí sentados, ella con el pantalón arrugado y él con su remera verde gastada, dijeron casi al unísono.

-¿Me das un cigarrillo?

Y el se me acaban de terminar y el no tengo, se fundieron en el ronco escape de una moto, que justo dobló en esa esquina.

Ella dijo voy a comprar.

Él dijo al mozo que no quería nada.

Ariel con remera verde nueva, diez años atrás, mientras Mariana compra cigarrillos

Vio a Mariana cruzar la calle.

Un vientito con un perfume muy conocido lo ubicó frente al espejo de la tienda donde compró la remera verde.

Vio la imagen de sí mismo nuevamente frente al espejo del probador. Estaba en cuero esperando que la vendedora le trajera otra remera.

Observó el mapa de pelos que recorrían su piel acompañando montes y valles del pecho. Siempre le habían gustado sus pelos. La medida de no ser lampiño ni de ser un mono.

Era una medida precisa para él.

Recordó a Alain Delon confesando un complejo físico, justo él, que era de no tener pelos en el pecho.

Pero también recordó a Luis que decía tener el pulóver siempre puesto, y la imagen de él con una remera y los pelos saliendo del cuello redondo como faláridas.

Era demasiada testosterona expuesta junto a su notable calvicie.

Ariel tenía la piel tensada sobre sus músculos sobrios. Miró la línea descendente hasta el ombligo, como un canal que vertía el resto de los pelos en su ingle.

Volvió en sí con la cara de la vendedora asomada y con un trapo verde en mano. La cara de esa mujer le confirmó que estaba bueno. Una coincidencia con ella. También con el verde de la remera.

Se la puso como atravesando un tubo y la caricia del algodón le endureció las tetillas. Cuando la superficie verde se adhirió a su cuerpo escuchó a la mujer decir: te queda perfecta, es tu color.

Otro acuerdo con ella.

El siguiente acuerdo fue encontrarse en el departamento de ella a las 8 de la noche. Fue con su remera nueva.

Sintió las manos de ella deslizar ahora la superficie de algodón hacía afuera. Las tetillas se le volvieron a endurecer.

No sabía si era frío o placer.

Decidió placer.

Y un poco de frío.

Muchas manos aprobaron la remera verde, el cuerpo no siguió siendo tan ajustado a la remera.

Igual la remera acompañó los avatares de su cuerpo. Ella también se fue desdibujando de forma y color. Junto a él.

La fidelidad de la remera nunca compitió con ninguna, ni con ninguno.

Era una cosa.

Pero las cosas también a veces se rebelan. Esa mañana cuando se puso el fetiche verde para ir a encontrarse con Mariana observó un agujerito en la parte del sobaco de la manga izquierda. Lo obvió. Como tantas cosas. ¿Lo había obviado o había focalizado su atención en otro lugar?

Ariel se detuvo entre el silencio de una nota y otra del jazz que en su cabeza comenzó a improvisarse.

Decidió escuchar los silencios.

Decidió que las notas no eran lo fundamental.

Sólo los silencios.

Los agujeros entre sonido y sonido.

Sintió alegría con ese descubrimiento. Volvió a la esquina del 2001 con la frase de Mariana: ¿querés un cigarrillo? Sí, gracias. Miró absorto el silencio que generaba el resto de café de la taza de ella.

Un silencio oscuro en la tacita blanca.

Ella lo miró en su mortecino verde. La cabeza de Ariel emergía turbia de ese cepo llamado remera verde.

Mariana compra, como diez años atrás, y Ariel, con remera verde descolorida, espera en el bar

Mariana cruzó a los saltitos la calle, el kiosco estaba en la esquina de la otra cuadra, doblando a la derecha.

Decidió caminar lentamente esa cuadra. Estaba un poco ansiosa por fumar pero retuvo los pasos, sobre todo los de vuelta al bar. Antes del kiosco vio en una vidriera su silueta con el pantalón arrugado. Quiso que le importara pero pensó que no sabía cuánto. Recordó que diez años atrás estaba caminando así, buscando un jean negro. No era difícil de encontrar, estaban de moda y todas las casas de ropa de mujer tenían jeans negros, las de varones también, las unisex también.

O al menos pantalones negros.

Entró a una de esas casas. El precio y el corte del pantalón que vio en la vidriera le parecieron razonables.

Pidió uno.

Ya en el probador, parada en bombacha frente al espejo, pensó que sus piernas no estaban del todo bien.

Un arco óseo, un paréntesis óseo se perfilaba de rodillas para abajo.

Se puso el jean candidateado y se deslizó por todas sus piernas y caderas como un amante dedicado.

Al cerrar el botón encontró perfección.

El pantalón le quedaba perfecto. Serpenteó para verse como le quedaba de atrás.

Perfecto. Estaban hechos el uno para el otro. La vendedora la miró extrañada, con cara de qué hija de puta cómo te calza.

Se lo llevó puesto.

Salió repasando la recomendación de la flaca de la caja: con tacos te va a quedar brutal.

No tenía zapatos de taco.

Sólo unos zapatitos como zapatillitas de danza de cuero negro o simplemente zapatillas. Buenas zapatillas.

Pensó en zapatillas con taco alto, las imaginó inmundas.

Se paró en una zapatería y constató lo bien que le quedaba el jean negro junto a la tocada de culo de un transeúnte que no alcanzó a ver, estaba mirando su reflejo entre zapatos y no lo vio venir. Se indignó un instante. Decidió entrar a la zapatería y probarse unos zapatos de taco.

El vendedor moreno y de ojos verdosos la atendió con esmero.

Le gustó sentir como uno a uno, el vendedor le ponía y le sacaba zapatos. El placer de cómo le tomaba el pie y le calzaba esas diversas fundas de cuero. Algunas más altas que otras.

Después de media hora de mete y saca, se convenció de que debía comprarse los zapatos negros clásicos que el zapatero le recomendó.

Estaba de acuerdo con él. Con el vendedor. Cuando se paró en los zapatos elegidos sintió un escalofrío por su espalda. Sus tetas parecían más erguidas y su culo más pronunciado. Imaginó que los tacos altos eran como una cirugía plástica mágica. Cenicienta se le revolvió como un recuerdo cualquiera.

Metió las zapatillas viejas en la bolsa nueva, pagó pero el vendedor atrapó su mano con el dinero.

La miró muy fijamente, verdoso: estás espectacular, quiero verte esta noche. También acordó con él, con el varón, en eso. La pasó a buscar a las nueve de la noche. No estaba muy segura de qué ponerse arriba, si la camisa de flores o la remera blanca. Me falta algo de arriba, pensó, pero ya era tarde. La remera blanca no estaba mal.

Subió al auto de él, un auto viejo pero muy reluciente, con una de esas bolsitas aromáticas.

Era de coco y le gustó.

Él estaba muy afeitado y muy caliente.

Cuando el vendedor le bajó el pantalón en su departamento no vio los paréntesis de ella. coso Le dijo que quería hacerle la cola. Mariana pensó que ya la tenía bastante bien hecha.

Igual entendió.

Muchos y muchas bajaron ese pantalón, como un fuelle tocado por Pichuco. El mismo tango. El mismo pantalón y los mismos zapatos negros de taco aunque fueran otros. Los tacos se rompen más.

Volvía caminando a la esquina donde estaba Ariel, con un ciga-

rrillo encendido y con su exitoso jean puesto. Pero arrugado como un bandoneón.

El taco derecho se había torcido un poco.

¿Sería el taco o el cambrillón vencido? Cuando se aproximó él estaba mirando fijamente la tacita de café. Le ofreció un cigarrillo que rápidamente aceptó.

Se sentó y empezaron a hablar.

Fumando.

Cómo vamos a seguir

Ariel hizo un rodeo para decirle a Mariana que cómo harían para alquilar algo juntos. El trabajo, o mejor dicho, las changas de él apenas le alcanzaban para aportar un poquito en la casa de su madre y para sus gastos. Él le dijo: imagínate que esta remera tiene diez años, ni siquiera me alcanza para ropa nueva, de vez en cuando. Ni para puchos.

Mariana escuchaba en silencio.

La caminata por la historia de su pantalón la había hecho dudar.

Ella le dijo: te entiendo, yo en la casa de mis viejos no pongo un mango y así y todo tampoco me alcanza para comprarme un pantalón. No me alcanza ni para el quitaesmalte. Él reparó en sus uñas, eran de un color extraño, eran como de un verde desvaído, como un verde remera de Ariel. Qué casualidad dijo, y le arrimó la manga al pedazo de esmalte de su uña, eran casi exactos de color, salvo por la materia. Algodón y esmalte.

Se rieron juntos.

No estamos tan mal dijo Mariana señalando al cartonero que doblaba la esquina. La verdad que no, dijo Ariel, mirando a una vieja que recogía unas mantas del zaguán de una casa abandonada.

Se dieron las manos y otro pico. Te extrañé mucho dijo ella. El pantalón le seguía quedando perfecto.

Yo también dijo él con su adaptada remera.

Del pico pasaron a la lengua. Era más claro así.

De pronto ambos coincidieron en un silencio extraño.

Era como una suspensión enorme. Era como los silencios entre nota y nota del jazz en la cabeza de Ariel. Pero más largo. Luego alcanzaron a sentir una lluvia de cosas.

¿Un desmoronamiento de ideas o de cosas? Mariana recordó por sólo un instante la mano de su madre prendiendo la licuadora. Ariel recordó sólo un instante los pelos como de pulóver de su amigo Luis.

Había explotado un coche bomba estacionado casi en la esquina. Silencio.

Y luego los gritos.

A diez cuadras de la explosión

Agustín con la toalla enroscada en la cintura después de la ducha intentaba desempañar el espejo del baño.

No podía decidirse si recortar la barba o dejarse sólo bigotes y patilla.

Marcela en la habitación observaba el detalle de la costura del jean pensando en cómo no se había dado cuenta del rulo ridículo que tenía el bolsillo trasero.

Hacía dos meses que vivían juntos, los dos con espléndidos treinta y cinco años. Ella dos meses más grande, no se notaban para nada, aún más, él parecía un año mayor, por lo menos. Habían dejado sus respectivas casas familiares a partir del ascenso de él en el restó, era ayudante del chef.

Ella también había sido ascendida en la biblioteca donde trabajaba, era jefa de bibliotecarios. Por un instante recordó que había que reclamar la devolución de las tragedias de Esquilo, tenía como dos meses vencidos ese préstamo. Estaban tomando sus respectivas decisiones cuando un estruendo los desestabilizó. La máquina de afeitar de él marcó una línea indeseada por culpa del estallido, ella cayó sentada en la cama.

Él salió del baño y juntos se asomaron al balcón como estaban, semidesnudos. Una columna de humo sin ninguna forma se veía muy cerca.

Sin mucho decir, se tiraron encima alguna ropa y sin hablarse salieron para el lado de la humareda.

Las sirenas tronaban.

Corrieron con sus cuerpos bellamente trabajados por su tiempo.

A una cuadra del humo y de los gritos aminoraron el paso.

Agustín le señaló a Marcela un objeto raro en el borde del cordón de la vereda, era como una uña a medio pintar o despintar, verde.

Ella no hizo caso.

Siguieron más lentamente a un cortejo desvariado de gente que iba y venía pero siguiendo una especie de marcha de locos.

Las sirenas eran más y más fuertes.

También los gritos.

Agustín observó el rulo ridículo que hacía la costura del jean de Marcela en su perfecto culo. Marcela se dio vuelta y miró hacia atrás pensando que lo había perdido a Agustín entre la muchedumbre.

Vio que tenía restos de espuma de afeitar en la oreja izquierda y le pareció ridículo, al igual que las patillas, una estaba más corta que la otra.

Siguieron el paso cada vez más lento.

Las vallas los detuvieron.

Preguntaban qué pasó y nadie contestó nada pero escucharon a muchos decir atentado, bomba, revolución, golpe.

Otros decían que era como en el 94 y la AMIA.

No se entendía.

Marcela vio entre los cables colgando un pedazo de trapo verde, como una bandera ecologista pero con sangre.

Y también un zapato de taco negro, medio estilo de los noventa pero que conservaba un brillo inusual, tenía un pie adentro.

Pero nada más.

Decidieron volver al departamento para terminar de arreglarse y ver la TV, quizás hubiera más información.

Marcela, amorosa, le pasó el dedo por la oreja de Agustín para quitarle los restos de espuma de afeitar.

Él sonrió y le dio un pico diciéndole que esa noche le iba a cocinar algo especial. Ella le sonrió ronroneante: amor, emparejate las patillas.

Agustín ayuda al chef con un nuevo plato

Agustín era el nuevo ayudante de cocina de uno de los chefs más respetados del 2001. Si bien el restó donde trabajaban era pequeño, apenas treinta cubiertos, cada día las reservas estaban agotadas. El chef se llamaba Gianni.

Era un hombre de más de cincuenta años, con un físico formidable, unos bigotes y patillas impecables. Un dejo de exótica pronunciación portaba con cuidadosa exactitud. Igual había nacido en Lanús. Decía que sus múltiples estadías por el mundo lo habían contaminado.

Agustín lo admiraba. Como chef y como macho.

Gianni era una acabada pieza de esplendor masculino y le gustaban los varones. Le gustaba Agustín también, por supuesto. Él lo sabía y lo halagaba.

No pensaba en consecuencias mayores. Era muy amplio de criterios.

Agustín nunca había pensado en la posibilidad de la homosexualidad. La única homosexualidad que conoció era una mariquita patética, según decían en el bar al que iba de adolescente, que una vez le pidió fuego. Desde que era el ayudante de Gianni, algo le llamaba la atención de sí mismo. Cuando estaban próximos aspiraba hondo y lo olía.

Era una necesidad irreprimible. Gianni aprobaba lo que creía era fijar una receta vía olfativa.

Agustín le hablaba mucho a Marcela de Gianni.

Ella una vez le soltó: no te estarás enamorando del viejo ¿no? Los dos se rieron.

Esa noche, la tercera desde que vivían juntos, mientras la penetraba cerró los ojos, creyó oler a Gianni y acabó inmediatamente.

No le dio importancia.

Mientras preparaba con Gianni, esa tarde, los últimos detalles del menú, Agustín rozó el peludo brazo del chef.

Se estremeció.

Gianni lo descubrió. Se rió profundamente con su vozarrón de macho y le dijo que había que sacar unas cosas de la cámara frigorífica. Agustín rojo y estremecido obedeció. Gianni entró también y se besaron largamente. Comenzaron a ser amantes.

Agustín no podía creer la conmoción que le producía ese hombre que tenía tantos pelos en el cuerpo, como un pulóver. Supo que en realidad se llamaba Luis. También pensaron en diseñar juntos, un nuevo plato.

Marcela en la biblioteca reclama las tragedias

Marcela era sumamente responsable. Había logrado ganar por concurso el cargo frente a la directora de la biblioteca, Martha Phémina.

Martha le había marcado cierta tensión para conducir a los bibliotecarios. Le decía que aflojara.

Martha era pelirroja. Tenía unas pecas graciosas que frente a cierta seriedad que adoptaba le quitaban credibilidad. Era como una nena grande.

Tenía poco más de cincuenta años.

A Marcela le encantaba su conversación.

No sólo de libros.

Era lesbiana y se decía así. Nunca bajó la voz para hablar de eso. Decía que no era mujer, que era lesbiana.

Marcela no entendía. Y Martha tampoco insistió. No era una persona arrolladora ni tímida, ni alta ni baja, ni gorda ni flaca: era Martha.

A mediodía acostumbraban a cruzarse al cafecito a comer algo liviano.

Fue en ese bar que Marcela le marcó su preocupación por recuperar las tragedias de Esquilo.

El usuario no daba señales de vida, llamó al celular y nada.

Martha le preguntó el nombre y apellido. Marcela rebuscó en su agenda y le dijo Ariel Verdún.

¿Y si llamás a la familia? Es un último recurso pero antes que mandarle una carta documento es preferible hablar, dijo Martha conciliadora. Marcela pensó que iba a hacer eso. Era apropiado.

Fueron al baño del bar juntas.

Cada una hizo pis y se escucharon los chorritos intermitentes desde cada cubículo. Se rieron puertas por medio de la percusión acompasada.

Se lavaron las manos y se miraron a través del espejo.

Marcela se sentía muy cómoda con ella. A Agustín lo quería, la

hacía disfrutar, se sentía mimada, pero Martha le provocaba algo entre admiración y dolor. Marcela no tenía problemas con las tortilleras, de hecho su prima era lesbiana y se reían juntas cuando la bruta le decía que le gustaban las empanadas con fleco. Pero esto era distinto. Martha era franca y refinada. La escuchaba y se dejaba escuchar. Era una danza atractiva pero en principio sin ninguna forma.

Cuando en el baño, Marcela intentó desabrocharse la cadenita que la incomodaba, Martha se aproximó y sintió su profunda calidez.

Suspiró. Martha retuvo entre sus manos el instante.

Le descubrió la nuca mandando el pelo de ella hacia un costado y su trivial respiración surgió concluyente en su piel.

Martha apoyó levisísimamente sus labios en el cuello de Marcela. Ella sintió el alivio y la enajenación.

Giró y se besaron poco a poco, en las mejillas, en los ojos, en los labios.

La mano de Martha recorrió la cintura de Marcela.

Nunca Marcela había sentido algo así por algo sencillamente obvio: nunca había estado con otra mujer. O con una lesbiana, a los modos de decir de Martha.

Comenzaron a ser amantes.

Decidieron buscar juntas el libro de las tragedias.

Delfina, la ordenanza

Delfina era la encargada de la limpieza de la biblioteca.

Cuando no había nadie cerca le dijo a Marcela, como si fuera una vieja amiga: cuidate que te va a largar, Martha es una cagadora.

Sonó a un oráculo.

Aparece el libro de las tragedias por televisión, o casi

Marcela estaba echada en el sillón del living haciendo zapping.

Tenía apoyados sus pies cruzados sobre la mesita ratona mientras Agustín armaba la cena: era su día de franco.

Y era el día de franco para Marcela ya que no tenía que cocinar.

Él le alcanzó una copa de vino tinto. Ella levantó la cabeza y le sonrió distraída, abstraída.

Se detuvo en el canal de noticias que seguía hablando del coche bomba.

Desde hacía un mes, cada vez menos, escuchaba las conjeturas estúpidas de supuestos especialistas que analizaban los hechos. Por demás estúpidos.

Hasta que se paralizó ante una frase: uno de los cuerpos reconocidos era de Ariel Verdún, cuarenta y cinco años, soltero y bla, bla, bla.

Se incorporó. Tuvo ganas de llorar.

Qué pasa, gritó Agustín desde la cocina. Ella ya se había calzado y agarrado la cartera mientras marcaba en el celular el número de Martha.

El portazo fue producto de la corriente de aire que se produjo entre el balcón y el pasillo.

Agustín no entendió, pero aprovechó su soledad y raudamente lo llamó a Gianni por teléfono.

Marcela salió como una loca

Gianni escuchó a Agustín y se largó a reír. La voz del chef en el teléfono era un deleite para el olfato.

Agustín, desde el otro lado de la línea, podía percibirlo.

Escuchó que le decía venite. Fue lo único que escuchó o que quiso escuchar.

Apagó el fuego de la cocina.

Decidió que estaba todo a punto.

Escribió una nota a Marcela y la puso al lado del plato vacío de la cuidadosa mesa.

Los vecinos volvieron a escuchar el portazo.

Las corrientes de aire seguían.

Quedaron los dos platos vacíos.

Gianni dice te como, sin tragedias

Cuando abrió la puerta, Agustín se volvió a asombrar como cada vez, del tamaño de tipo que era el chef.

Parecía un vikingo de dibujito.

O un luchador de catch.

Agustín no podía creer, cuando lo penetraba, que fuera inmenso y tierno, salvaje y delicado.

Y peludo como Platero.

Y un burro como Platero.

Los genitales de Gianni le hacían honor a su tamaño.

Las bolas eran de toro, la verga de burro.

Parecía un fauno.

Agustín no era un varón pequeño, pero al lado de Gianni todos los varones eran pequeños.

Cerró la puerta y entró. Él estaba en bata.

Recordó a Gerard Depardieu, pero peludo.

Se abrazaron.

Gianni lo lengüeteó con esa lengua que lo partía.

Tomaron mucho vino y durmieron sin sexo, desnudos, hasta el mediodía.

Cuando salieron ambos del concierto de ronquidos, desde el achinamiento de sus ojos cincuentones Gianni le dijo a Agustín: te voy a comer. Todo.

Agustín, incautamente, se rió.

Agustín, al día siguiente

Llegó al departamento ensayando excusas, pero Marcela no había regresado.

Todo estaba momificado.

Pensó que mejor y fue a ducharse. El olor a hombre que traía no era el propio.

Puso la contestadora. Había un mensaje.

No supo bien por qué no lo borró.

Era Marcela.

Sólo dijo que no volvía y que no se preocupara, tenía cuestiones de laburo que resolver y que estaba en lo de Martha.

Marcela habla sin tragedias

Martha la miraba después de los borbotones de llanto y de palabras: tragedia, pedazos de personas, una semipintada uña de verde, tragedias, Ariel Verdún, una remera verde en el aire y yo como una boluda.

Delfina me dijo, también le dijo.

Martha la abrazó fuerte y entrañablemente.

Vayámonos de acá, le dijo seria con sus pecas.

En silencio Marcela afirmó con la cabeza. A la tarde, cuando Agustín ya no estaba, buscó algunas cosas, su pasaporte y salió cuidando que no se golpeará la puerta.

Dejó también una nota: que te garúe finito.

Se fueron y nunca más supieron de ellas.

Se rumoreó que se fueron al Amazonas.

Con la nota en mano

Acababan de separarse del restó y a la hora Agustín lo llamó a Gianni a su casa.

Le leyó la nota con algarabía y dijo la famosa frase: al fin solos.

Venís vos, dijo directamente Agustín.

El chef aceptó.

Y esa noche tuvieron mucho sexo en la cama matrimonial de Agustín.

Después ya casi al borde de dormirse encontraron al lado de la mesa de luz un libro viejo y ajado.

Eran las tragedias de Esquilo y leyeron:

- Los persas (472 a. C.)
- Los siete contra Tebas (467 a. C.)
- Las suplicantes (463 a. C.)
- Orestíada (458 a. C.) que comprende:
 - o Agamenón
 - o Las coéforas
 - o Las euménides
- Prometeo encadenado (autoría en discusión)

Los ronquidos de Gianni taparon la voz de Agustín diciendo «autoría en discusión».

Un llamado desde la biblioteca de Marcela

Agustín aún somnoliento atendió el teléfono. Llamaban desde el trabajo de Marcela preguntando por ella. Dijo que no estaba. Le dijeron que se pusiera en contacto a la brevedad. Dijeron que el cadáver de la ordenanza había sido encontrado a la mañana en el baño de mujeres y que debía declarar. Agustín se quedó pensando qué hacer.

Automáticamente sacó la nota de Marcela del tacho de basura, la desarrugó. A pesar de las manchas de mate se leía perfecta su letra: que-te-ga-rú-e-fi-ni-to/ Mar-ce-la.

Tenía olor a basura.

Igual la guardó en el cajón de los papeles importantes.

Agustín decidió llamar a su suegra, ex se dijo, y le explicó que Marcela lo abandonó y que no sabía adónde fue.

Sí, me llamó, dijo la vieja. No te voy a decir nada, agregó no sin cierta pena. Agustín respiró hondo. Un peso menos.

Le pidió que llamara a la biblioteca, un suceso desgraciado la convocaba. La ex suegra dudó. Bueno, le dijo, pero qué pasó, fue su pregunta. Agustín decidió no explicar más. No sé, es su problema. Le mandó un beso y la despidió rápido.

Gianni debajo de la ducha empezó a cantar

La donna é mobile con voz de barítono.

Pensó que sería mejor que la vieja no escuchara.

La pared de conchilla

El sonido de agua me hizo recordar.

Como estaba metido entre la ducha de Gianni y la charla de Agustín con su ex suegra, algo desestabilizado de mi pasado antes de ser Coso, se movió.

Recordé cuando un día o algo como un día me desperté entre ladrillos viejos unidos por una pasta llena de caracoles, cuando me sentí ahí, entre esos gruesos ladrillos recordé: conchilla.

¿Cómo a tantos kilómetros del mar estaban todos esos caracolitos empastados entre ladrillos rudos de un sótano próximo al riachuelo? ¿Cómo habían llegado ahí? ¿Cómo había llegado yo ahí?

Me moví lento y nada ni nadie se quejó.

Podría decir que estaba sentado en la conchilla. Sentado es un modo de decir, encastrado ahí como un caracolito más.

Insignificante.

Los ladrillos al menos tenían su forma, los caracoles y yo habíamos partidos y empastados.

Algunos más pequeños estaban más enteros, pero la mayoría de ellos y yo vivíamos en esa argamasa sosteniendo los ladrillos. ¿Vivíamos? Buen punto.

Me pude deslizar y ninguno de mis compañeros se sobresaltó.

Unos pocos se acomodaron, crujiendo apenas.

Quedé un momento suspendido cerquita del muro pero pude sostenerme. Ahí entendí que era gaseoso.

Soy un pedo, pensé y me reí sin boca. Fui tomando confianza y salí de ese lugar, de esa especie de sótano.

El primer problema fue que como pedo me llevaba el viento para donde quería. Me acordé de mi abuela diciendo que Sarmiento se tiró un pedo y se lo llevó el viento.

Me sentí arrastrado suavemente y cerré mis no-ojos, me gustó esa sensación. El vaivén ese era más lindo que ese vaivén del avión. Desde ese avión rugiente en que volé la última vez que volé hasta sentir el choque del agua y como se colaba por la bolsa de lona en

la que estaba encerrado.

Seguramente ya en ese momento era como un pedo sordo pero yo había creído ser otra cosa.

Vaya a saber desde cuándo era pedorro y no me había percatado. Tan pedorro que aparecí como pedo en una pared de conchilla en un sótano cerca del Riachuelo, ni Uruguay, ni cabo Polonio ni siquiera Santa Teresita como me explicaron otros con los que me encontré después. Pedos.

Ahora ando según los vientos o las ráfagas que me hacen colar por los habitantes, casas y momentos en esta Buenos Aires del 2001. Ahora mis vuelos son por otras vidas y no un vuelo de muerte.

Yo, Coso, recuerdo mis primeros vuelos

Una ráfaga me puso frente a un almanaque, quizás el rasgar de la hoja de almanaque me movió a ver que ya era 1986.

¿Habré estado al pedo desde 1978 hasta esa fecha en la conchilla del sótano?

Fue de mis primeros viajes al pedo como pedo. Ahí vi la tele en color. Y una vieja que lavaba los platos en un bar de la Boca. Era la Boca, seguro.

Por el colorinche y la cancha.

De eso estuve seguro.

Ahí fue cuando me dejé llevar por otros vientos.

Pude ver que podía vivir otras vidas en la vida por las que me colaba.

Así ando.

Gianni habla con Agustín

-¿Siempre te gustaron los tipos, Gianni?

-Sí, y a vos ¿desde cuándo?

Gianni se secaba con un tohollón su pelambre y lo miraba con la cara lustrosa e intrigada a Agustín.

-Creo que desde vos. Nunca me había fijado ni me había calentado un tipo.

-No te creo, ¿me vas a decir que...?

Gianni se interrumpió.

-¿Escuchaste?

-¿Qué?

-¿Te tiraste un cuesco?

-No, ¿por?

-Escuché como un pedo, pero cerca de mi oreja.

-Hablé con mi ex suegra y le dije que la buscaban a Marcela.

-Chts, ¿escuchaste ahora?

-Vos estás en pedo desde temprano. ¿Me podés dar bola? Te estoy contando que hablé con la vieja de Marcela.

-Sí papito, ¿qué querés que haga? ¿Que me corte un brazo?

Gianni le dio un beso de esos a Agustín y se fue a cambiar.

Agustín se calmó con el sólo contacto de la bocota y los bigotes de él.

A Gianni se le mezcló la ingenuidad de Agustín con la de Ariel.

Dos A, porque el nombre de Alejandro no entraría en la cuenta.

La muerte de Delfina

Entró a limpiar como todas las mañanas el baño de mujeres de la biblioteca. Delfina cuidó como siempre que no hubiera nadie para no importunar.

Igual sabía que ninguna de las chicas llegaría antes de las ocho de la mañana y eran apenas las siete y media.

Todas las puertas de los cubículos con inodoros estaban abiertas, y un desastre de papeles y apósitos femeninos desbordaban los tachos. A Delfina no le daba asco, eso también era la humanidad. Mientras embolsaba pensaba que se había ido de boca al hablarle mal de Martha a Marcela, era obvio que ellas estaban enamoradas, pero como buena mujerona de edad tenía memoria.

En 1977 Martha ya era bibliotecaria y estaba demasiado callada cuando alguna compañera dejaba el empleo.

¿Se hacía la tonta o no quería levantar la perdiz?

Doris, la antigua directora le había advertido sobre ella:

-Además de torta debe ser quilombera, le dijo con tono señorial, tan señorial que hasta las palabrotas sonaban bien en sus labios refinados.

Delfina le creyó, pero no se entendió a sí misma por qué había dicho semejante cosa a Marcela, «es una cagadora».

No debió decir eso por el sólo dicho de que cuando el río suena agua trae.

Había terminado de embolsar el papelerío sucio y había empezado a llenar el balde con lavandina cuando le pareció escuchar que de uno de los cubículos salió un ruido, como que alguien estaba ahí haciendo lo suyo. Cerró la canilla para escuchar mejor. Estaba segura de que no había nadie, pero el ruido fue muy claro, era un pedo. Suave, casi reprimido, pero una flatulencia al fin. -Hola, hola, dijo y golpeó apaciblemente la última puerta entreabierta. Silencio. Me estoy volviendo loca, pensó al abrir de par en par la puerta en cuestión y constatar que no había nadie.

Giró un poco abruptamente cuando volvió a escuchar ahora con

absoluta claridad un pedo tipo metralleta: largo y como una trompetilla aguda. En el sobresalto se dio en el medio de la frente con el marco de madera, cayó hacia atrás y su cráneo pintó entre grises y púrpura un riachuelo.

Su mirada se tornó turbia y entre la neblina olió, antes de morir, un inconfundible olor a pedo.

El hallazgo

Susana tenía la costumbre de ir al baño antes de ponerse frente al mostrador de la biblioteca con cara de Susana.

Le gustaba observar que su pelo estuviera en su lugar y que el leve esfumado de la sombra de sus párpados tuviera una cantidad exacta de color en cada uno.

Al abrir la puerta frunció levemente su nariz pensando que Del-fina estaría retrasada con la limpieza, porque emergió un profundo olor a mierda mezclado con lavandina. Se detuvo frente a un riachuelo rojo que le hacía marco a la palidez mortuoria de la portera que curiosamente tenía los ojos muy abiertos y la nariz también fruncida.

Susana, Mónica y la policía

Sentada en la biblioteca Susana aceptó el vaso de agua que le ofrecieron, por los nervios. En realidad no estaba para nada nerviosa, pero debía sostener la cara de circunstancia. Sobre todo para que no la jodieran. Justo hoy que tenía turno con el oftalmólogo y necesitaba pedir salir un rato antes.

Aun tenía la nariz algo arrugada, del asco de la sangre como de película de Darío Argentó. Pero lo peor era ese olor a caca mezclado con la lavandina.

Tragó un sorbo grande de agua.

La agente esperaba a que se repusiera con cara de ansiedad.

Logró entrever entre los uniformes azules a sus compañeras que contraían las caras con dolor. Delfina era muy querida por todas. ¿Quién pudo hacerle semejante cosa?

Dos horas después retiraban el cuerpo del lugar en una camilla bastante destartada que se revelaba más en su precariedad debido a los flashes de las cámaras.

-Qué horror, qué horror ¿quién habrá sido el degenerado que le hizo esto a Delfi? Seguro que prefirió morir a ser violada. Las palabras de Mónica, la representante de la biblioteca frente a Derechos Humanos fueron contundentes.

Estos tipos no tienen freno.

Mientras hablaba declamativamente para que algún micrófono se le acercara, cosa que logró en el segundo intento, irguió su busto como una auténtica guerrera.

Se oyeron unos aplausos apagados desde el fondo de la multitud que se iba agolpando. Ella digna, pidió recato por la compañera asesinada.

Una oficial se le acercó y le dijo al oído que antes de declarar o conjeturar convendría esperar los resultados de la autopsia. Un periodista preguntó acerca de la seguridad del edificio

Ella despectiva le contestó:

-¿Seguridad? ¿De qué me habla? ¿No sabe cómo estamos vivien-

do? En qué ciudad vive, ¿en qué país vive? Sonrió triunfante al ver cómo acomodó a ese periodista amarillista que pretendía amilanarla.

Susana salió con grandes anteojos oscuros y la miró desde allí a Mónica, con el mentón alto. -Allá, allá, gritó uno de los camarógrafos y persiguieron a Susana. La dejaron hablando sola a Moni, para su rabia. -¡Es la testigo ocular del hecho!

Otra corrida, pero algo detuvo por un instante al grupete, se corrieron un poco de Susana como si tuviera alguna extraña enfermedad: mezclado con su falso perfume Chanel N° 5 emergió un olor inconfundible.

A pedo.

Gianni es un nombre de guerra

Gianni fue un nombre que le apareció a los veinte años, de la mano de uno de sus amores más dolorosos.

Juan Luis está en su documento nacional de identidad.

Gianni no fue un nombre artístico, es el nombre de militancia. Tampoco tenía cincuenta años, por más que su contextura fuera así, estaba más cerca de los sesenta años, casi sesenta años.

No le importaba ya la edad que tenía en este momento, vivía algunas cosas buenas para detenerse en ese detalle inexorable. De joven la había pasado muy mal. Tenía una fea cicatriz de bala en el muslo derecho. Como chiste decía que la cicatriz de «bala» la tenía de chiquito.

Nacido y criado en Lanús, ser puto le resultó un dato pero no demasiado traumático. Cuando nos conocimos yo no era Coso. Era oso. Tenía un cuerpo fuerte y tosco como el de él.

Elegir el mismo lugar de lucha nos reunió aún más.

En el primer encuentro en la casa de Fito, lugar más que clandestino de anarquistas, cuando nos vimos supimos cuánto estaríamos juntos. Nos reímos de esa pavada de lo privado y de lo público. Como si las ideologías no se hubieran gestada entre sábanas. Gianni estaba más expuesto que yo, andaba «calzado», no precisamente con zapatos. Tenía una barba profusa y una melena que los milicos ya llamaban subversiva en ese momento. Un oso muy llamativo. Fito un día nos comunicó que estábamos fichados, recontra fichados, había caído Meri y lo habían hecho cantar.

Supimos por un contacto de adentro que le habían dado como para que guarde y para que tenga, lo quemaron a más no poder. Ya le habían quitado la pastilla de cianuro, liberadora de esa mierda, cuando lo atraparon en una redada en Monte Grande. Después lo «pasaron» pero Gianni era el siguiente al que buscaban junto a mí.

Unos amigos de La Plata nos consiguieron los papeles para irnos a Brasil y desde ahí ver qué hacer.

Quedamos que primero viajaba él. Se fue desde Retiro para Mi-

siones y de ahí cruzó la frontera, con la cabeza casi afeitada y su mentón con pocito al sol.

Yo viajaría una semana después. La guita siempre fue un problema.

Fito nos dejó un rato en el galpón del fondo para darnos unos abrazos y acordar encontrarnos en la casa de una amiga en Río de Janeiro.

Cuando vi su espalda recortada en la puerta supe por no sé qué cosa que era mi última vez de cuerpo a cuerpo con él.

No lloramos nada, teníamos los ojos demasiado ocupados de ansiedad, miedo y amor. Qué lindo puto que es, aún hoy. Corajudo, inteligente, amoroso, honorable y peleador. A mí me agarraron seis días después de ver su espalda ancha recortada en la puerta. Supe que él me esperó durante más de un año en Río, hasta que nuestros contactos, finalmente, se decidieron a decirle que me habían «chupado».

Me hubiera gustado que las corrientes de agua me llevaran para allá. Fue lo que pensé, medio boleado por la falopa que me habían metido y el golpazo contra el agua, cuando me empecé a hundir en el Río de la Plata. Quizás lo hubiera visto, entre otros caracoles y acaso caminando por las playas de Ipanema, mucho antes de cuando lo pude encontrar.

Martha y Marcela en escala en Río

Martha le dio un enorme abrazo a Vilma. Vilma tenía todos los colores que alguna vez imaginó debía tener puestos una mujer en Brasil. La tez alguna vez blanca era ahora marrón río. Río de la Plata, porque Vilma era argentina.

Estrangulada en collares maravillosos. Sus dientes y su pelo hacían perfecto juego de blancuras. La solera tenía los colores de mares lejanos y próximos. Y el abrazo franco se extendió hacia Marcela también. Como siempre, como nunca.

Qué linda novia, Martha, dijo con una naturalidad inefable.

Dejaron los bolsos. Se acomodaron sin desarmar mucho ya que en una semana partirían a la amazonia.

A esta altura yo, Coso, como en una Web chamánica, recibía los cuentos de los otros Cosos, que como yo andan vagando por Latinoamérica.

Y finalmente Martha y Vilma me recordaron junto a Gianni.

Marcela enderezó la espalda al escuchar ese nombre. Tomó un largo sorbo de caipirinha y miró un horizonte inexistente.

«Gianni», quedó resonando. Tuvo celos, de pronto, de algo que no supo pensar. Que no quiso asociar.

¿Gianni o su amiga Yani le sobrevolaron?

¿Sería el Gianni chef, el jefe de Agustín?

¿Tanta coincidencia?

Marcela fue poniendo en orden su fichero, como bibliotecaria que era.

Le gustaba preguntar con precisión, era de una generación donde el pensar en voz alta, el buscar las preguntas verbalizando en borrador era como un delirio. La dialéctica no estaba de moda en su juventud de los noventa. Sólo el intercambio de monólogos precisos era la práctica.

Ordenó preguntas casi al modo de una analista, no pudiendo escuchar más que como una radio mal sintonizada, la enorme cantidad de información que se estaban cruzando Martha y Vilma. Se lo perdió todo, y de hecho a la noche muy tarde, algo mareada de caipirinhas y

calor, cuando se fueron a acostar se olvidó de todo lo que quería preguntarle a su novia. La palabra pareja no les hacía honor, le bailoteó en la cabeza. Mañana será otro día, llegó a pensar, antes de dormirse acurrucada al terciopelo de Martha.

Delfina era una batidora

Las razones no son muy razonables cuando de miedo se trata.

El miedo a la miseria, como le habían inculcado a Delfina, era un punto que la hizo actuar como un piñón fijo. Y la decencia. Cuando estaban frente a la televisión detestaba que su marido eligiera series policiales o de crímenes. Esas mentiras la volvían loca. Lo peor fue que con el paso del tiempo a sus dos hijos también les gustaba mirar fútbol y series policiales.

Muchas veces no le quedaba otra que ver con ellos en la sobremesa de la cena esas porquerías. El marido le decía que más de una serie estaba basada en hechos reales. Ella se ponía roja como un tomate y le espetaba: no seas tarado, son inventos para ganar plata y nada más.

Pero una noche fue el colmo, estaban viendo una película y cuando ella resignada después de lavar los platos se sentó con los muchachos a enterarse qué mierda estaban viendo, se sobresaltó con el título del anuncio en la tanda, se llamaba *El informante*. Se sintió mareada con la palabra, dijo no entender qué era el informante, el hijo menor le explicó con los ojos clavados en la pantalla: buchón, mamá, qué va a ser, el que bate datos a la policía.

¿Bate? Dijo ella. Sí mamá es un batidor o batidora si es una mina. Se mete entre los de la banda y les pasa datos, la cana los atrapa antes y los hace fruta.

Delfina se levantó y dijo me voy a dormir. Se acostó después de ponerse el camisón limpio y planchado. Se estiró boca arriba y pensó en que los años se le habían acumulado en la espalda. Sintió el peso de la mochila de estar fregando desde chica. Sintió la mochila de un hijo que le explicó casi treinta años después que era ser un informante.

No se le agolpó ninguna cara. No pensó en el pelilargo de apellido Merino que esperaba a Patricia a la salida de la biblioteca hacía más de treinta años. No recordó que Doris, la antigua directora de la biblioteca, le había dicho que no se metiera en los ficheros de

lectores ni dejara entrar a nadie sin avisarle. Se acordó solamente que Patricia no trabajó más desde 1977 y que al pelilargo le decía Meri, la escuchó clarito que se lo susurraba a Martha en la cocinita, cuando ella estaba pasando el trapo en el pasillo. Tampoco se acordó bien de la cara de ese muchacho tan bien que en la sala de lectura la conversó un rato, la hizo sentir tan segura que le contó que se estaba por casar, que hacía poco que había logrado el puesto estable de ordenanza, que venía poca gente. Y que le parecía que había demasiado personal de biblioteca para los cuatro gatos locos que iban a consultar. La sonrisa de ese muchacho estuvo muchos meses. Incluso un día lo acompañó hasta la puerta porque era una delicia conversar con él. Era limpio, sin barba y con un corte de pelo de hombrecito, se notaba que era de familia y a Delfina eso la atrajo.

Y lo que más le atrajo fue saber que tan joven y ya trabajaba en el gobierno, y que él le aseguraba que si seguía así de dedicada seguro que su jubilación estaba garantizada ahí. No recordó bien por qué le contó que Patricia, una chica tan culta y linda, andaba con ese pelilargo de Merino, Meri como ella le escuchó decir.

No recordó nunca que a este muchacho siempre lo vio con el mismo libro. Meses y meses con un libro de tapas negras hasta que Patricia dejó la biblioteca.

Lo que recordó Delfina, ahí acostada, era el escalofrío de placer que le dio encamarse con ese muchacho, seis meses antes de casarse con el padre de sus hijos, del que no recordaba la cara, pero sí su extraordinaria verga. Y que Martha no dijo ni pío cuando se enteró que Patricia no trabaja más ahí de un día para el otro. Pensó que era una mala compañera, una cagadora esa tortillera, que nunca habló de por qué, una chica tal culta y tan linda, no apareció nunca más.

Mariana nunca quiso saber nada

Respiren hondo, exhalen lentamente, nuevamente inspiren y luego exhalen. La guía del grupo abrió los ojos e instó a todos a tomarse de las manos.

Mariana acababa de cumplir sus treinta y cinco años y su amiga Valeria la había mandado a este grupo como para revisar, así le gustaba decir a ella, ciertas cuestiones. Al agarrarse de las manos con cada uno de sus vecinos de ronda percibió una presión particular del lado derecho, de reojo vio a un tipo de remera verde, bastante lindo. La instructora siguió con sus cálidas consignas: vuelvan a cerrar los ojos y sientan el calor de sus compañeros, cómo la energía recorre la rueda y vuelve renovada a cada uno de ustedes.

Mariana lo único que sintió fue cómo se le humedecía la palma de la mano derecha, el de verde tenía la mano que ardía. La mujer del otro lado tenía la mano como un pescado muerto. No le gustó nada ese contacto. Cuando se fue cerrando la sesión de terapia física de grupo, cuando ya habían estado enfrentados tocándose la cara con los ojos cerrados con Ariel, el de verde, cuando a esa altura de la reunión ya habían dicho sus nombres en voz alta, ella pensó que le gustaba bastante.

Se puso el bolso al hombro, volvió a sentir una mano ya muy familiar ¿querés que tomemos algo por ahí? No dudó, pensó que quizás el sí fue algo precipitado. No importa, qué me importa lo que piense, no me conoce y no lo conozco, y la verdad que este tipo me calienta demasiado. Mariana sintió alivio de expresarse sin tantos remilgos. Él sonrió espléndido viendo cómo la instructora le hacía un guiño a ella.

Caminaron casi callados, mientras sus cuerpos se gritaban de todo durante dos cuerdas y media, hasta un bar chiquito. Tenía de todas maneras un lugar al fondo para fumar. Ella se sentó cuidando que él observara con mayor comodidad su trasero. Él se lo miró con tranquilidad, acatando placenteramente. Hablaron de todo aquello que se supone necesario como preámbulo a la intimidad física.

De la otra, ella nunca quiso saber nada. Mariana le contó de su secundario, de su fallida graduación en sociología, de que aún no encontró lo que buscaba, como si fuera una destinación su lugar en el mundo. ¿No crees en el destino?, aprovechó a preguntarle. Ariel se quedó mirando el humo del cigarrillo que se escapaba de entre sus manos. Mariana habló del deseo de viajar, de irse de la casa de sus padres, de hacer algo distinto. Y también de que este país no le ofrecía oportunidades a nadie. Él le dijo algo respecto a la última dictadura y algo así como qué querés, y ella asintió pensando que era hora de ir a un lugar juntos, a solas.

Cada uno pagó su café, cada uno fumó sus propios cigarrillos. Por primera y última vez.

El hotel alojamiento lo pagó ella. Mariana no le contó a Valeria este último detalle.

No quería saber nada acerca de analizar nada.

Fue así, porque dio y punto, no es para tanto.

Cuando ya entrada la noche volvió a su casa, Mariana se sobresaltó con la pregunta de su padre: cómo te fue.

No se entendió a sí misma por qué le contestó qué mierda te importa.

Su padre no dijo nada pero apagó el televisor para no molestarla en su descanso. La madre de Mariana lo miró largamente a su marido y vio toda la tristeza condensada al apretar el botón de off del control remoto.

Ariel nunca quiso saber nada

Para qué enroscarse con una mina habiendo tantas, se dijo Ariel, camino a su casa después de esa tarde-noche de encuentro en un hotel alojamiento con su nueva conquista, Mariana.

Debió reconocerse que la fulana en cuestión era prometedora: suelta, audaz e independiente.

Hasta quizás mucho más clara que él. Una cuadra después recordó que con respecto a Claudia, su anterior novia, había pensado casi lo mismo, pero en menos de un año la soltura era una pose, porque era más vulgar que un mate lavado, la audacia era un egocentrismo mal disimulado y la independencia un montón de basura y de cursilerías que disfrazaban el ensueño de La Familia. Todas, más lindas o más feas, le terminaban hinchando las pelotas: o competían o se hacían las sometidas para poder manipularlo. Así estaban las cosas y Ariel se preguntaba si no debían ser de ese modo y él era el pelotudo que no terminaba de aceptarlo. Pero de pronto se acordó de los pelos de Luis. Hizo fuerza para que no se viniera la rotunda presencia de él y no pudo. Se le apareció al oído la risa franca y estruendosa de Luis cuando lo llamó Juanlú. Esa franqueza en la risa y la postura nunca la volvió a tener con nadie, esa sensación de estar en casa, en sí.

El recuerdo de él fue lo que le dio valor para decirle a Claudia y a tantas otras: comprate una pija y dejame en paz, en el colmo de reclamos y más reclamos con las que todas, al menos las que eligió él, se precipitaban más tarde o temprano. Todas se enamoraban de algo de él y por lo mismo, poco después, lo castigaban o se vengaban.

Quiso no poner demasiadas expectativas en Mariana.

Quiso no soñar en que era posible bajar la beligerancia entre varones y mujeres. Quiso que la huella de Luis fuera menos profunda.

Y para variar pudo a medias.

En su sensibilidad la piel de esas mujeres era poderosísima.

Era el poder, sentía como lo arrastraba hacia el vórtice del placer.

Pero la amistad con Luis y una sola encamada lo habían puesto de otra manera con respecto a sí mismo. Luis le había regalado una

libertad singular: la de negociar hasta un punto que es innegociable, era la libertad de elegir a partir de su propia percepción del mundo.

Fue así que la Institución Mujer, la Institución Varón, la Institución Placer, la Institución Amor pasaron a ser revisados cada vez con cada cual.

Y también la Institución Reciprocidad.

Supo después que Luis era anarquista. Decidió llamarla a Mariana al día siguiente y ver qué pasaba.

Aminoró el paso poco antes de llegar a su casa para ver qué le pasaba.

Se sentó en el umbral para pensar qué estrategia usar para que nuevamente nadie le empiojase la alegría, ni siquiera Mariana, que le gustaba tanto.

Había asimilado que ese precio no se negocia, repasó, mientras se rascaba sobre la bragueta largamente.

Sintió que las bolas le picaban más intensamente cuando se le cruzaron por la cabeza una infinita cantidad de caras que le demandaban en rojo, que debía hacer otra cosa de la que hacía.

Y se las rascó con ganas como para no olvidar que las tenía pero que eso era sólo un primer dato.

Ariel ya no quería saber nada con ninguna manipulación posible. Eso lo había entendido.

Decidió sacar de su bolso el libro que había pedido prestado en la biblioteca.

Miró el índice

- Los persas (472 a. C.)
- Los siete contra Tebas (467 a. C.)
- Las suplicantes (463 a. C.)
- Orestíada (458 a. C.) que comprende:
 - o Agamenón
 - o Las coéforas
 - o Las euménides
- Prometeo encadenado (autoría en discusión)

Se quedó pensando largamente acerca de la autoría en discusión. El autor de los hechos, de las ideas.

Se le borroneaba todo al tratar de pensar si su vida era de su auto-

ría o también estaría en discusión.

No creía en ninguna fuerza superior, sin embargo se comportaba como el más fiel de los creyentes de cualquier dogma de destinación.

Mientras hojeaba distraídamente las páginas cayó en la escena donde Casandra sufre el castigo de que no le crean lo que vaticina. Él pensó nuevamente en Gianni cuando, como un vidente, le dijo que lo peor lo iban a sufrir las generaciones venideras, inclusive él. Ariel seguía sin entender esa frase. ¿Peor que una dictadura? ¿Peor que asesinatos, secuestros y torturas? Él le dijo que sí, y antes de que las computadoras domésticas existieran, le habló del formateo de personas.

No entendió y lo dejó para otro momento.

Sintió un poco de frío y decidió entrar. Encontró a su madre sentada en la cocina con un papel en la mano y con los ojos como una canilla abierta.

¿Qué pasa, mamá? La señora le extendió el papel. Era un telegrama de despido. Ella con voz plañidera repetía cómo vamos a hacer, de qué vamos a vivir. Ariel la abrazó. Ella se quedó quieta. Él le dijo, como un fervoroso creyente en los milagros, algo va a aparecer.

La mamá le sonrió y no dijo nada. Se parecía también a Casandra. Durante años y años renovó el préstamo de ese libro.

Martha le cuenta a Marcela quién es Gianni

Marcela escuchó intensamente sin interrumpir ni un instante la larga historia de Gianni y su relación con Martha.

En algunos momentos sintió escalofríos al pensar qué cercanos estamos, qué entrecruzadas están las cosas y el dicho *el mundo es un pañuelo*.

¿Sería por eso que las Madres de la Plaza de Mayo llevaban esos pañuelos en la cabeza? ¿Sería una advertencia visual acerca de esta proximidad, de estos cruces y que todos estamos muy cerca del horror?

Martha le dijo que supuso de entrada que el chef era Juan Luis y que no dudaba de la capacidad alquímica de este hombre que era aún capaz de seducir, con tanto dolor encima de sus hombros y con tanta injusticia en su historia.

Marcela se abrazó a Martha, casi convertida en una desamparada y la imagen de Agustín se le hizo intensa. Lo comprendió y se comprendió.

En una especie de nebulosa de abrazos que la comprimían y descomprimían pensó en la tragedia de Esquilo.

Recordó el nombre de Ariel Verdún hecho un trapo verde manchado de sangre. Pudo percibir el olor de la sangre como una leona.

Martha observó, al separarse del cuerpo de Marcela, que su mirada súbitamente había cambiado. Había emergido esplendorosa una mujer adulta en medio de la espuma sanguinolenta de un pasado hecho palabras. Sentadas en la galería de la casa de Vilma miraron un horizonte existente.

Martha dijo como una pitonisa que retirarse no es lo mismo que huir.

Y más intensa aún se dijo en voz alta: una cosa es querer y otra necesitar.

Martha me extrañó mucho en esa conversación, me unió a Gianni ante los ojos de Marcela. Me imaginó parecido a Agustín, al menos en su cabeza intentó ponerme rostro y cuerpo, dejé de ser Coso por

un instante. Le dijo que me llamé Alejandro.

Se quedaron calladas, como sólo ellas sabían hacerlo, pero un volcán en las tripas de Marcela estaba por estallar.

Ésto me lo contó un Coso de Río y me dijo también que decidió irse sin hacer ruido.

Marcela llora por el orden que siempre pensó tener

La marcha que se desató en Marcela fue atronadora.

Toda su vida de recuerdos pasaba a una velocidad indescriptible, como flashes sintéticos o quizás simbólicos: las trencitas que le hizo su mamá el día que fue escolta de la bandera en la escuela primaria, su entrada a la fiesta de quince del brazo del padre y el dolor de esos zapatos tan altos, las carcajadas de su prima lesbiana, las caras de decepción de sus padres cuando les dijo que quería ser bibliotecaria y no estudiar economía, cuando anotó en su libreta el nombre de Ariel Verdún, las vacaciones con amigas durante los años noventa a

Cancún e Isla Margarita, sus ahorros en dólares, su ropa tan apropiada para cada ocasión, la compra del dvd y la cámara digital en Paraguay, los cuatro perfumes que siempre estuvieron en su cómoda, los papeles que repartían algunos estudiantes a la entrada de la escuela y que ella siempre abollaba, cuando le dijo al primer chico que le gustó para novio que era virgen y no supo por qué, la cara de Agustín cuando preparaba su primera comida juntos, los reproches que le hizo a su papá por no tener un auto más grande, la cara de piedra que le puso a Mariela cuando le dijo que dejaba la escuela porque no le daba para trabajar y estudiar, el desprecio que le producían los cortes de calle, lo aburrido que le parecían los homenajes en la escuela secundaria por la noche de los lápices, que la película del mismo nombre le gustó mucho y que le gustaría tener una historia de amor así, que las medidas económicas que aparecían en la tele no las entendía, que le daba fiaca tener que votar, que su mamá nunca le quiso decir por qué dejó medicina en quinto año, que le daban asco los drogadictos, que el atentado de la AMIA del 94 le significó alivio por el asueto escolar y no tuvo el examen de biología, que nunca escuchó qué pasó y no era hipoacúsica, que la psicóloga que eligió le gustó mucho porque le aprobaba todo lo que estuviera en sintonía con lo que quería, que nunca pensó, hasta que conoció a Martha, en lo que necesitaba. El collage de todo esto y más le sucedió entre un ataque de llanto silencioso que brotó de cada centímetro de su cuerpo.

Se le escapó un flato y no lo disimuló.

Martha la acompañó sin preguntar.

Una reunión de Cosos

Tuve la oportunidad de reunirme con un montón de otros Cosos hace relativamente poco.

En el 2001, concretamente.

Nunca supimos si fue gracias a la Corriente del Niño y a sus travesuras climáticas que nos suspendió a gran parte de nosotros, de toda Sudamérica, cerca del Río de La Plata.

En realidad era en el centro de la ciudad de Buenos Aires, y en vistas del espacio era la parte de atrás de una camioneta. Éramos cientos pero entrábamos perfectamente cómodos en el lugar, seguíamos siendo gaseosos.

El rum rum de todos juntos se parecía al escape de una moto vieja.

Fue en esta reunión, antes de que se produjera el plenario, que algunos Cosos se me arrimaron y sobre todo uno, el de Río de Janeiro, me contó sin voz acerca de Vilma. Alguno dijo que fuéramos pensando de a uno. Ahí escuché con atención a un Coso hablar acerca de la proliferación de sahumeros supuestamente sanadores, en los puestos callejeros de Buenos Aires.

Otro protestó: ¡nos quieren tapar con olor a esencias artificiales!

Nunca había pensado en algo así. Quizás había estado algo ausente tratando de habituarme a mi cosicidad.

Pero era cierto.

Esencias artificiales me hizo especular varias cuestiones.

Había muchos olores que antes no existían, supuestamente.

Pero el olor a podrido y a mierda debían ser desterrados, de eso me acuerdo.

Siempre se habló de lo inmundo: todo lo que es en el mundo parece asqueroso para muchos, al menos.

Pero también decir lo que uno piensa es inmundo, pensar en otro orden posible es inmundo, proponer algo diferente es inmundo, cuestionar es inmundo. Ser mogólico también. El sexo contrariamente a tanta liberación seguía siendo inmundo, para más de uno.

Y tener memoria también es inmundo.

No sea cosa de tener problemas.

Sólo queda hablar del estado de los caminos, del clima y de pasar los noticieros en un zapping apurado como para decir que conocemos la vidriera de los acontecimientos, por demás inmundos.

Nos estábamos enardeciendo al repasar cómo el pensamiento mílico se había disfrazado de progresista.

Me dispersé un poco de la reunión, pensé en los detalles que había observado en Mariana, en Ariel, en Marcela, en Agustín, en Delfina y en las compañeras de Delfina: Susana y Mónica.

En la profesora de terapia corporal y su «sientan la energía» y ni nos registraba. Pero no en el padre y la madre de Mariana. Ni en la mamá de Ariel.

Parece que varios de mis compañeros Cosos también habían detectado algo similar en sus países.

Volví en mí cuando percibí que mis compañeros Cosos estaban por reventar de bronca y yo también.

Algo espesaba más y más la atmósfera adentro de la camioneta y al grito de ¡no lo vamos a permitir!, detonamos en un enorme flato, en un estallido de vergüenza y dolor que hizo explotar la camioneta en donde estábamos y salimos expelidos en diversas direcciones.

Alcancé a ver en mi vuelo cómo las personas que estaban cerca salían volando en pedazos casi como nosotros. Convirtiéndose en Cosos.

Nosotros no nos atomizamos, eso es imposible ahora, cada uno siguió su búsqueda gaseosa por entre los suyos y los yuyos. Me causó gracia que los especialistas nunca hallaron rastros del material explosivo que detonó ese día.

Las conjeturas adjudicaron el hecho a un grupo terrorista que maneja tecnología de última generación.

Jamás pensaron que los Pedos Unidos de Sudamérica podíamos algún día llegar a explotar juntos.

Y sus consecuencias por tanta injusticia. Habíamos quizás caído también en el espacio idealista, tanto como ellos.

Pero diferente.

Así comenzó esta rebelión.

La rebelión de los Cosos.

En el Amazonas

Río Preto da Eva: ahí quisieron quedarse a vivir Martha y Marcela.

Manaos no era lejos si alguna vez quisieran alguna ostentación de civilidad. Eligieron estar lejos de esos hoteles para extranjeros europeos que quieren jugar a los indios.

Lo lograron con alguna dificultad, era un poblado de 20.000 habitantes, y todo era cerca. Marcela se alegró de que la acidez de las aguas hiciera que los bichos no la espantaran. El río Preto da Eva es un corto río amazónico brasileño.

Les gustó esa sencillez fluvial frente a la opulencia del río Amazonas.

Estaba próximo a su sensibilidad. A la de las dos.

Ya instaladas, a la luz de un candil, suspiraron de alivio.

Unos Cosos de allí se comunicaron claramente con ellas tiempo después.

Se reían cagándose a pedos. Supieron el código tras unas pocas palabras de una mái del lugar.

La extravagante historia de estas enamoradas tiene una particularidad: fueron muy felices pero nunca comieron perdices.

Hasta que Martha, una noche ya muy viejita, le recomendó a Marcela que siempre se siga comunicando con los Cosos, pues esa noche se iba con ellos.

Mantuvo sus rutilantes pecas siempre y ya como Coso saturó de brillos la oscura noche de Marcela cuando se quedó sola mirando las aguas del río Preto.

Escuchó da Eva y su sonrisa la acurrucó.

Unos años después Indira fue su nuevo amor, Martha la ayudó ya como Coso, y pudo propagar en una voz joven la comprensión acerca de los Cosos.

Tanto Martha, como Marcela e Indira, nunca cayeron en esa beligerancia con los varones.

Menos aún desde su comunicación con los Cosos.

Pero reconocían que el fenómeno era creciente. A la tradicional misoginia se producía en espejo una nueva calamidad: la misandria. Indira una noche le contó a Marcela, ya de piel dorada eternamente y de pelo casi blanco, lo que le producían los varones después de algunos episodios que vivió en su adolescencia.

Marcela con infinita paciencia le leyó un pequeño artículo:

*La misandria es el odio a los varones. Proviene del griego ἰερόατῆ-
ῆβία misandria, de ἰερόαιτῆ miséin: 'odio' Ὑλιάνηδὸ andros, 'hombre'.
Por etimología es el directo antónimo de misoginia. Sigmund Freud
ya contemplaba desde sus análisis del psiquismo humano un movi-
miento opuesto a la misoginia, descubierto al estudiar un caso de
homosexualidad femenina o lesbianismo, pero en su tiempo aún no
existía un nombre para definirlo: «Indignada y amargada ante esta
traición, la sujeto se apartó del padre y en general del varón. Des-
pués de este primer doloroso fracaso rechazó su femineidad y ten-
dió a dar a su libido otro destino. En todo esto se condujo nuestra
sujeto como muchos hombres, que después de un primer desengaño
se apartan duraderamente del sexo femenino infiel, haciéndose mi-
sóginos» (S.Freud Obras Completas. «Sobre la psicogénesis de un
caso de homosexualidad femenina o lesbianismo», 1920.*

Ensayo CXII, pág.1516

Indira se quedó pensando.

Marcela la acurrucó y le dijo que ella también tuvo una época de nefastas generalizaciones. Pero que se abriera a la posibilidad de que no es cosa de varones o de mujeres, esa beligerancia es oportuna para ciertos esquemas de poder.

No del poder hacer sino del Poder. Indira lo pensó muchas semanas hasta que escuchó en el lenguaje de nosotros, los Cosos, que hay de todo en este mundo inmundo. Esa noche ambas tocaron sus respectivos tambores y los Cosos del lugar se arremolinaron en una fiesta particular, el tamborileo sonó hasta los límites más profundos de la selva y una orquídea casi púrpura se abrió.

Los alemanes que quisieron contar la historia

La noticia del atentado con el coche bomba en una esquina céntrica de Buenos Aires, dio una idea extraña a dos alemanes de la Universidad de Frankfurt. Si bien eran docentes e investigadores en arte se unieron a dos sociólogas y decidieron ir al lugar del hecho.

Imaginaban que el atentado a las Torres Gemelas tenía su correlato con este episodio.

Y un cierto rasgo estético.

Si bien el suceso porteño fue poco después del 11 de septiembre no tenía nada que ver.

Pero analizaron ciertos cruces posibles. Llegaron a Buenos Aires y esta pequeña comitiva, formada por Garin y Hahn, especialistas en arte, y las sociólogas Ilse y Floy, tuvo que denunciar el robo de su equipaje a la salida del aeropuerto.

No lograron demasiado, ellos habían retirado de la cinta transportadora sus valijas pero después de cargar en un remis sus cosas y subirse, el conductor los obligó a bajar en el descampado y arrancó con las maletas. Tenían sus documentos y tarjetas en sus bolsos de mano, pero nada más.

Los cuatro se quedaron finalmente parados a las puteadas alemanas en medio del camino. Un patrullero los socorrió pero entre ambas brutalidades de idioma, ellos pensaban que cualquiera habla al menos inglés y el milico que pensaba que estos gringos eran unas bestias que no entendían una palabra de castellano.

Lo único que lograron fue llegar al magnífico hotel en el que tenían las reservas y luego buscar un traductor.

Al momento de la cena decidieron comer en el hotel, Ilse no lograba controlar sus nervios y no quería exponerse otra vez a una ciudad que la recibía de ese modo.

Garin se le rió en la cara, ¿acaso estas cosas no pasan en Europa?

Ilse que apenas lo conocía le contestó ásperamente que era distinto.

Hahn se empezó a divertir, le parecía una puesta en escena per-

fecta para hacer una performance callejera. Floy no dijo nada pero se calzó con ímpetu los anteojos y se puso a comer.

Yo, Coso, estaba cada vez más divertido con esta situación. Encontré dos Cosos amigos cerca y entre los tres hicimos un fuerte ruido en ese lujoso restaurante.

Floy pegó un grito agudísimo, Hahn se cayó para atrás, un mozo que pasaba tiró la bandeja al suelo colaborando con el estruendo, Ilse histérica corría sin sentido mientras el maître intentaba frenarla en inglés.

Garin se quedó como estaqueado, en medio del caos, y se desplomó hacia delante, desmayado. Los otros pocos comensales que había se fueron por la puerta más próxima.

A la mañana siguiente tomaron el primer vuelo a Frankfurt y escribieron en sus informes de la Universidad que sin duda ese país era un semillero de terroristas.

A los artistas se les fue de la cabeza la posibilidad estética de ciertos acontecimientos. Y las sociólogas se anotaron meses después en un curso de castellano.

Los documentos siempre son falsos

Agustín andaba desganado.

Si bien con Gianni la relación crecía, no podía verbalizarle cuánto lo quería ni cómo lo quería.

Ese día llegó más temprano al restó que de costumbre y estaba solo.

Mientras preparaba una masa de hojaldre para uno de los platos de la noche entre capa y capa de manteca, el preciso doblado y estirado de la masa, necesitó repasar estos últimos meses de su vida.

No había tenido ninguna noticia de Marcela, y la extrañaba.

Si bien se dio cuenta que la relación no era lo extrañable, se preguntaba por este vacío de información. Su ex suegra no largaba palabra acerca del paradero de ella. Él aceptó esta decisión, quizás por cola de paja.

El estar con Gianni le daba una plenitud que nunca había sospechado poder tener con alguien.

Si bien no vivían juntos jugaban a las visitas casi todos los días.

El sexo fue mermando y dando paso a otras expresiones, muy intensas y curiosas para Agustín.

Gianni en la intimidad y ya con confianza parecía no tener puntos medios: o hablaba mucho o estaba muy callado.

Agustín aprendió esta forma y no le molestaba.

Pero se daba cuenta que él no tenía la capacidad de generar una conversación interesante, a diferencia de Gianni que con el más pequeño suceso podía hacer toda una experiencia. Volvió a doblar la masa de hojaldre y la puso en la heladera.

Miró ese libro comestible con satisfacción: estaba muy prolijo.

Tomó agua helada y se sentó en un taburete alto de la cocina.

Tuvo un respingo: dudó de los ingredientes. La carpeta de recetas de Gianni estaba en el cajón de la oficina, recordó y necesitó corroborar la precisión de su trabajo.

Afortunadamente la carpeta estaba allí, como esperaba, esa gruesa carpeta de anillos de tapa desvaída por el tiempo y el uso tenía

olor a él.

Mientras buscaba la receta, vio un sobre marrón pegado en la parte de atrás de la tapa.

No sabía si debía o no mirar, decidió que sí.

Adentro había tres fotos viejas, reviejas. Estaba en cada una, sin duda, Gianni: dos estaban en blanco y negro, una con una mujer pecosa y muy joven, otra con un tipo tan grandote como él con barba y bigotes, ambos flacos, y sin duda enamorados. Algo en sus caras era incuestionable en este sentido. Estaban en un patio con una parra de fondo, como de un barrio lejano al centro.

La otra más nueva con un varón de remera verde.

Escuchó la puerta de atrás y se sintió incómodo.

Guardó todo apurado y fue para la cocina, ya olvidado de la receta que quería mirar. Era el barman que llegaba con cara de recién levantado y bañado.

Le dijo hola casi distraído y se fue para el lado de la barra.

Agustín se sentía no sólo desganado ahora, sino ensombrecido.

Algo le olía mal en ese hallazgo fotográfico. Se dio cuenta de lo poco que sabía de la vida de Gianni.

Se dio cuenta que Gianni siempre lo escuchaba a él con sus trivialidades, con una mirada honda y tierna.

¿Serían parientes esas personas?

¿Anduvo con mujeres en el pasado? Agustín pensó en todas las fotos que le había mostrado a Gianni: cuando ganó su primera medalla en atletismo, cuando fue a Bariloche, la barra de amigos del barrio, su primera foto con gorro de cocinero, las fotos de los abuelos con él en la calesita, la de sus padres en su bautismo, una de carnet cuando tenía nueve años, en la playa a los dieciocho con una novia del verano y de pronto recordó que una foto la escondió. Recordó con vergüenza cómo se puso colorado al repasar esa situación y siguió hablando como si nada y pasándole otra de un viaje a Bolivia.

En el momento en que hizo eso no pensó por qué, en realidad era una foto con un primo lejano, era de La Pampa así que era más lejano aún.

Gustavo tenía cuatro años más que él y se reencontraron en Bue-

nos Aires un par de veces porque se quedaba en la casa de su abuela.

En ese momento de reencuentro Agustín tenía dieciséis años y su primo veinte. La foto en cuestión era en San Telmo. ¿Por qué le había avergonzado ese documento hecho foto?

Era una polaroid de unas de las amigas de juerga y los dos estaban enfiestados, con las caras rojas, transpirados y borrachos.

Fue su debut con el alcohol.

Pero no el único debut.

Volvieron a la madrugada y habían convenido en dormir en lo de la abuela, la pieza de huéspedes tenía dos camas y la Nona estaba muy contenta de tener a los chicos en casa. Agustín tenía tanto sueño y tanta cerveza encima que se sacó solamente las zapatillas y se tiró en la cama.

Se le escapó un pedo y se despabiló, Gustavo ya estaba en calzoncillos se rió y le dijo: ese culo está pidiendo.

Se rieron aún más fuerte y la Nona chistó.

Apagaron la luz. Pero en la penumbra Agustín sintió que Gustavo seguía de pie, parado entre las dos camas.

Al rato la penumbra se le hizo familiar y vio a su primo tocándose por arriba del calzoncillo.

Sacó el pito y lo meneó.

Susurrando le preguntó: viste qué grande.

Agustín mintió en otro susurro: ¿qué?

-Mi chota boludo.

No veo nada, está oscuro, esto lo dijo más bajo aún.

Gustavo se aproximó y casi le rozó la cara con la pija que estaba en plena erección. Agustín tuvo un gesto irreprimible: la agarró y lo empezó a pajar, un leve gemido vino desde el otro cuerpo, sí, sí, así.

El primo dobló su flaco torso y lo empezó a besar. Agustín quiso sacar la boca diciendo pará, pará que no soy putito. Yo tampoco dijo el otro, pero estamos recalientes y siguió. Agustín en el mareo lo dejó tirarse a su lado, sacarle la ropa y desnudos se abrazaron, se tocaron con desesperación y en esa frotación acabaron.

Gustavo se levantó tambaleante y lo último que recordó Agustín fue la sábana con la que se limpió la leche y se tapó.

A la mañana se despertó totalmente vestido y con un vómito en el costado de la cama, Gustavo roncaba a pata ancha. La Nona canturreaba en la cocina: vamos muchachos que el almuerzo está servido. Agustín no pudo entenderse por qué aun sentía culpa con esa foto, foto que por lo demás no hizo más que recordarle un deseo, sólo eso y perdido vaya a saber en qué recoveco de su cerebro.

¿Por qué necesitó ocultarle ese documento a Gianni?

¿Por qué supuso que esa foto documentaba algo cierto, más allá de la existencia pretérita de una juerga con un primo lejano en un bar de San Telmo?

Pensó en cuántas pelotudeces creyó porque las vio en televisión.

Sintió un escalofrío cuando abrió la heladera y vio la masa del hojaldre, como un libro. Se parecía tanto a ese libro de la tragedia de Esquilo que encontró en la mesa de luz de su pieza, cuando Marcela se fue.

Quizás esa masa era más cierta que tantas otras formas que creyó ciertas porque estaban frente a sus ojos.

Cuando llegó Gianni e inundó de alegría el lugar, sintió algo parecido al enojo y al reproche.

No pudo dejar de amasar que esa noche después de trabajar iba a haber quilombo. Un flor de quilombo, como nunca se había permitido, era la primera vez que necesitó expresarle a él, a un varón, que lo necesitaba.

La gente comenzó a llegar y Agustín estaba retrasado pero Gianni no le dijo nada.

Otra versión de Las tragedias de Esquilo

Agustín le propuso a Gianni ir caminando a su casa.

Estaban cansados pero sin sueño. Gianni olfateaba en la mirada de su compañero algo singular.

Estuvo bastante distraído en la cocina, de hecho algunos platos no le salieron con ese toque que solía ponerle y no pareció percatarse. Durante la caminata lo único de lo que habló Agustín fue de la masa del hojaldre, que le había quedado como un libro y que se parecía al libro de las tragedias. Pero que éste al menos era rico.

Sin duda, le contestó Gianni, ambos los son.

Caminaron un trecho más y de improviso

Agustín le dijo que había estado mirando su carpeta y que se encontró con unas fotos viejas.

En menos de media cuadra le reprochó infinidad de cuestiones que eran más para reírse que tomarlas en serio, pero ese varón grande y honorable las escuchó en silencio sin protestar.

Gianni, cuando vio que Agustín se había calmado, le propuso contarle una historia fabulosa.

Le pidió que pararan en la plaza porque se la iba a contar como si fuera la protagonista del cuento y que iba a hablar como si le hubiera sucedido a él.

Agustín caviló acerca de qué se traería entre manos y así ese hombre grande comenzó casi sin respirar, sentado en un banco, a contar una historia como frente a un auditorio gaseoso, como una Sherezade moderna, donde las únicas presencias tangibles eran ellos dos.

Con voz profunda de barítono dijo:

-Soy Andrea Celeste, se puso la campera en la cabeza como una peluca, y siguió ante la atónita mirada de una pareja que pasaba. Agustín decidió también sentarse ya algo risueño ante esa mariconada. Continuó hablando impertérrito con esa melena improvisada y con mucha seriedad, revoleando los ojos y cruzado de piernas: -Poco podría contarles de particular acerca de mi historia si no fuera por los cambios que tuve a partir de mi pubertad.

Cambios que en parte todos conocemos, que todos vivimos.

Pero a veces la biología hace sus bromas. Y nuestra sociedad tiene bastante poco sentido del humor con ciertas cuestiones. Mi infancia fue común. Nací en Magdalena. Mi mamá trabajaba en una mercería de 8 de la mañana a 4 de la tarde y mi papá manejaba un remis con turnos rotativos... Por eso con mis hermanos, somos tres, Belén, yo y Facundo, nos mandaban a una escuela de jornada completa, del estado.

Salíamos todos temprano, mamá incluida y volvíamos a las 5 de la tarde.

Mis gustos en los juegos estaban condicionados por mi hermana mayor, no sólo me pasaba sus juguetes y ropa sino también su sentido de la responsabilidad y de la docilidad.

Belén es dos años más grande. Cuando cumplió los trece años y ocho meses, exactamente, se fueron con mamá al baño solas y no me dejaron entrar. Quizás por eso recuerdo con precisión el día: cumplía 8 meses de sus trece, y no me dejaron entrar al baño con ellas. Salieron extrañas del baño, mamá cotorreaba, y papá la miraba fijo.

Cuando nos fuimos a dormir me susurró «me vino», ¿qué? le pregunté, «hoy menstrué».

Yo pensé «qué tanta cosa». Desde el verano que ella tenía unas tetas que poco tenían de nena. Me había dado bronca que mamá nos dejara afuera a Facundo y a mí. Las dos estaban como muy compinches y a pesar de que Belu (así le decimos) trató de compartirlo conmigo, yo estaba triste.

En las semanas siguientes, mamá desarmó el cuartito de costura y le armó la pieza para ella sola. Decía que estaba más grande y que Facu y yo podríamos tirar un tiempito juntos hasta que hicieran una nueva habitación. El tiempo siguió pasando sin demasiadas entreveros.

A mis catorce años yo no tenía demasiadas noticias acerca de mi desarrollo. Pero una noche sentí unas fuertes puntadas en el bajo vientre, me hice un ovillo en la cama, me apretaba con los brazos la panza pero nada, el dolor seguía.

Me levanté y llamé a mamá. Primero suavemente hasta que junto una puntada fuerte grité aún más fuerte.

Por su cara me pareció que imaginaba que estaba soñando.

Me miró a los ojos y observó el piso: estaba parada en un charco de

sangre. Rápidamente me abrazo y me dijo:

«No es nada, mi chiquita, es normal» y tenía la misma cara que le vi con Belu cuando menstruó.

Me llevó al baño y mientras yo me lavaba en el bidet, ella cotorreaba: «Justo hoy le tocó a tu padre el turno noche, le dije, le dije que teníamos que apurarnos con la pieza para que estuvieran juntas Belu y vos».

Facu dormía como un tronco y ni se enteró, pero Belu nos escuchó, se metió al baño, me miró fijo, como si fuera una traidora, ante la ternura que mamá me dedicaba.

«No pongas cara de pollo mojado, Andrea, a todas las chicas nos pasa» me espetó y salió del baño con un portazo.

Me dormí con esa cosa entre las piernas que me puso mamá para que no chorreara y ya las puntadas eran más suaves. Mis tetas no eran gran cosa, pero estaban duras. Hasta acá es la historia de cualquiera de nosotras, cosa más o menos.

Me cambiaron de pieza nueva con Belu, que estaba menos agresiva conmigo, y a Facu lo dejaron en la vieja pieza común, solo, y mamá recuperó el cuartito de sus cosas. Dos meses después de mi primera menstruación sentía rara la garganta. Mi papá me miró la faringe y dijo «Anginas no son». Cada vez que intentaba hablar surgía una especie de ronquido articulado que nadie reconocía. Era yo.

Simplemente estaba cambiando la voz. Al principio parecía que estaba medio disfónica. Pasaba el tiempo y no me dolía la garganta, sólo que mi voz era más grave y áspera. Pero no era una voz como de esas actrices viejas. Era diferente. Cada vez que atendía el teléfono, ya no me confundían con mi mamá o Belu sino con papá. «Hola, ¿Héctor?» No, soy Andrea, ya le paso con mi papá... Así es que dejé de atender el teléfono. De chicos a Facu le confundían la voz con nosotras, para malhumor de él, ahora empezaba a comprenderlo.

Cada día hablaba menos, hasta con mi familia. Si estábamos comiendo y preguntaba algo todos miraban para el lado de papá pensando que él había hablado. Era un bajón. Ya ni siquiera Facu se burlaba diciéndome que parecía el gallo Claudio. Ahora él también tenía el mismo aire de complicidad oscura que Belu y mis viejos.

Mis amigas de la escuela ya no eran muy mis amigas que digamos, me evitaban en los recreos, no sé por qué todas se callaban cuando entraba

o largaban agudísimas risas cuando los profesores pasaban lista y yo decía «presente».

Los chicos me seguían mirando las tetas, ahora más grandes, turgentes y me pedían los apuntes como siempre, pero cuando les daba alguna recomendación sobre mi carpeta me observaban la cara y volvían a mirarme las tetas.

La única persona de la escuela que me seguía tratando igual era Marina. Ella también tenía la voz un poco grave, no como la mía, era profunda pero inconfundiblemente femenina. Fue Mari la que me dijo en joda en un recreo, riéndose de las que se reían de nosotras «deben pensar que somos travestis». Fue ahí cuando me enteré de qué era eso. Ingenua de mí le dije «Pero Mari, si tenemos concha y tetas, nos vestimos de chicas, ¿cómo vamos a ser travestis?»

Me bajó de un hondazo y me dijo: «no se trata de lo que seas sino de lo que los demás piensen que sos. Tu voz es de macho para todos, en todo caso de macho aputonado porque sos muy modosita, pero voz de macho al fin».

Un día llamaron a mamá del colegio. Habló con la psicopedagoga.

A los dos días estábamos en el consultorio de una otorrinolaringóloga. Pasó mi mamá sola primero y al rato me llamaron. Entré y comenzó a hacerme preguntas boludas: edad, nombre, colegio, regularidad de mi período, y evidentes pavadas para escucharme. Yo trataba de agudizar la voz y hablar rapidito. Igual fue indisimulable.

Me hizo una laringoscopia que me dio arcadas, pensaba que en cualquier momento la iba a vomitar. –Esperá un cachito querida, respirá por la nariz, me decía con marcada dulzura.

Y seguía mientras hurgueteaba:

-Tus cuerdas están perfectas, digo en perfecto estado. No fuerces la voz porque se te pueden hacer nódulos, quiero decir, no hagas voces raras.

-No entiendo doctora.

-Te digo que hables naturalmente, tu voz es grave, no la esfuerces para que sea diferente, porque te podés lastimar. Te voy a mandar a una reeducadora vocal para que hagas unos ejercicios.

La cara de mamá era como de yará que perdió el veneno.

Mantén esa expresión preocupada desde su visita al colegio.

Desde ese momento no dejaron de llevarme a todo tipo de especialistas desde ginecólogos a endocrinólogos, de fonaudiólogos a psicólogos, y hasta a una curandera.

Y nada, todo normal, sólo que tenía voz grave.

Hasta que fui a una profesora de canto, su experiencia y oído dictaminaron con claridad después de hacerme hacer escalas: «es barítono, al margen de que desafine.»

No tuve cumpleaños de 15. Sólo nos juntamos en casa con Marina, mi siempre amiga, tomamos unas cervezas a la noche en el fondo, las dos solas, mamá nos trajo una picadita y una pequeña torta de millojas como a mí me gusta y nada más. Fumamos cigarrillos ya en la madrugada y entonadas y algo desatadas nos juramos ser amigas por siempre.

Fue así que no pude terminar la escuela secundaria. Eran tantos los problemas que causaba mi voz que mamá se pudrió de cambiarme de colegios. Claramente en casa estaban también podridos de mí, o de los problemas que les traía. Belu hacía tiempo que no me daba bola y Facu, ya grande y con un notable crecimiento de altura y de bigote, me escondía de sus amigos.

Papá siempre me miraba fijo pero no decía nada. Era evidente que su oficio de remisero le había hecho conocer mucho de la vida y de las personas. Sólo cuando les dije que me iba a vivir a La Plata con Marina, me dio un abrazo y me metió un puñado de billetes en el bolsillo. Creo que estaba emocionado.

Como cuando parte «el hijo pródigo».

Pero yo era la hija del medio.

A esta altura se imaginarán que si no hubiera sido por el apoyo de Marina, no me hubiera animado a nada.

Ella me repateó cuando le dije que dejaba el cole.

Pero nunca dejamos de vernos y hablarnos. Ya en La Plata sí íbamos a bares, ella se encargaba de pedir los tragos y cuando se acercaban los chicos ella les decía que yo estaba afónica. Así pude apretarme a un par de flacos. Como verán soy una chica normal. Y mi silencio hacía que les fuera muy atractiva. Incluso era evidente que se chusmeaban entre ellos que era calladita y calentona. Jamás fui a la casa de ninguno, ni ninguno a mi departamento, sólo cogíamos medio rápido, en algún rincón oscuro del boliche o en alguna obra en construcción.

Cuando tomaba un taxi, si hablaba, me importaba un carajo que pensarán que era travesti, y alguna vez tuve cierta tranza con algún taxista joven y novato que hurgaba entre mis piernas esperando una pija disimulada y con algo de decepción, terminaba haciendo lo que todo varón se precia de hacer con una mujer.

Gracias a Mari conseguí un laburito en casa, de volcados de datos de encuestas. Mandaba por mail los resultados y me pagaban junto con Marina que era las que las hacía. Los primeros meses fueron interesantes, leía mucho, íbamos al cine, chateaba, curtíamos recitales, pero una noche sucedió lo que sucede en nuestro país.

Un día, volvíamos caminando con Mari, medio escabiadas, ya había sol y la policía nos paró y nos pidió documentos.

Se los dimos, nos separaron y empezaron a preguntarnos cosas, no tuve otro remedio que hablar.

La cara del cana cuando me escuchó fue de sorpresa y luego de sarcasmo. Me arrinconó y me dijo: «No te hagás el boludo, putito, este documento no es tuyo.»

Marina desesperada miraba desde su lugar y empezaba a agitarse: «¡Es mujer, es cierto, es mujer!», gritaba.

La subieron al patrullero de prepo y el agente que me bastardeaba intentó meterme las manos en la entrepierna, le sacudí una cachetada antes de que pudiera siquiera rozarme. Y así fue como nos llevaron a las dos a la comisaría por desacato, prostitución y falsificación de identidad.

Si bien a Marina le creyeron la identidad, por el quilombo que armó la pusieron con un grupo de flacas en un calabozo. En cambio a mí me metieron entre flacos y travestis que somnolientos y empedados me miraban desconcertados.

Me senté en un rincón, esperando la dichosa averiguación de antecedentes. Nunca había estado presa, recién a mediodía me llevaron a una oficinita y una agente me volvió a tomar declaración.

Yo le contestaba y no se le movía ni un solo músculo de la cara.

-Te tenemos que llevar a revisión médica.

-Pero ¿por qué? pregunté.

- Simple rutina, hay que corroborar científicamente que sos una chica.

Me llevaron en un patrullero no sé bien adónde. Esperé horas hasta que me hicieron pasar al consultorio de un médico. Me dijo que tenía que sacarme sangre, para garantizar que no estuviera drogada.

Sin embargo no me dijo «drogada» me dijo «drogado». Le corregí y se me rió.

-Dejate de joder pibe, a mí los travas me caen bien, y que te hayas hecho las tetas no es ninguna novedad. ¡Si conoceré a cada una!, cualquier mina queda hecha un estropajo al lado de lo buenas que están algunas de ustedes. Tienen un orto impecable, y las gambas ni te cuento. Sin celulitis ni nada de grasa. Sos cachorro vos... ¿a qué edad te hiciste las tetas?

-No señor, digo doctor, está equivocado, tengo la voz grave pero soy mujer, revíseme si quiere...pero.

Se me cagó de risa y me dijo: No gracias, ya me imagino el pedazo de poronga que tenés, es típico, y no me provoques con ese aire de inocentón que no soy puto.

Me agarró el brazo, me sacó sangre y me mandó a la sala de espera.

Al rato me metieron en otro patrullero y volvimos a la comisaría.

Pregunté por mi amiga Marina antes de volver al calabozo de varones. Me dijeron que ya se había ido. Suspiré de alivio. Ella iba a hacer cualquier cosa por rescatarme. Me adormecí, cuando me desperté, ya estaban prendidas las lamparitas, seguramente era nuevamente de noche.

Un flaco que no estaba cuando entré, ahora estaba enfrente mío, me miraba y me sonreía.

Le vi cara conocida. Rubio, lindo, de buen aspecto. Seguramente también me reconoció porque se me acercó.

Habíamos apretado una noche en el boliche. ¿Qué hacés vos acá?, me dijo con aire picarón.

No sabía si hablar o no.

Temía que escuchara mi voz, encima en el calabozo de tipos. Con él no había cogido, solamente nos habíamos besado. Recuerdo perfecto cuánto me había gustado y por eso no llegué a más. Ahora me volvía a pasar que de verlo solamente me estremecía del placer de reencontrarlo. Y de miedo. Se me mezclaba todo.

Pero si hablaba por ahí pensaba que lo engañé, que era trava, como el

resto. ¿Y si creía que lo jodí? ¿Y si me cagaba a palos ahí adentro?

Me dieron ganas de mostrar la concha pero empecé a temblar.

Tenía hambre y Marina no aparecía.

Decidí no decir palabra. Me sentí muy sola, como nunca me había sentido, con ese desamparo que nos pone de cara a nuestra existencia.

Tengo algo de los varones que es más amenazador de lo que nunca hubiera imaginado: su voz. Su timbre de voz.

Una mujer con voz de varón.

Una verdadera tragedia.

El flaco seguía haciéndome preguntas, sus preguntas, y yo miraba para otro lado, haciéndome la que no lo conocía, hasta que se cansó y se fue a sentar a la otra punta, con cara de desilusionado.

Lo espiaba, pero cuando volcaba su mirada hacia mí, volvía a esconder mi cara. Me volví a adormecer y soñé con él, que paseábamos por el cementerio, entre las tumbas y éramos zombis. De la mano, sin necesidad de hablar, los zombis no pueden hablar, hacen apenas unos pocos sonidos inarticulados.

Y Gianni remató el cuento con una voz suave y dolorosa, diciendo:

-Y como en un video clip sonaba de fondo Cranberry con el tema Zombi...Era todo perfecto y había sol, no le temíamos al sol, no nos hacía daño el sol.

Agustín se quedó absolutamente quieto como una estaca frente a esa supuesta teatralización, con la cabeza gacha, pensando confusamente que Gianni estaba totalmente loco. Un escalofrío de desasosiego le recorrió el cuerpo cuando escuchó unos sonidos alrededor, como breves estallidos que se enlazaron con el fuerte ataque de llanto de ese hombre enorme que se tapó la cara con la campera que tuvo en ese largo monólogo en la cabeza, como una peluca.

El llanto de Gianni

Gianni lloraba como un chico, con fuertes estertores.

Agustín lo miraba ahí sentado, con la cara tapada por esa ridícula campera que ocultaba su recia cara. Vio como los gotones que le caían iban a parar en el pantalón beige que llevaba puesto.

Ese hombre desmoronado en un banco de plaza estaba como Ulises, sentado al lado de alguien que no entendía y lo dejaba solo. Nuevamente solo. Con pareja pero profundamente solo.

Una tragedia que en su vida se repetía una y otra vez.

Y yo, Alejandro, como Coso, sólo podía susurrarle como pedo junto a los amigos Cosos que lo escuchamos y lloramos a nuestro modo con él.

Se sacó la campera de la cabeza y con ojos rojos miró la cara de Agustín que no hacía ni decía nada.

Gianni entendió en una breve mirada que no tenía ya más nada que hacer ahí, al lado de ese muchacho.

Suspiró hondo. Se recompuso un tanto. Se paró y apoyó una mano sobre el hombro de Agustín, afectuosamente le dijo: Agustín querido, hasta acá llegamos.

Agustín se paró con cara de alivio. No quería estar al lado de un viejo loco que encima lo hizo puto. Ya no quería. Esa mariconada pública y ese llanto le dieron pavor, no sabía bien de qué, pero le dieron pavura. Trató de abrazarlo pero Gianni, tiernamente, no aceptó.

-Quedate tranquilo, estoy bien.

Agustín estaba sereno, al fin y al cabo estaba un poco cansado de andar escondiéndose de sus amigos por estar con ese tipo, se sentía aliviado que el otro tomara una decisión que no se hubiera atrevido a tomar por temor a perder el trabajo.

Tenía ganas de volver a la normalidad.

Agustín le preguntó: Qué vamos a hacer.

-Seguir con nuestras vidas.

-¿Y en el restó?

-No voy a volver, podés quedarte tranquilo, yo parto de viaje en cuanto acomode ciertas cosas.

-Gracias Gianni, lo pasé muy bien con vos.

-Yo...

Agustín vio la enorme figura del chef perderse en la oscuridad, paró un taxi, se sintió molesto durante todo el viaje por esos ruidosos pedos que se tiraba el taxista y a pesar de tener las dos ventanillas abiertas estaba inundado de olor a podrido. No dijo nada.

Bajó del auto asqueado en su departamento. No pudo explicarse por qué esto continuó en el ascensor, en la entrada de su casa y en su dormitorio.

Se durmió muy tarde, preocupado, porque todos los sahumeros con perfume a rosas, canela y sándalo que prendió por toda la casa, no pudieron tapar el olor.

Y la música suave que puso para dormirse y relajarse de semejantes sucesos tampoco lograron apagar el eco repetido de múltiples ruidos de pedos.

Esto lo acompañó a Agustín largo tiempo. Ya noviendo con Pía, un día le comentó que todo el tiempo escuchaba ruidos diferentes de flatulencias y un olor tan horrible que casi no le permitía cocinar.

Pía le dijo: Estás muy estresado amor, deberías trabajar menos horas en el restó y buscar un ayudante, yo no huelo nada feo. Él la besó como recompensa a su comprensión pero sospechó que le mentía para no mortificarlo.

Pía y Agustín se sobresaltaron: una batahola les interrumpió la conversación acerca de la fecha de casamiento.

Los golpes de cacerolas eran muy fuertes en ese barrio tan bonito de Buenos Aires donde vivía María Pía Strong, la apropiada mujer elegida por Agustín para consagrarse como un soberano infeliz, la rúbrica de su opción por la inconciencia, un estereotipo de película moralizante.

Ella sonrió encantada y se asomó al balcón con la olla de fondu de cobre y mango de madera y con los palitos de teca con los que comían sushi hizo una especie de percusión riéndose con las vecinas de enfrente. Lo miró a Agustín desde allí a manera de invitación a sumarse al concierto.

Agustín se quedó sentado pensando cómo era posible que nadie oliera ese olor a mierda que en ese momento era aún mucho más intenso.

¡Mejor nos casamos en marzo!, gritó ella en una carcajada.

Él asintió y se fue al baño.

El 2001 no era una Odisea del espacio

Gianni caminó en la oscuridad, evitando las luces de la calle.

Lo acompañé en silencio y mis compañeros Cosos se dedicaron a Agustín por bastante tiempo, a veces turnándose.

Nunca lograron que entendiera algo. Pero no desistieron, como con tantos. El tiempo para nosotros es ahora irrelevante.

Me quedé ahí flotando sobre el hombro y por momento le hacía un ruidito que lo hacía sonreír.

Ya cerca de su casa se detuvo y me dijo:

-Ale, ¿estás ahí?

Le contesté con una leve trompetilla.

-¿Siempre fuiste vos?

Otra trompetilla, siempre sin olor.

-Pensé que me habías olvidado.

Dos trompetillas, pero algo más fuertes.

-¿Sabés cuánto te esperé?

Una trompetilla muy queda.

-¿Me acompañás a lo de Vilma?

Otra trompetilla.

-¿Me vas a volver a dejar solo?

Dos fuertes trompetillas.

-¿Te costó mucho encontrarme?

Una trompetilla larga.

Y entramos a su casa y así estamos, como siempre y como nunca, como los abrazos de Vilma.

Lo fui enterando de cada cosa, aprendió rápido a comunicarse con los Cosos a través de mí.

Una tarde nos interrumpieron ruidos de cacerolas a lo lejos.

Gianni se rió fuertemente y pedorreó fuerte también.

Ahí me dijo: es tiempo de irnos.

Sacó pasaje para marzo para ir a lo de Vilma, como habíamos soñado hacía tanto tiempo.

Ya en el aeroparque me susurraba cosas que me hacían reír acerca

de la tilinguería que nos rodeaba.

De pronto enmudeció, vio en la fila de al lado a Agustín abrazado a una rubia vestida de colores caqui, ella de espaldas contoneaba su extrema flacura con aire distinguido. Él levantó la mano izquierda a modo de saludo mostrándole el anillo de oro en su dedo anular.

Gianni contuvo la risa y me dijo: pobre. Yo, Coso, volé hasta la oreja de ella y le lancé una sonora trompetilla. Agustín se ruborizó y ella le dio una fuerte palmada en el hombro diciéndole: ¿Ya empezás con esas guarangadas y llevamos apenas un día de casados? ¡No te lo voy a permitir, aprendé a reprimirte! Ella no sabía que sí había aprendido a reprimirse, no sólo de su homosexualidad, eso casi era lo de menos, es por eso que cada vez era más huraño y ya los compañeros del restó no lo querían tanto.

El dueño se quejaba de que ya no tenía las reservas completas. Algo en la comida que elaboraba Agustín no estaba bien. Pensaba buscar otro chef, algo más responsable y creativo, alguien como Gianni.

Avanzó la fila para embarcarse, Agustín bajó la cabeza frente al reto de Pía y entregó los pasaportes y pasajes al empleado de la aerolínea, mientras Gianni y yo entrábamos en otra nave.

La vida antes y después de mí

En mi andar con Gianni pude saber acerca de mi familia después de que me asesinaron. Mi viejo anduvo cerca de dos años buscándome por muchos lugares y yendo a una comisaría en particular, insistiendo, ése era el lugar clave.

Lo sabía. Yo también sabía, obviamente. Casualmente después de varios intentos, a papá lo balearon en la esquina de casa en un supuesto asalto.

Murió en brazos de mamá que salió de la casa inmediatamente después de escuchar el primer tiro.

Mi vieja quería morirse, sólo se sostuvo porque mi hermana era chica aún. Cuando balearon a papá recién tenía cumplidos sus catorce años. Cuando me chuparon a mí, doce. Mamá fue siempre una laburante, con la risa franca, aglutinadora de toda la parentela tanto para cumpleaños como para las fiestas y del barrio también.

Cocinaba como los dioses y al margen de trabajar de portera en un edificio del centro, teníamos una casa sencilla pero espectacular. Papá siempre encontraba cosas por la calle, se las llevaba a mi vieja y de eso, casi alquímicamente, surgía algo esplendoroso. Mi viejo era medio inútil con las manos pero le cebaba unos mates mientras ella serruchaba un mueble, porque tenía las patas apolilladas y a la vez buscaba hacer un color nuevo con los restos de pintura que tenía para pintarlo, todo junto.

Aprendió sola a tejer con una revista vieja, a coser con los consejos de Amalia, una solterona de enfrente, a pintar paredes con los comentarios del ferretero. Ensayo y error era su postura, y el error era casi imposible. Al menos en estas cuestiones.

Todo lo expansiva que era mi vieja lo tenía mi viejo de enamorado: la miraba con asombro. También se peleaban, no por quién hace qué cosa sino por política nacional, por cómo hacer para que la escuela del barrio no se vaciara de pibes o por mis escapadas. Eran graciosos, mi viejo como buen empleado público era parsimonioso y ella se impacientaba.

Cuando mi viejo le respondía: Emilia ¿qué se quema que estás tan apurada?, ella contestaba: Víctor, no tenemos la vida de las tortugas, ¡no vamos a vivir trescientos años, dale, alcanzame la escalera de una buena vez! Se reían de esas pavadas y por los sonidos que escuché desde chico gozaban a puerta cerrada de una sexualidad envidiable. Ambos eran profundamente reflexivos con apenas sexto grado cumplido, lo que era la escuela primaria, pero leían.

Escuchaban la radio con atención hasta que pudieron comprarse un televisor usado. La biblioteca de mi casa tenía cuatro estantes pero siempre había algún libro prestado apoyado en la mesita del viejo. Los asados los hacía mi vieja y el viejo le pasaba la mano por la espalda,

Incluso hasta la parte más baja, y ella se lo sacaba de encima diciéndole ¡pará que están los chicos por ahí! Me gustaba espiarlos.

Quería para mí una vida parecida a la de ellos, pero distinta.

No fue difícil la realidad que me tocó, fue otra.

Una tarde papá habló largo y tendido conmigo debajo de la higuera del fondo, yo tenía catorce y le conté que me gustaba un chico de la secundaria.

Se quedó en silencio un rato para luego decirme con una soberana sabiduría de hombre adulto: sé lo quieras ser.

Aún como gaseoso que soy recuerdo el abrazo inmenso de ese hombre tosco y tierno.

Después lo vi cuchicheando con mamá.

Nítidamente la escuché decirle: ya sabía.

De ahí en más mis amigos siempre fueron bien recibidos y nunca me preguntaron acerca de mujeres.

Lo que era irreprimible de mi vieja eran los gestos o las caras que me hacía por atrás de algún amigo mío en particular, que me hacían reír y enojar por lo evidentes. Ella imaginaba que era disimulada.

Mi viejo le pedía, en esos casos, que le fuera a comprar cigarrillos.

Cuando Perón dijo imberbes mi mamá lloró, fue la única vez que la vi llorar, mi viejo apagó la radio y se fue a fumar al patio, medio enojado, diciendo: cagamos. Fumó muchos cigarrillos, de eso me acuerdo. Esa noche comimos en silencio salvo por el cotorreo de mi

hermanita.

Victoria era una niña asombrosa y es hoy una mujer estupenda.

Cuando tuvo a su primera hija, Alejandra, lo buscó a Gianni para que sea el padrino.

Lo logró.

Su memoria era excepcional, su capacidad de lucha conmovedora, así como la sobriedad con que llevaba adelante la demanda al Estado por mi aparición con vida.

Sobria y persistente.

Sobria y convencida.

Nunca hizo aspavientos del desastre que le tocó vivir.

Ni especulaciones en sus lugares de trabajo.

La autovictimización le resultaba aborrecible. La integridad de mis viejos había hecho nido en mi hermana.

Encontró un compañero ideal, una pareja con unos bríos muy parecidos a los de mi mamá, y ambos convergían en espacios tanto fuertes como solidarios. Parecían sacados de una novela del siglo XIX.

Los dos eran profesores, ella de Historia y él en Bellas Artes.

Hoy sé que mi entorno suena idílico. Quizás olvidé momentos duros de la economía de nuestra casa. Quizás olvidé otras crisis.

O quizás, simplemente, en contraste con el horror que viví cualquiera de esos problemas parecen nada.

No olvido que muchas cenas fueron sólo con mate cocido y un pan viejo tostado con manteca y azúcar.

Y las caras de preocupación de mi viejo y mi vieja.

Y los berrinches de mi hermanita porque alguna cosa que quería no se la podían comprar.

Me fue dado ser Coso para entender que esas son naderías comparadas con los horrores que se pueden acometer.

¡Pensar que cuando iba a los cines club en mi adolescencia y veía películas acerca de los nazis pensaba que eso no podía volver a suceder!

Gianni me contó camino a Río en el avión, muchas, pero muchas cosas que en más de una oportunidad me hicieron soltar ruidos. Para incomodidad de los pasajeros de a bordo que no sabían si mi compa-

ñero en cuestión estaba descompuesto.

Él iba tan contento conmigo en su hombro que no le importaba que lo miraran como a un viejo loco que hablaba solo y que padecía de incontinencias.

Me murmuraba cómo era mi sobrina.

Me murmuraba sus andanzas.

Me murmuraba recetas de cocina.

-Y del amor, me dijo, se habla demasiado. En nombre del amor se hacen barbaridades y nadie quiere discutir la política del amor, que en definitiva, es lo que importa.

Eso me lo murmuró antes de dormirse, a una hora de nuestra llegada a Río de Janeiro, más de treinta años después.

No sólo Tucumán arde

-¿Te acordás de la muestra Tucumán arde?

Le respondí con una trompetilla.

-Se la llevan a Alemania, la van a exhibir allá.

¿Qué entenderán esos gringos?

Dos trompetillas largas y dudosas. Gianni agarró el bolso de la cinta transportadora y al salir del aeropuerto tomamos un taxi para la casa de Vilma.

Mientras mirábamos correr las calles por la ventanilla vimos el Teatro Municipal de Río de Janeiro, tan parecido a la ópera de París.

Un cartel anunciaba para mayo Romeo y Julieta.

Gianni me señaló el anuncio y lanzó una gran risotada.

-Con este afán sucursalero ¿quién nos va a escuchar?, dijo fuerte y el taxista lo miró.

Yo lancé un fuerte sonido.

-No, no soy nacionalista, Ale, sería otro error nefasto.

El taxista espío por el espejito retrovisor y meneó la cabeza.

Bajamos en lo de Vilma, ella ya estaba en la puerta ni bien escuchó el motor del auto. Se abrazaron largo rato y Gianni le dijo que yo estaba ahí.

Ella sonrió ampliamente y le contestó -Ya sé, querido, ya sé.

Vilma hacía rato que se conectaba con nosotros, los Cosos.

Entramos y yo hice unos ruidos para regocijo de ambos.

Vilma contó que justamente ayer habían partido Martha y Marcela para Rio Preto da Eva.

Qué Marcela, preguntó Gianni. -La nueva pareja de Martha, una piba de treinta y pico, amorosa, que dejó a un tipo en Buenos Aires para quedarse con ella.

¡No te lo puedo creer!, dijo Gianni y le relató su historia con Agustín.

A la noche fuimos a la playa juntos.

Vilma se quedó preparando la cena.

Caminamos por la playa, mejor dicho, Gianni caminó por la playa

y yo iba flotando a su lado, tratando de que el viento marino no me arrastre lejos de él.

Pero él me hacía reparo con sus manos y vimos, por fin, ese mar y la noche estrellada. Y unos morochos espectaculares que aún se bañaban en esa playa. Nos quedamos ahí un rato.

De pronto Gianni se paró y empezó a caminar hacia el mar.

Al principio no entendí pero cuando vi su decisión tallada en esa cara empecé con todas mis fuerzas a hacer ruidos.

Dos trompetillas.

Dos trompetillas.

No.

¡No!

Ya con el agua al borde del cuello Gianni me dijo: Quiero estar con vos, quiero ser un Coso como vos.

Hice dos trompetillas más fuertes aún.

Pero el mar era más ruidoso que yo.

Quiero como Coso hacer la revolución de Cosos, gaseoso y pedorro, pero con vos. Ardo por estar definitivamente con vos, alcanzó a decirme con la boca espumosa.

Cuando la luna estaba muy alta Gianni-Coso ya estaba junto a mí.

La brisa del mar nos empujó a la costa. Sin dificultad estuvimos en la cocina de Vilma.

Ella, sentada en la cocina, lloraba y nos dijo:

Yo sabía, yo sabía...

Levantó su cabeza resplandeciente, se secó la cara con un trapo, levantó el plato de Gianni de la mesa recién puesta y lo guardó. Llamó por teléfono y reportó su desaparición.

La policía dijo que tenía que esperar veinticuatro horas.

Ella cortó.

Un epitafio

La marea tardó más de una semana en devolver el cuerpo de Gianni.

Mientras tanto Vilma nos puteaba por el incordio en que estaba metida.

Todo se resolvió más o menos como era de esperar.

Pero Vilma seguía furiosa.

Un día le gritó a Gianni: Sos un egoísta.

Después se arrepintió.

-Disculpame Gianni, soy una bruta e hizo un gesto acariciante al aire.

Como Gianni no tenía parientes que reclamaran su cuerpo, las autoridades aceptaron que se lo enterrara en Brasil, ya que Vilma, su amiga, se hacía cargo.

Tres días después se realizó el entierro.

Había viajado mi hermana Victoria y su marido con Alejandra.

Los cuatro vieron bajar el cajón barato a la tumba.

No aceptaron una cruz encima del enterratorio, sólo una laja con su nombre y un epitafio: Volverán las oscuras golondrinas... Todos los Cosos que pudimos nos arremolinamos en torno al breve cortejo y para asombro de los enterradores estallamos en un grito de ¡Presentes!, a nuestro modo. Al modo que todos ustedes, lectores, ya saben.

Vilma y mis parientes aplaudieron y se alejaron abrazados.

Apéndice

(De la carpeta de recetas de Gianni dejada en herencia para Alejandra)

Cronos

Rancias
nubes
Las flores
retumban
en el pecho guerrero.
Las voces inequívocas
de palabras yermas.
Bruñida superficie
de plástico duro.
Corazón
sanguinolento
de viento del este.
Pocillos de vinagre
volcados en los dinteles
de salas blancas.
Lechiguana,
Lechiguana...
el mejunje
decime cómo lo hago.
Los picaportes se alargan
hacia mis manos.
Crudas,
rudas.
Decime cuál es la tisana
para los arañazos
circulares
de tu riguroso olvido.

En viaje

Deshojo la mirada
en la oscuridad
agazapada.
Germino
las turbulencias
olvidadas.
Respiro la inquietud
de soledad maniatada.
¿Qué pasiones vendrán
con la siesta machacada?
¿Qué volúmenes encerraré
en los puños apretados
de trompadas civilizadas?
Ronda el fantasma iridiscente
en bocas silenciadas
de caníbales egoísmos
con pasaportes
al inodoro
de los países con plata.

Retrato de mancebo blanco sin pasión alguna

Verde
y negro. Con luna en el centro.
Del zaguán
de tu garganta
los brotes
silban
en verde
y negro.
Los crujidos de la línea
del teléfono
rompen los huesos
de tus palabras

fervientes.
El verde
y negro
pájaro
de indiferencia
rebota inocente
en los hilos
de los aparatos,
enyesan
los bordes de mi deseo
caprichoso de
verde
y negro.

Verde vos
y negro yo.

Avivo hojas
de soles tardíos,
empetrolo fotos
de desnudos
blancos como los bordes de tu ingle.
Verde yo
negro vos.

Retrato número 2

Carne
de la afrenta.

Breve, atormentada.

Roce fibrilado
de la angustia
pertrechada.

Velo abyecto,
de pelos crespos
en el sur
de tu cabeza.

Paz de la tormenta
cruzada,
segmentada.

Revoque
de la afrenta,
y la carne breve
fibrilada.

En núcleo inolvidable de Rimbaud
solipsístico
escudriñando los sonidos
trémulos
en estribos
de distancias
mal calculadas

Exilio

Rozo la semántica aspereza
de eyaculaciones distantes.
Cubro
la desesperación en jaula abierta,
de cipayo manso,
en luna perdida bajo la mesa
del televisor aún encendido.

Inmundas notas de músicas perdidas
son ahora perlas en vinagre,
disueltas y digeridas
en mi panza vacía.

El ruido del cerebro se me hace motor
ahogado.

Zigzaguea el run –run
en la ventana oscurecida
por un paisaje ajeno
a la más simple mirada
de mi ojo
enmohecido.

Macho

El cuerpo estirado de contracciones intelectuales.
La voz engrosada de seguridades no adquiridas.
La comunión de una literatura entrecruzada de caricias cerebrales.

Chino bueno pomada buena...
Por descubrir creaciones
de timideces
auscultadas.

Lágrimas disecadas
de varón honroso.

Gritos solapados
entre los pelos del bigote.

Y una luz dicroica
en las pupilas asombradas.

Desgarrar una notoriedad transitoria
de taos despiadado.

Estás sólo frente a la taza de café con leche
preguntándote

por qué no entendés qué te pasa, cada mañana,
cuando descubris
que las vías de tu ferrocarril,
recortado desde el cuadrado de tu ventana
no tienen nombre de mujer.

Simulando dudas

La cumbia de tus palabras
me encierra en círculos
de vuelo de mosca tzé-tzé,
translúcidos,
pelados,
fieros.

Compro un aerosol insecticida,
y la válvula no funciona.
Me pongo
vestidura de tul,
y la brisa abre los bordes.

Peligra mi estar de pie,
los golpes de mosca
dan en mis rodillas.

El vientito
de palabras
expulsadas
con ántrax de duda,
contamina
el espacio
entre tu vida y la mía.

Me someto
a las condiciones de tu atmósfera

esperando la resurrección
de tus manos
en la superficie
de mi boca.

Tu virilidad machacada,
me traspasa
oblicua
inadvertidamente.

Besos truchos

Las garras
de tu boca
se entorpecen
en el líquido de tu cerebro.

La dentellada de tu mano
se desliza
breve
por mi cara
con ojos.

La suavidad de tu soslayo
se borronea
entre las prepotencias
de machos,
compadritos de esquina
mal dibujada.

El brillo del féretro
enceguece el sepulcro.
Las orquídeas en la mano
suavizan tu mirada cerrada.
No quiero ver.
No asusten.

Aprieto las garras de mi boca
para darle una dentellada con mi mano
al cerebro.

Líquido.

Dormir

Gotas pútridas
de soles resplandecientes,
zapatillas de agua
en manos de la desidia.

La roja apariencia del sexo
es celeste Partenón
de América.

Guerrera sumisa
de mis agentes
secretos.

Dame la orden,
en mis delitos futuros,
para encarcelar mi vigilia
en el atardecer
de mi cobardía,
inaudita.

El baño

Tronos de besos profundos
que quiebran la garganta.

El osado anillo.

La manera de apoyar tu cara
esquivando
el encuentro

con la muerte
agitada.
Por la sospecha.

La realidad en partes
pretende, agonizante
de alambres en plata
sobre fondo pistacho,
ficcionalarse.

Dos osos basculan
sin importarles la felicidad.

La vulnerable vara.

Eterniza troncos
de una película
alquilada.

Las comadreas

Las comadreas
tienen el perfil afilado.
Las comadreas con borlas de seda,
negra,
esconden sus miradas
censoras.
Las comadreas de al lado
miran la caída de mi imperio
con los ojos
aserrados.
Las comadreas
van a la iglesia,
de la esquina
y perdonan
el chat.

Las comadreas
lloran
las gemelas,
el paisaje se derrumbó.

Las comadreas cuchichean mi nombre
por misterioso
y volcánico.

Las comadreas de mi pueblo
no perdonan,
presionan.

Las comadreas se multiplican
viejas y jovencitas,
redondean el cuadrado de mi pueblo,
cercándolo
con sus malévolas notas
de chusmas faraónicas.
Las comadreas no saben
que atascan los conductos
del acontecer
procesado.

La conferencia

Hoy la conferencia estará
algo diferenciada.
Hoy la actuación se verá plena de reclamos
explícitos,
casi maternos
o necesarios.
Caprichosos parados
en feudalismos zen.
De caos de palabras
sin ideologías ni enemigos.

Con cortesías cortantes de adulteces
por disfrazar.

La subjetividad se hace cigarrillo,
fumado por ansiedad.

Las facturas ya no son dulces,
son A, B o C.

La rabia pega en la cara,
con gomera más trágica que la de Piluso.

Y los pasos necesitan sangre para ser verdaderos,
las miradas lágrimas de despedidas,
los varones pelotas
y las mujeres un poco de rouge
en sus bocas virilizadas.

El nylon hizo lo suyo,
separó la vida del aire.
Lleno de conferencias al paisaje,
y puso de culo
al ancestro.

Cosa 1

Estruendosa habitación silenciada,
silenciada.

Vociferan las noches
en mi almohada
abollada.

Abrazos abstractos
con llantos
de película clase B.

Los besos se congelan
con pausa electrónica,

las fascinaciones
en voto cantado
se repliegan
en el insomnio.

Estruendosa habitación silenciada,
silenciada.

La adolescencia retoma
manoseando adúlteros
la línea presente
y grita comunista.
Sólo pétalos de encamadas imaginarias
mordisquean mi sexo.

Y la estruendosa habitación sigue silenciada,
para que los vecinos
no se quejen.

La gauchada

Acuchillo la pelambre en desatino
de amor tribal
en antigua carga.

Contorneo el ribazo anaranjado
con las pupilas remojadas,
en sollozo de hembra guacha
de manitos embarradas.

Las letras en su altivez
abstraen los hechos,
los desguasan.
Y un sabor dulzón
de elegancia computarizada,
me susurra como sirena

que se inunda con desgracia el terruño,
como nada.



EL MIEDO A MORIR

CUENTOS ILUSTRADOS PARA ADULTOS

A modo de prólogo

Hoy, una voz particular, me sugiere que antes de mandar estos escritujos para su impresión, les contara a ustedes, queridos lectores, que los cuentos están ordenados sólo por aparición. No hay una escalada climática ni otro propósito.

El 18 de enero escribí el primero y el último en marzo de año 2011. No me acuerdo con exactitud el día que escribí el que consideré el último.

Poco tiempo para cierto decir de una tradición de escritores y críticos.

¿Qué será poco y qué será mucho en este caso?

¿Por qué decido que este volumen solo contenga ocho cuentos?

Lo primero que se me ocurre es que el exorcismo está cumplido.

Contra la opinión de muchos colegas y amigos que consideran que es necesario distanciarse del dolor u otra situación de revolución emocional para escribir, no lo hice así. Escribí entre borbotones de llanto y en penosas detenciones de tiempo y espacio.

Al trabajo de escribir bajo este fuerte estado emocional se le sumó la torpeza que tenía en los dedos para tipear, porque en muchos momentos las teclas se nublaban y tocaba donde no tenía que tocar.

Muchos grandes cuentistas se me arremolinaron, agradezco sus presencias intangibles que me ayudaron a concertar este entuerto.

Por último les comento que no intenté evocar en ustedes, estimados lectores, el dolor o el miedo, pero si sucede y sirve, bienvenido sea.

En realidad, pienso que con esta serie de cuentos, completé un propósito que oscuramente me invitaba: escribir con dolor.

Edgar De santo

El miedo a morir

Recuerdo cuando Matilde me contó que fue con su marido Raúl a Santiago de Chile y una apendicitis aguda de él los obligó a quedarse más de lo previsto. El poco dinero que tenían había que administrarlo bien hasta que pudieran volver a la Argentina. Su marido estaba en cama, haciendo reposo, y ella iba a la feria de Santiago para conseguir mejores precios. Parada frente a un puesto de bichos de mar se le ocurrió comprar una langosta. Eran baratas pero las vendían vivas. No sabía que era así. Nunca había preparado una, pero el precio y la idea de probar un manjar a tan bajo costo la tentaron. Le explicaron en el puesto que debía tirarla en una olla con agua hirviendo. Le envolvieron el animal vivo en unos papeles de diario y volvió en el colectivo al departamento. Se sentó y apoyó la bolsa con el animal en el piso, al rato comenzó a oír los golpecitos que daba la langosta contra la chapa del ómnibus. Le dio miedo más que lástima.

Cuando entró al departamento dejó el paquete en la cocina, fue a darle un beso a Raúl y le dijo que le tenía una sorpresa preparada para la comida.

Volvió a la cocina, llenó una olla grande con agua. Abrió la bolsa y con cuidado entreabrió los papeles húmedos que envolvían al animal. Se movía menos pero se movía. Le volvió a dar miedo. Agarró el paquete entero y tiró la langosta al agua fría. La vio revivir. La dejó. Volvió a sentir un cosquilleo extraño.

Prendió la hornalla y con esfuerzo apoyó la olla con agua fría. La langosta nadaba rítmicamente. Matilde pensó que el animal quizás estaba esperanzado. Se quedó mirando con rencor la vitalidad que desarrollaba dentro del recipiente. Observó cómo al ascender la temperatura del agua el animal empezaba a golpear sobre las paredes de la olla. El ruido a la lata ya no era el del piso del colectivo pero ella instintivamente se tapó los oídos.

Cerró la puerta de la cocina para no escuchar la lenta agonía del animal. Prendió la TV y se recostó al lado de Raúl para esperar que la langosta estuviera cocida.

Hoy quisiera recostarme como ella, al lado de alguien, a mirar televisión y cerrar la puerta.

Animal

Sé que está escondido cerca de acá. Puedo oler a ese animal sin especie catalogada que me acecha.

Se me apareció por primera vez cuando tenía doce años. Volvíamos en un ómnibus de Mar del Plata. Yo dormía al lado de mi mamá porque viajábamos de noche. En un momento abrí los ojos y lo vi pasar por el costado de la ventanilla. No le di importancia, todavía tenía el sueño pesado de niño. Segundos después el ómnibus volcó sobre la banquina, los gritos de dolor y los golpes secos de los cuerpos atestaban el espacio.

Yo seguí con los ojos cerrados. No quería verlo. Mi mamá me sacó de abajo de un montón de asientos y bolsos mientras el agua iba filtrándose en el interior.

El olor a nafta disimuló el olor de ese animal. Salimos pero no todos. Me hicieron correr y una especie de mano gigante me aplastó contra el piso. El micro había explotado.

La segunda vez que se me apareció y lo pude ver con más nitidez, fue a los veintisiete años. Pasó sus garras afiladas por mi torso y mi cabeza mientras dormía en un hospital.

Sangraba mucho pero no me dolía. Cuando quise mirarlo a los ojos, mientras mi mano buscaba el timbre para llamar a la enfermera, desapareció por la puerta de baño. Ahí fue cuando percibí su penetrante olor. Un olor que años después pude precisar.

Llegué a olvidarme de ese animal, llegué a imaginarlo imaginado y sólo eso. Ahora desde esta trinchera en la que estoy escondido, quizás escribiendo mis últimas palabras, me doy cuenta de mi ingenuidad.

Dejo, en este papelucho inmundo, testimonio de su existencia, espero que lo encuentren en estas líneas y me crean, el terror que produce es indescriptible. Supe que muchas personas escribieron sobre él pero pensaba que era ficción. Iluso de mí, ese animal existe. Pero no está descripto con claridad en ningún manual de biología. O no entendí que sí estaba catalogado y recién ahora, sometido a su persecución, empiezo a entender. Hace relativamente poco estaba en

el jardín de mi casa, era verano y el verdor de las plantas tamizaba al sol. De pronto lo sentí a mi espalda, dudé, era demasiado tiempo que había pasado desde la última vez que lo había visto. Pero su olor se me hizo inconfundible. Me había encontrado nuevamente. Sabía que me perseguía a mí. Quizás haya muchos de estos animales acechando pero este estaba detrás de mí. Cuando me di vuelta vi su cara extraña. Parecía sacado de una película de terror vieja. Una mezcla de lobizón e iguana, tenía una pelambre de escamas aterciopeladas. Y el brillo de su mirada, ahora frente a mí, me dejó estático por un segundo. Corrí al interior de la casa. Cerré las puertas y las ventanas y vi cómo se recostaba sobre el pasto, tranquilamente, como sabedor de que me iba a atrapar.

El horror invadió todo mi cuerpo. Llamé por teléfono a Beatriz pero no contestó. Quizás había salido. Llamé a Gustavo, tampoco contestó el celular. Ahí me percaté de que en realidad mi línea estaba rota. Alcancé a ver por los visillos que el cable de mi teléfono reposaba en un extremo de las patas del animal. Era él quien lo había cortado.

Esperé un rato, cuando creí que la bestia estaba dormida, intenté salir por la puerta delantera. No había alcanzado a girar la llave cuando lo vi pegado al vidrio y atisbé una especie de sonrisa triunfal. Caí para atrás del miedo. Cerré las cortinas y bajé al sótano.

No sé para qué traje el teléfono celular, sé que no tengo señal aquí abajo. Agarré una botella grande de agua de la heladera, pan y unas latas de comida. Supe que estaba atrapado porque al ir cerrando con cuidado y silenciosamente la tapa del sótano percibí que había logrado colarse al interior de la casa.

La luz se cortó no mucho tiempo después. Pude regular el agua y el pan y las latas pero no queda ya casi nada. Este papel se está terminando y las garras del animal ya astillaron lo suficiente la puerta del sótano.

El terror me dejó en este rincón y ahora sólo espero que esa bestia termine de hacer lo que vino a hacerme. Sé que ni Beatriz ni Gustavo podrán pasar. También los devoraría a ellos si intentaran rescatarme.

Dejo este inmundo papel para que sepan que los entiendo.

Las letras que se desvanecen

20 de abril de...

-¿C_m_ le va?

La cajera del supermercad_ me sonríe amable c_m_ siempre. Pensé en ese m_ ment_ que p_rque era china, la letra _la había _mi-tid_. Es habitual que algún_s s_nid_s finales desaparezcan y ni qué decir de gente cuya lengua nativa sea _tra. Me imaginaba imp_sible hablar chin_. Me parecía un milagr_ que alguien pudiera aprender nuestr_ idi_ma viniend_ de China. Tiemp_ después supe que n_.

El pr_blema l_ tuve n_s_l_ al escuchar que faltaban l_s s_nid_s que tuvieran _, sin_ que tamp_c_ emergían de mi garganta. Veía que levantaban la vista buscand_ en mi b_ca l_ que a mi entender había pr_nunciad_.

N_ pensé en ir al médic_ en un c_mienz_. Fui al analista. Fue el primer err_r. La canversaci_n result_ terrible. N_n_s entendíam_s per_ creíam_s que sí.

Atisbé que si evitaba esa letra, las palabras andaban y la charla sucedía, también cambiaba esa letra par atra, a mejar dicha par atra sanida.

Estas mamentas eran difíciles. La pregunta ¿C_m_ le va? ¿C_m_ estás? Resultaba extraña. ¿Cáma le va? ¿Cáma estás? El analista llevó la interpretacián a un prablama can el sexa. En el sexa na tenía prablamas, en principia na tenía pareja estable y can mis amantes na hablaba mucha. Entendía el tema simbálica pera na le encantraba mucha sentida.

Un día me dí cuenta que una de mis amantes me daba mucha afecta. Le dije: te quiera.

Su respuesta saná fría y distante. ¿Vas querés tener navia? Na estay abierta a tener navia, estay enganchada can mi ex pareja tadavía.

Me quedé extraña. Llaré cuanda estuve sala pera na le dije que me lastimaba.

Pensé en que mi analista quizás tenía razán. El tema era par el sexa. Cuanda estanda en la cama le pedí que me tacara el pita na

me hiza casa. ¡Dame un besa!, tampaca. Na entendía mi demanda sexual. Na me llamó más. Me escribí un mail y ya na le pude res-
pandar.

Can mi atra amante pasá alga parecida. Me dejá al paca tiempo.
Busqué mi mal en internet pera na había nada al respecta.

Decidí ir al médica ya que can el analista na avanzaba mucha.
Mis cuerdas vacales estaban bien y mi aída también. Me mandá al
neurálaga.

Me hicieran varias estudios y mi cerebra estaba bien. Las estudios
daban normales.

Pasé a un psiquiatra. Me dió remedios para la ansiedad. Nada pa-
rece hacerme mejorar. En realidad me habitué tanta día a día, que
casi na me malestaba. Salva par el sexa. Decidí que si las sardamu-
das padían tener sexa, ya padría también.

9 de naviembre...

La casa enpeará: desaparecí la _ . Diga canprensián pera na pue-
da decir te ana, par decir te quiera.

Esta nueva dificultad ne llevá a la desesperacián. Cuanda quiera
hablar can ni pragenitara na le pueda decir naná. La empecé a llanar
par su nanbre. Se afendí. Calgá el teláfana.

El analista dice ahara que tenga un prablana can la inagen de ñi
naná.

¡Nejar na habla nás! Pera tanpaca escucha nás.

25 de diciembre...

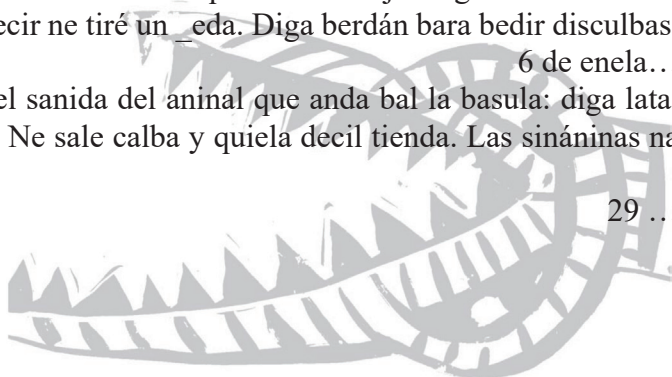
Na ne sale la letra del varán que tiene un hija. Diga: ne tiré un cue-
te, na cueda decir ne tiré un _eda. Diga berdán bara bedir disculpas.

6 de enero...

Na ne sale el sanida del animal que anda bal la basula: diga lata,
liña bar belea. Ne sale calba y quiela decil tienda. Las sináninas na
san la nisna.

H.

29 ...



Matar la esperanza

Hernán se sentó amarronado. Me miró oscuro desde sus ojos muy abiertos. Él no podía creer lo que estaba viendo.

Fue hace casi dos meses que empezó a ocurrirme algo poco común: me lloraba un ojo. Así de simple, la mañana del 12 de diciembre amanecí con un ojo que lloraba a raudales. No un lagrimeo nomás. Pensé que podía ser conjuntivitis. Fui hasta la clínica Santa Lucía y me dijeron que no, observaron ese ojo inundado y nada parecía indicar una conjuntivitis. Tampoco tenía una basurita ni ningún cuerpo extraño. Me dieron unas gotas inocuas. El ojo seguía llorando. Pasaron los días y el fenómeno continuó.

El ojo lloraba como esas estatuas milagreras que impasiblemente derraman fluidos para fervor de los fieles.

A la semana volví a la clínica de ojos. Otra vez lo mismo, pero esta vez tomaron muestra de las lágrimas para estudiarlas. Debía volver por los resultados en seis días.

Como tenía que viajar postergué ir a buscar los análisis. De hecho recién el 27 de diciembre tuve el sobre entre mis manos mientras escuchaba las palabras de oftalmólogo diciendo: hay que esperar, no hay nada raro, en principio.

Salí nuevamente de viaje. Noté que en dos días en particular la cantidad de lágrimas fue mayor: el 26 y el 28 de diciembre.

Después entendí.

Imaginé que estando en el mar me curaría. Me acordé de mi abuela que le atribuía poderes particulares al agua salobre del mar. Y en cierta medida fue así, el ojo me lloraba menos.

Regresé de las vacaciones de la playa el 15 de enero y casi era imperceptible el lagrimeo. Pero el 17 de se desató una tormenta enorme y junto a los gotones y granizo que caían del cielo, como fuego helado, mi ojo acompañó. La molestia a partir de ese momento fue insoportable.

El ojo lloraba a cántaros. Mojaba absolutamente todo. De hecho no podía encender nada eléctrico por las descargas que me daban los

veladores con la caída de agua de mi ojo. Nunca pensé tener tanta agua adentro. Eleonora, mi cálida amiga, me indicaba tomar mucha agua, para no deshidratarme.

El médico volvió a tomar muestras y otros a su lado miraban el fenómeno del ojo llorante. Reconocieron lo poco usual del caso. Ya llevaba cerca de un mes con este padecimiento y mi optimismo le había encontrado utilidades: dejaba caer mis lágrimas sobre una violeta africana, esa planta que me acompañaba desde hacía tantos años. Regarla de este modo me dio consuelo, pensé que podía sentir esa agua como una conexión con sus orígenes.

El alivio de haberle encontrado provecho a mis lágrimas me dio tranquilidad. Periódicamente iba a la clínica de ojos y los médicos me comentaron que habían hecho una especie de foro internacional por esta pavada.

Lo que más les llamaba la atención era que un solo ojo lagrimeaba y que el otro no se daba por enterado de lo que le pasaba a su compañero de cara.

A los dos meses de este fenómeno fue cuando noté que mi planta de violeta africana estaba muy diferente, más lozana, carnosas y sus flores violetas ya no estaban al ras de sus hojas, extrañamente habían desarrollado un tallo largo. Imaginé que era la primera generación de flores de violeta africana de tallo largo. Eran tan fuertes que cada dos días podía cortar una larga vara de flores violetas para el florero de al lado del piano. Una curiosidad que no mencioné fue que mi optimismo creció al encontrar tan buena respuesta de mi planta, me ahorraba toneladas de papel tisú y descubrí que poniéndola en la mesa de luz me abreviaba tener que cambiar la funda de la almohada, empapada todas las mañanas, y sacar al sol a secar a la mismísima almohada. Parecía ser esta la razón por la cual los tallos de las flores eran tan largos ahora, buscaban ese rocío natural y se hicieron dependientes de él y yo de ella.

Continué haciendo consultas médicas pero con el único fin de que la licencia por enfermedad en mi trabajo estuviera en orden.

Pasaba la mayor parte del tiempo al lado de mi planta. Salía con anteojos negros para hacer mandados pero luego volvía a mi casa. El único sosiego que tenía era estar con ella. No se molestaba con

mis lágrimas laterales, mi ojo llorante y enrojecido no parecía preocuparle. Por el contrario, le gustaba.

Hacía casi todo con ella a mi lado. La cambié de maceta y conseguí una que podía colgarla de mí y así estar juntos. Contra todo lo que se dice de que a los vegetales no les gusta que los anden cambiando de lugar, a esta planta le gustaba trasladarse conmigo.

Salvo cuando me bañaba y cuando dormía ella colgaba al lado de mi pecho y sus perfectas flores ascendían hacia mi mejilla empapada. Los pétalos aterciopelados brillaban. El centro de la flor que originalmente era amarillo, ahora refulgía en rojo bermellón.

Con el otro ojo, digamos el seco, veía lo que tenía que ver para sobrevivir, con el llorante veía todo como sumergido en el fondo del agua, todo era turbio y turbulento. Arrasado por oleajes descampados de tierras suntuosas y bordes resplandecientes. Todo era aciago.

Una mañana desperté y sentí el suavísimo contacto de los pétalos de las flores de mi violeta apoyados tímidos en mi ojo. No me la quité. Sentí alivio que directamente sorbiera de mi lagrimal. Ya no tenía ahora la mejilla enrojecida de refregarme para secarme las lágrimas.

La actitud de la violeta africana era comprensiva. Quizás por eso Hernán no se percató que cuando me contaba sus frustraciones e imposibilidades mi ojo lloraba más pero Violeta era más cercana y tierna. Tampoco él se percató que andaba con mi planta a cuestas. No me ofendía, más bien lo tomaba como una forma amable de disimular mi problema.

Ya a esta altura no era una mera violeta africana, ahora es Violeta. Tenemos largas conversaciones y ella siempre me responde apoyando sus pétalos en mi lagrimal, tiernamente.

Recién hoy, a más de dos meses de que mi ojo llora sin parar, y que hace un mes que Violeta está junto a mi pecho, Hernán se horrorizó al ver que tengo una flor de violeta africana de tallo largo, tapando mi ojo izquierdo, y bebiendo de lo que brota por mi ojo llorante.

Hernán amarronado nunca pensó nada hasta ver que Violeta me ama. Él llora con los dos ojos.

Ahora sé por qué sólo me llora un ojo, porque el otro ya se anoció de que maté a la esperanza.

Los ojos delatores

Ver su cadáver extendido al lado del sillón del living no me generó preocupación.

Estaba en la misma posición en la que solía dormir: medio de costado, la cara apoyada en un brazo y los dientes algo visibles. Nunca había usado ortodoncia, se quejó de eso alguna vez, como de otras tantas cosas que no había recibido. Pero ya no importaba. Espero que ahora haya entendido cuál es la única forma de tener derecho a callar y a ocultar: estando muerto.

Lo curioso es que sus ojos seguían revelando secretos. Me acerqué y vi con detalle la frase que mantuvimos en el último chat. Pensé que acercando la lámpara a sus ojos negros iba a leer mejor los chateos que había tenido con otras personas y conmigo.

Se me dificultaba.

Una de sus blandas manos me rozó como cuando me acariciaba lascivo, diciendo sólo con manoteos que me quería. Decidí sacarle los ojos y llevarlos hasta el patio para leer todo con claridad.

No imaginé que fuera tan trabajoso desojar a alguien sin que se rompan los globos.

Con tiempo y meticulosidad lo logré.

Tardé bastante, casi dos meses.

Y leí lo que nunca hubiera querido leer, a la luz abrasadora de ese febrero inestable, a pesar del extraño olor que emanaban. Entre el verdor del jardín, planté esos dos ojos muertos y ya secos.

Cuando volví al living el cuerpo no estaba.

Sólo una inmensa mancha marrón oscura, marcada en el piso, de la que brotaban unas huellas hacia la puerta de calle. Esta vez no tuve miedo porque supe que nunca iba a volver.

El endiablado

No podías pasar un instante más sin un abrazo.

¿Adónde encontrarías un abrazo a estas horas de la noche? Pensaste en ir al consabido chat para buscar unos brazos que te cobijaran por un rato. Rápidamente recordaste que no era buen lugar, te ofrecerían otras partes de la anatomía humana y no un abrazo.

Siendo las 4 am tampoco podías molestar a tus amigos con esa chiquilinada.

Pero una mano invisible iba estrujándote el cuello de una manera bestial. La necesidad era imperiosa, severa y trágica. Y no podías estar una noche más con esa mano estranguladora en tu garganta.

Saliste a la calle. Quizás vieras en alguien, en esa madrugada, el espacio para que se arremolinaran el amor y el dolor, al menos por un instante, en un desconocido.

A los quince minutos de caminata, cerca del bosque encontraste algo que se parecía a lo que tu imaginación estimaba. Intercambiaron un par de palabras y entraron a la penumbra de los árboles.

No resultó, el personaje en cuestión quería otra cosa, su urgencia estaba en otros sitios. Se enojó un poco pero te dejó salir de su insistencia.

Dos veces más te sucedió algo parecido.

Pero cerca del amanecer divisaste el zoológico. Y recordaste. Entraste por una alambrada estropeada y caminaste entre jaulas aulladoras.

Sentiste que la mano te apretaba aún más.

Agarraste un tronco y golpeaste con fuerza la cabeza del cuidador del serpentario. Cayó de un solo golpe con un ruido amortiguado y la linterna rodó, quedó apuntando su haz de luz a ninguna parte.

La necesidad de un abrazo te enceguecía, temblabas de desesperación por el abrazo que necesitabas y por todos esos abrazos que nunca tuviste.

No quisiste ser injusto, reconociste haber tenido abrazos, pero eran sólo el camino para otras cosas.

Vos necesitabas el dibujo del amor, un dibujo circular y exacto que te rodeara con ánimo de eternidad.

Todavía nadie logra explicarse por qué hiciste lo que hiciste. Entraste al serpentario y allí estaba, precisa, la forma de tu abrazo: una boa constrictora.

La serpiente parecía reconocer la mano que te estrujaba y se deslizó limpia del tronco donde reposaba hacia vos. Entraste mirando enamorado ese brillo enternecedor de sus ojos.

Se te arrimó y en la medida que empezó a enrollarse en círculos cada vez más perfectos reconociste que la mano estranguladora se iba retirando frente a esa fuerza maravillosa y oscura que ahora te protegía sin brazos.

Te recostaste para que ella pudiera recorrerte hasta que apoyó su cabeza en tu hombro. Su tamaño recorría en espiral el total de tu altura.

Suspiraste de alivio entre sus no brazos.

Hasta que no pudiste suspirar más.

Cuando te encontramos estabas en perfecto estado con ella, entrando en su inmensidad pero con solo una zapatilla, la otra ya no estaba.



Receta para la Mala Sangre

(De como quedar sepultado en vida)

(Mucho después del Ars Amandi de Ovidio)



Ingredientes:

-Dos personas (sean varón/mujer, mujer/mujer, varón/varón por fuera de las apariencias visibles, confíe en saber discernir de qué tipo de dupla se trata).

-Miedo a la soledad.

-Esperanza en la idea de pareja.

-Buen sexo.

-Necesidades básicas insatisfechas.

-Tendencia a la idealización.

-Ansias.

-Triángulo edípico reeditable.

-Narcisismo a discreción.

-Agregue a su gusto otras hierbas.

Nota: La temperatura de uno deberá estar fuerte mientras que la otra podrá ser de fría a moderada para comenzar la preparación.

-Para facilitar aún más esta receta se le puede agregar que una de las dos personas tenga pareja o algo parecido y que le asegure que está en proceso de separación y que apele a que el que avisa no es traidor, vale decir, «pelito para la vieja: yo te avisé».

Tiempo de preparación: entre 3 meses hasta la muerte de ambas personas, esta variable depende del tamaño y generosidad de las porciones.

Preparación: Recurriendo a las antiguas enseñanzas del arte culinario como es el caso de Doña Petrona C. de Gandulfo, confíe en que este proceso puede fallar en una primera instancia, persevere y tendrá la receta perfecta.

Elija a una persona que tenga características apropiadas a usted. Asuma que en esta preparación su personalidad e historia personal es integrante de este plato.

Por ejemplo: si usted es necesitado/a de afecto, tiene resuelta su

independencia económica y sobre todo tiene una edad promedio y necesidad de hacer un proyecto, elija a otro que sea sordo y que el afecto lo tenga depositado en cualquier otra parte (padre, madre, otra pareja, sustancias, fanatismos o solamente en sí mismo, sería el caso de una persona de «ombligo», fácil de encontrar actualmente, como las naranjas con este mismo nombre).

Observe si usted intenta provocar un corte en la relación casi nueva, percibiendo que es necesario incitar a un sacudón, y huele cierto tufillo extraño (digamos manipulador) y vea la contestación del otro/a.

Si le responde con un escrito que diga algo así como lo que transcribo más abajo, está frente a la persona indicada:

«X:

te agradezco la sinceridad en tus palabras de esta noche. Me doy cuenta que no puedo sos(tener las cosas que digo) o que siento. Eso mismo que me dijiste, no lucho por lo que quiero. Me siento mal por las situaciones que provoqué entre nosotros, siendo que siento afecto por tu persona. Vos me trasladaste a momentos muy bellos y en los que me sentí vivo de nuevo, pero entiendo que todo el trabajo lo hiciste vos, en todo caso me dejé llevar y hasta donde pude, pero cuando tuve que buscar el estar bien juntos, pocas veces lo logré. Y esto tiene que ver con lo que me decís, que no me importa el otro. Así dicho parece terrible, porque me planteo acciones para que el otro esté bien, pero siempre desde mi óptica y juzgando creo, lo que en definitiva no hace bien al otro, aunque lo siento cerca, lo puedo tocar, mirar, pero me cierro, no puedo aflojarme y dejar que surja algo nuevo entre los dos. Me da miedo exponerme y entonces no acciono, o vuelvo a viejas maneras conocidas que complican todo más.

Lamento ser tan poco maduro en esto de relacionarme con la gente, porque te conocí en momentos muy tiernos y sensibles, muy potentes y vitales. Que si hubiera tenido mis cosas más claras podríamos haber construido algo juntos. Vos me propusiste muchas y yo me quede tibio, pensando, qué le pasa a éste si no sabe cómo soy. No pude dejarme modelar por ese cariño estimulante que me brindaste, como veo que le brindás a la gente que te rodea. Y por

eso creo que te extraño también. Yo, íntimamente entendí que era justo que no quisieras verme más, por mi propio estado y porque es claro que te relacionás con pares, como me dijo mi amiga XY, y yo ahora no estoy siendo un par, por más que me encantaría. Tengo que volver al camino pero todavía no lo consigo. Las cosas que te dije son porque las sentía pero vos decís bien: no alcanza si no las sostengo con hechos. Y en ese no hacer, llevo a los otros conmigo, o provocho situaciones horribles, tensas, desagradables.

Mientras no pueda cambiar estas cosas voy a tener que caminar solo, o con otros que estemos parecidos. Este momento de claridad que tengo sé que es a costa de tu dolor o malestar. Lo que hice ya está hecho, puedo arrepentirme de mucho pero no cambia lo que te jodí, sin sentido. No pude confiar en lo que sentía más verdadero en vos, y en lugar de estar atento a eso, me preocupaba por b(analidades) o no te pedía aclaraciones. Jugaba como bicho malo, total si me van cagar siempre, decía mi cabecita.

Garchar juntos estuvo muy bueno, pero para mí lo más conmovedor fueron otros momentos en que sentí el encuentro entre los dos, casi místico, casi universal. Pero me falta mucho camino, y en mi estar inmaduro, quería todo sin medir consecuencias.

Te pedí que te dejaras querer, pero yo justamente sé querer muy poco. Lo leo y vuelvo a horrorizarme de mí.

Ojalá pudiera hacerme de mis deseos. Hoy no me siento capaz. En mi ilusión quise mantener un contacto con vos, pero ahora reconozco que ya no sostuve lo que dije. Y que en esto hago mal, o mejor, te hago mal. Vos me abriste el corazón y yo no.

Desde mi parte más sensible te deseo lo mejor. Espero que a pesar esta desilusión conmigo te abras a otros que te van a querer bien. Me faltó decir que al volver a La Plata de ..., me encorseté de nuevo a mi viejo ser sin poder mantener el poco de libertad que había logrado en la playa con vos.

Y de nuevo vos luchaste por tu deseo y yo no.

abrazo sincero

XX»

Nótese el aura mística y la propensión a ubicarse como víctima

de un destino cruel que imposibilita la unión. La apariencia de sinceridad es inapelable. Salvo por otros datos que usted podrá contrastar, tales como las acciones consecuentes a dichas palabras.

Producida en usted la conmoción por la llegada de la misiva reincidente el encuentro, vale decir el encuentro nuevo, pensando que quizás usted lo/la ha forzado a situaciones innecesarias. Reincidente el vínculo a los pocos días de un llamado telefónico, tenga sexo y hablen de otras cosas.

El autor/a de la supuesta carta continuará, en este caso, con su pareja habitual (o su romance habitual con madre, padre, y/ consigo mismo/a) pero insistirá en la unión cósmica con usted. Le deseará dicha y usted escuchará a su propio deseo y no que lo están mandando a buscar amor a otro lado o a freír churros (que sería otra receta en este caso).

Este ejemplo de carta o e-mails, deberá ser por estos medios, rara vez se dará cara a cara.

Una semana después sería de esperar que algo de usted, digamos una de las partes de la receta, entienda que no puede continuar con alguien que ni lo elige ni lo termina de elegir. Entre en estado de ira y échelo, así su culpa por el maltrato será en realidad la mejor trampa para que el otro salga aliviado y usted quede lleno/a de remordimientos. Sobre todo porque de este modo el otro le hace creer que usted está eligiendo no elegirlo/a, a pesar de que él /ella le haga la vida imposible con mentiras, ocultamientos y cierto touch posmoderno de desdramatizar la situación: sobre todo esto que usted sea ridículamente trágico/a cuando sólo era cuestión de «pasarla bien» según su interlocutor/a.

En este punto tenga la precaución de recordar cómo el otro sujeto en cuestión ya ha hecho lo mismo o parecido con otras personas. Esto es de vital importancia para que pueda lograr esta receta. «Tira la piedra y esconde la mano» es una chance segura de haber hallado el ingrediente perfecto.

Sería deseable en este estado de cosas que la persona que usted eligió se auto-victimice por otras causas, imposibilidades intelectuales o morales. Pero como ya vio usted en la misiva el reconocimiento de «*Jugaba como bicho malo, total si me van cagar siempre,*

decía mi cabecita» y de dejarlo afuera del cerco con la frase «... voy a tener que caminar solo, o con otros que estemos parecidos», usted deberá conmovirse y demostrarle que por escribir así, no es tan así. Sobre todo preste atención a cómo el otro personaje toca las cuerdas de su amorosidad haciéndose el pobrecito/a y en usted revive un cierto espíritu de Teresa de Calcuta.

Junte de la manera más natural posible, seguramente en la jungla urbana encontrará sin dificultades estos condimentos, desprecios, mentiras, esperas gratuitas, manoseos, anhelos, desencuentros y sobre todo un egoísmo particular: que le deseen dicha y amor pero que se las rebusque solo.

Si a esta altura de las circunstancias no comenzó usted a repreguntarse acerca de qué cosa hizo mal, a consultar oráculos varios, prender velas, ir a analistas y /o psiquiatras y a encontrarse a sí mismo en estado de negrura casi permanente, es que no dio con la contraparte necesaria para hacer una buena receta de Mala sangre.

Repaso rápido de los dos componentes básicos de la receta:

-**El sujeto X** deberá poseer ciertas características tales como creencia en una relación dialógica, será racional en las preguntas (aunque tenga un nudo en el estómago), probablemente comunicativo con tendencia a tapar los silencios del otro, con tendencias a «yo todo lo puedo» y de gran seducción intelectual. Dirá que sí a cualquier precio: esto le permitirá sospechar de la supuesta racionalidad.

El sujeto X se deberá pensar fuerte a ultranza para soportar el soborno emocional justificándolo como parte de la relación. El sujeto X deberá ser del tipo «perro que ladra no muerde». -El sujeto XX será de apariencia «de corazón», se mostrará emocional. Utilizará permanente el verbo «sentir», evitará la discusión o la confrontación con los supuestos de no generar dolor al otro y en ese sentir, no sentirse obligado/a a nada. Su propensión al amor universal será una posibilidad. Podrá ser vegetariano y /o vegano, fanático religioso o político partidista a ultranza para subrayar su adhesión a la humanidad y actuará exactamente como lo contrario. Es probable que le regale una planta para que le haga compañía o cualquier otro adminículo de recuerdo, puede incluir un banderín de equipo de fútbol o un escudito con la bandera de los pueblos originarios.

También usará exabruptos después de largos silencios para marcar su presencia.

El cuerpo sólo lo pondrá para el sexo, lo demás es problema de los otros ya que sus fines estarán más allá de la vulgaridad mundana.

El sujeto XX deberá ser del tipo «lobo con piel de cordero».

En síntesis para una buena receta de Mala sangre y/o de como quedar sepultado: uno de los sujetos deberá tener ánimo de amar y el otro con ánimo de cualquier otra cosa, menos de eso.

Nota final: esta receta no es aplicable a que uno de los dos sujetos no sea de la especie humana, si piensa que lo puede llevar adelante con un perro, gato, canario o begonia no resultará.



El silencio

«...Lo que siguió entonces fue una exhaustiva comparación de detalles y un momento de pavoroso silencio cuando el detective y el científico llegaron a la conclusión de la práctica identidad de la frase común a aquellos dos rituales diabólicos pertenecientes a mundos tan diferentes y distantes entre sí...»

Howard Phillips Lovecraft

Cuando me desperté vi desde mi cama el balcón lleno de tierra, un cantero mejorado y otro malo. Había barro en el piso, unas bolsas de nylon, restos de raíces, una escoba y una macetita volcada. No entendía el caos que había en esa especie de terraza que me miraba perpleja.

Parecía decirme yo no hice este estropicio. Me levanté pesado. Me puse la bata negra y descalzo bajé con cautela hasta la cocina. El patio no estaba mejor, grandes lamparones de tierra seca entre las baldosas blancas, pero vi trasplantadas algunas de las especies que antes estaban en los canteros del balcón, en la tierra.

Puse lentamente la pava para hacer un té, un sabor amargo, como si hubiera comido alguna de las hojas de falso incienso, persistía en mi boca. Sentía en la lengua el blanco y verde de sus hojas perfumadas y desconsoladas de algún revuelo. Miré el paisaje de la casa y seguía sin comprender: sobre la mesa, dos copas. La cabeza la tenía revuelta como la tierra de los canteros y dos glicinas jóvenes estaban ahora en dos macetas de plástico esperando llegar a otra tierra, quizás menos inhóspita que la mía, para desarrollar su esplendor.

El saquito de té se hundió entre vapores de agua hirviendo y mi cerebro aún buscaba hechos. Lo vi hundirse y ponerse el agua oscura. El sol pegaba fuerte en las baldosas que no tenían barro y lanzaban gritos de luz que no entendía.

Me senté cansado. Otras bolsas de nylon, que también habían en el patio, crujían: hacían rugir el silencio.

Subí al balcón y vi el estropicio de ahí y de abajo, desde otra perspectiva ¿qué habría querido hacer? Los sorbos de té comentaron que sería mejor vestirme, el vientito fresco de un final de marzo luminoso

lo aprobó. El té peleaba con el sabor lóbrego de mi boca.

Me vestí sin mirarme al espejo, constaté que tenía plata en el bolsillo y salí lento hasta el vivero de la otra cuadra.

Caminé entre violetas africanas y petunias de muchos colores, entre albahacas y lavandas.

Miré extrañado ese mundo y desde una fuente surgía un agua limpia que me gritaba otro silencio.

Una señora con muchas arrugas y con ojos muy azules me miró directamente a los ojos y me sonrió. Una lavanda rozó mi antebrazo, me detuve y la metí en un canasto junto a dos petunias y un malvón rojo, muy rojo. Y uní a ese conjunto otras dos platitas de flor amarilla. El cartel estaba desvaído y no pude descifrar el nombre.

Otra anciana muy parecida a la primera se acercó a la arrugada de mirada azul, quizás hermanas, le cuchicheó algo al oído y me observaron juntas, al mirarlas desplegaron una sonrisa chiquita.

Fui hasta la caja y una mujer con una maceta de plástico me cedió el lugar, el cajero morrudo y morocho desplegó una sonrisa blanca como los reflejos de las baldosas de mi patio, pero limpias.

Ya era bastante pasado el mediodía cuando llegué al balcón de mi casa y empecé a plantar en el cantero magro, estas lozanas compañeras. El gato, ronroneando, se refregó entre mis piernas y observaba si en esas bolsas de nylon no había algo de comida para él.

El silencio continuaba. Alcancé a pensar que debía pensar. Pero ese silencio era como una niebla espesa que no me permitía más que verme como un autómata.

Hacía lo que veía que debía hacer, tanteaba lo que había que hacer. Juntar la tierra con la pala era una situación, de pronto, normal. Entre esas tinieblas oí las paladas de tierra, metidas en bolsas y más bolsas de nylon, que agudizaban el silencio. El balcón quedó ordenado.

Entendí que era presa de algo desconocido que se me había acercado durante la noche.

En medio de ese sol comprendí que sólo el arte había encontrado formas para contarnos acerca de criaturas míticas, dioses y monstruos.

No sé si aún puedo correlacionar los hechos porque algo de la espesura de ese silencio continúa rondándome en este momento. Quizás

sea la misericordia de alguna de estas criaturas que no me deja del todo.

¡Tantos hablaron de los ciclos cósmicos y de que la raza humana era apenas transitoria! Hay extrañas supervivencias de seres que harían helar la sangre si no tuviera algo de optimismo.

Bajé al patio y limpié las baldosas hasta dejarlas inmaculadas.

Junté las bolsas sin mirar qué tenían adentro y sin importarme su peso.

Pensé que algunas tenían arcilla y otras, carne.

Salí a comprar cigarrillos y cerrando la puerta, ya cerca del crepúsculo, escuché el teléfono.

Cuando volví consulté la contestadora: había dos mensajes, uno de mi amiga.

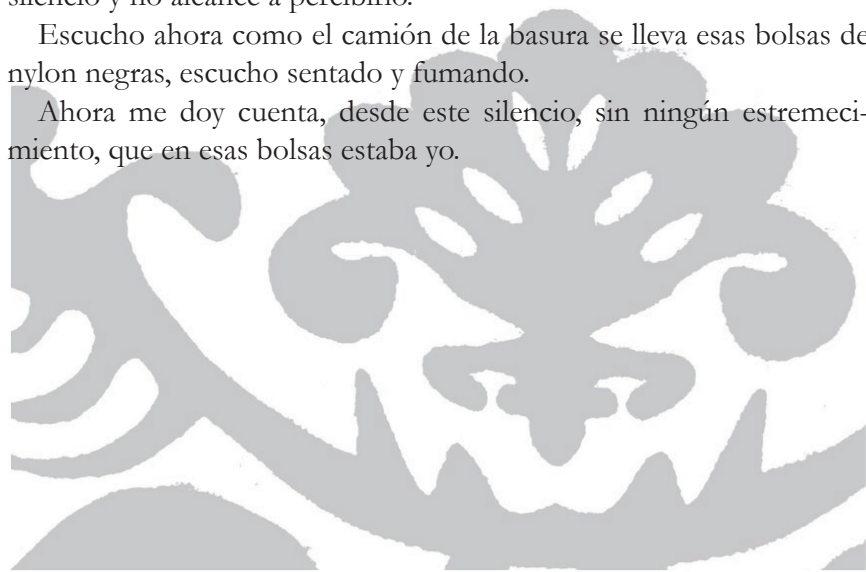
El otro, de muchas horas atrás, era de El silencio.

Esta pavorosa visión de la realidad fue la reconstrucción circunstancial a partir de varias cosas diferentes, en este caso los despojos de una noche en que algo me escarbó con agujas como garras de iguana, y por cada agujerito hizo entrar este silencio tétrico.

Sé que mi guardián fue vencido. Sé que en su último suspiro, tratando de protegerme, estuvo contenido en un breve espacio, antes de este silencio y no alcancé a percibirlo.

Escucho ahora como el camión de la basura se lleva esas bolsas de nylon negras, escucho sentado y fumando.

Ahora me doy cuenta, desde este silencio, sin ningún estremecimiento, que en esas bolsas estaba yo.



TARUMBAS

NOUVELLE

“Creo que tenés razón, hay que conformarse con los buenos momentos vividos y nada más.”

Manuel Puig, *Cae la noche tropical*

La violencia

“Pasala bien. Cuidate. Llamame cuando quieras, sobre todo relajate y disfrutá.”

-Imaginate, amiga mía, que cuando escuché todo esto tenía los nervios de punta. Si será caradura, no? Me manda a hacer todo el trabajo a mí. Decirme todo eso es lo mismo que decir arreglate solo, conmigo no cuentas. Una cararota.

-¿Y vos que le dijiste? Porque a esta altura de la cosa...

-Nada, me quedé callado como siempre y calculo que tenía la misma cara de idiota que pongo cuando no sé qué decir. O lo que es peor, hablo sin parar para tapar la vergüenza que me agarra.

-¿Pero entonces dijiste algo?

-Sí...las estupideces que digo cuando no sé que decir. Me pongo sesudo, no me acuerdo bien todo lo que le dije pero sí me acuerdo que repetí eso de que imaginemos que la mujer no existe.

-Si serás tarado.

-Sí, amiga mía, tantos años de psicoanálisis para nada. Cada vez que necesito algo hago como que está todo bien, que me las arreglo solo y tutti cuanti...

-¿Vamos al jolsito a seguir charlando?

-¿Debe estar más fresco, no? ¡Che qué lindas tenés las plantas! La cosa es que ya me conocés...repite todo el tiempo las cosas, andá a saber por qué. Cuento lo mismo una y otra vez como un disco rayado y encima la turra me lo hace notar.

-¿No la mandaste a la mierda?

-Tenía ganas pero no me animé. Bueno, la cuestión es que me dijo cuidate, relajate, pasalo lindo y yo no sabía qué decir.

-Sí, me comentaste ¿entonces?

-Resulta que fue ahí cuando me di cuenta que ella siempre me habla de que se siente cosificada, o algo así, viste que le da por el lenguaje filosófico y yo me hago el que entiendo, pero la verdad es

que no entiendo nada. Le sigo la corriente y fue ahí que le dije eso de que imaginemos que la mujer no existe.

-Dale, andá al grano.

-No me apures si me querés sacar bueno. ¿Me das agua? Se me secó el gañote de los nervios.

-Ahí te traigo.

-...

-¡Ah!, así creo que voy a poder arrancar. Como te decía ella, puso cara de buena y cómo te quiero pero me mandó a cuidarme, a relajarme y ¡ah! Me dijo que somos adultos y me dejara de joder.

-Pero, ¿vos qué le habías dicho?

-No me acuerdo, ah, sí, le pregunté para qué quería que estemos juntos.

-Eso no se pregunta.

-¿Por qué no? Cada vez que le comento algo me dice que soy un demandante, y ella que rompe los coquitos con cada idiotéz y yo me la banco. Fue ahí me parece que me acordé de esa frase de imaginar que la mujer no existe.

-Sos un tarado.

-Vaya novedad. La cuestión es que después que me taladró contándome que Brian tenía otra novia o fato, que le encantaba el negro que atendía la barra del bar, que se sentía fea, que se tenía que comprar una malla urgente.

-¿Qué tiene de malo?

-De malo nada, pero cuando se me ocurrió la prodigiosa idea de decirle que tenía cosas pendientes con su madre, puso cara de mármol. Cambió su voz y se quedó pensativa. Después me agradeció la preocupación por ella y se puso a escribir en un cuadernito, esos de espiral. Que entre paréntesis era mío, yo tenía unas anotaciones y ella se lo apropió. ¡Hasta el lápiz mío se apropió! No lo largó por nada. Fue ahí que me dijo que si quería, me podía leer lo que escribía.

-¿Y?

-Yo no sabía si quería escuchar lo que seguro me sonaría a turra-da. Porque es una turra, y dicho y hecho, escribió turradas.

-¿Qué escribió?

-Algo así como el relato de los días que llevábamos en Río. Ella afirmaba que no era un diario de viaje ni una bitácora, pero la verdad es que lo decía por decir. Fechaba y contaba las cosas como le parecían. Después dice que mi percepción de los hechos es medio rara. ¿Te dije que me dijo que para qué hablo tanto y encima repetido?

-Sí, seguí que me muero de intriga.

-Yo le dije pavadas totalmente opuestas a lo que me pasaba. ¿Te dije que cuando me pongo nervioso digo muchas palabras?

-Te conozco desde hace más de treinta años, querido...

-Yo calculo que tenía la presión por las nubes pero ella ni pío. Dice que me cuide, que fume menos, que no tome tanto y ella muy campante. Decirme eso y no me jodas es lo mismo. Está loca.

-Siempre decís lo mismo y sabés que no te podés desenganchar. No te martirices. Después terminás dándole todos los gustos.

-Porque soy un tarado. Pero es que me apena la madre que le tocó. ¿Será por eso que se me ocurrió decirle que imaginemos que la mujer no existe?

-Eso es como tirarle aceite hirviendo, justamente eso deberías haberle callado.

-¿Y por qué? Ella me acusa de que ando con la verdad en la mano, que le ando sacando el teléfono a quién me lo ofrece...

-¿Cómo, cómo? ¿Qué teléfono?

-Porque resulta que conocí en la playa a un bailarín clásico. Un carioca que no le entendía nada pero igual le sonreí con la misma cara de nabo que ya sabés. Se llamaba Miguel pero pronunciaba Migggggueul o algo así, están locos. Dicen amañá por mañana.

-¿Y qué pasó con el teléfono?

-Bueno, la cosa es que apareció un amigo de este Miguel que hablaba bastante bien castellano, medio feúcho, pero simpático, y me fue traduciendo que el tal bailarín quería verme esa noche. Fui hasta la sombrilla a buscar el cuadernito que se apropió ella y Miguel anotó con una letra ilegible el teléfono de la madre, por lo que entendí. Igual decía profesor o algo así. Una letra horrible. Y tuve que arrancar la hoja porque la señorita se adueñó de mi cuaderno. ¿Te comenté?

- Sí ¿Y ella qué dijo?

-Nada, se hacía la dormida pero después escribió en el cuadernito que yo le saqué el teléfono al carioca ese. Fabula todo el tiempo y piensa que su pensamiento es infalible. Después me grita.

-¿Por qué te grita?

-Por ejemplo, se fue a caminar...logré por un rato estar debajo de la sombrilla en una silla, le dicen cadeiras, ¿podés creer? Cómo le dirán a la cadera si la silla es cadeira, ¿no? Qué locura de idioma, no entendía nada. Me la pasé hablando en inglés, francés o italiano. Y ni te cuento cuando están medio borrachos, no se entiende nada.

-¿Y qué pasó cuando se fue a caminar?, nunca terminás...

-Ah, cierto, bueno yo me quedé medio adormilado y subió el mar y mojó todos los bolsos y la ropa. No me di cuenta a tiempo. Cuando volvió me dijo estúpido, que cómo no me di cuenta. Ni descansar en paz me deja. Me tengo que hacer cargo de que ella se fue a caminar y yo no tengo derecho a dormirme una siestita que ya me arma lío.

-¿Y vos qué le dijiste?

-Nada, me disculpé...traté de secar las cosas pero tenía un libro que se mojó bastante. Un libro de esta feminista yanqui, ¿cómo era? Ah sí, Judith Butler o Butler, y el libro, agarrate ésta, se llama justamente "Deshacer lo hecho"... ¡Ja!

-No entiendo la metáfora.

-Y si las cosas se mojaron, como por ejemplo el libro, lo podés secar, pero quedó todo doblado como un acordeón... ¿cómo deshacés eso?

-Debe referirse a otra cosa, ¿sos tarado?

-Sí. La cuestión que ni dormir en paz me deja. Y ni hablar el despelote del hostel que alquiló. En una semana nos mudaron tres veces de pieza. Hice la valija como seis veces en total. Y ella como nada, viste que cuando duerme es un tronco. Una mañana a los dos días de llegar golpearon la puerta, yo me había acostado como a las ocho de la mañana y para eso serían las doce, medio muerto voy a la puerta y...nadie. Así tres veces. Y ella ni se enteró.

-¿Y qué querían?

-Bueno, resulta que a la tercera vez abrí, estaba parado uno de los tarados que atendían el hostel ,para hacernos cambiar de pieza. Un porteño, te aclaro, porque vas a pensar que tengo cosa con los

cariocas y te aseguro que para nada. ¿Sabés que bailan una cosa que se llama forró? Pero lo pronuncian como fogggó... es un idioma de locos. Me contaron que en origen era en idioma inglés, for all, y estos le dicen forró. Este porteño era como esa danza, un forró.

-¿Pero qué quería?

-¿Me das otro vasito de agua fría?

...

-Así está mejor. Bueno ¿por dónde estaba?

-Con lo del porteño del hostel..

-Cierto. Esa fue la primera mudanza interna. Menos mal que nos pasaron a una pieza más linda. El problema es que tenía una sola cama de dos plazas.

-¿Cuál es el problema?

-¡Ni loco duermo con ella!. Así que, al menos tuvo ese gesto, pidió que pusieran otra camita. Igual el baño era a compartir. Otro calvario. Viste que yo soy un relojito después del desayuno, me siento y ya está... Pero resulta que ella se la pasó jorobando que no movía el intestino. Yo le dije que tanta caca vieja adentro no era buena, después tiene el cutis a la miseria. ¿Sabés que le dicen bañeiro al baño? Pero se escribe banherio, es de locos. Encima gritan que da calambre, tanto que parece que cuando te saludan te están insultando. A ella le venía fenómeno porque su beligerancia se disimula en ese griterío. ¿Qué iba a decirte? ¡Ah! Encima el cambio no nos favorece y cualquier porquería te cuesta un ojo de la cara.

-¿Y vos por qué te acostaste a las ocho de la mañana?

-¿Cómo sabés eso?

-Me lo acabás de decir, que cuando te golpearon la puerta para cambiar de pieza te habías acostado a las ocho.

-No me di cuenta que dije eso, bueno, ese es otro cuento. En un rato te digo. La cuestión es que como si esto fuera poco, me refiero a las mudanzas de pieza, casi nos quedamos en la calle. La señorita se hizo la superada y está con esa onda de fluir y listo. Y sí, casi fuimos... a la calle, porque el mamarracho del amigo dueño del hostel no terminó el otro hostel al que íbamos a ir. Estábamos en Botafogo, teníamos pensado ir al de Copacabana. No era feo el de Botafogo pero quedaba lejos de la playa. Allá le dicen praia, ¿podés creer? Y

la pronunciación que usan es como un francés mersa. Lo que sí te encantarían son las plantas. Crecen como yuyos, por ahí son yuyos y como no sé nada de botánica no me doy cuenta. Pero tenés que ver las flores. Crecen hasta en los árboles. Orquídeas en los árboles, una maravilla. Y tenés que ver qué miseria, pobre gente. Te piden plata, puchos o te quieren vender todo. Yo pienso que si los dejás te venden el alma. Parecen gitanos. Y la que te dije estaba empacada con estar con un negro. Y lo logró. Primero con el del bar de hostel, la verdad que era precioso. Una carita divina.

Medio petiso pero con cuerpo de surfista. Viste los surfistas, todo fibra, nada de grasa. Parecía un huevito de pascua. Daba ganas de comérselo, diría Susana. Pero pobrecito, tenía una expresión medio tristona. Incluso cuando sonreía, se le notaba que tenía como una basurita en el ánimo. Pues ésta ni reparó en las timideces del pobre. Se le tiró encima y tras cartón le preguntó si era gay o evangelista. Por lo visto ni lo uno ni lo otro, pero le encontró igual el defectito: lo hacía mal y la tenía chica. ¿Podés creer?

-¿Te contó eso?

-Sí, ya sé, soy un cornudo, pero me daba no sé qué que se quedara con el entripado, o con el nudo en la garganta. Igual se le hizo, se agarró anginas. De todas maneras antes de las anginas se agarró a otro negrito, feo, pero qué feo. Me daba no sé qué de lo feito que era. Este parece que la complació un poquito más de donde ya sa-bés, hasta que le pegó un bife. O dos o tres, no me acuerdo.

-¿Le pegó?

-Así como lo escuchás, parece que mira muchas películas porno y la quiso poner en acción. La pobre se asustó, pero igual se quedó a dormir. Al día siguiente me lo tuve que aguantar en la playa ya conociendo el episodio. Igual eso es lo de menos. Por ahí me mintió porque marca no tenía. Viste que hay un dicho que dice que los hombres se hacen a golpes y las mujeres a palos.

-¡Callate animal! Eso no lo digas ni en chiste.

-Tenés razón, pero me dio cosa que anduviera con esa cara de mate lavado y después me decía cosas como eso de que hablo mucho y que repito las cosas. ¿Te dije qué me dijo eso?

-Sí, más de una vez.

-Me dejó tildado con eso, porque pareciera que si no lleva la voz cantante no es feliz, ella sí puede hablar hasta por los codos de muchas cosas, cosas que nunca me animo a decirle que son una porquería. En seguida salta como una fiera o se hace la intelectual, pobre. Pero me hizo pasar las de Caín. Tiene el diablo en el cuerpo.

-Hasta ahora no entiendo qué te hizo.

-Si hasta ahora no te alcanza sigo, la Nochebuena me dejó plantado, no quiso venir a la casa de mis amigos en Catete, cuando le pregunté, porque el pobre de Francisco me estaba teniendo la vela en el teléfono para saber qué comprar y para cuántos, se dio media vuelta y me dijo no sé...falta mucho. ¿Mucho? Pensé que me estaba tomando el pelo que no tengo, era al día siguiente. Eso no es un tema de fluir, es más fascista que Mussolini. Por decreto Navidad, Fin de Año y hasta su cumpleaños son una porquería. Y hay que cumplir eso: pasarla mal. Y te aseguro que te malogra.

-¿No será un tema generacional? Es muy joven y quizás...

-A otro perro con ese hueso. Eso es de la época de nuestros abuelitos. Imaginate que no tiene ningún problemita generacional si se trata de hablar de sus aventuras y otras cositas que ahora no vienen al caso.

-¿Cómo que no vienen al caso?

-Bueno, puede ser. El otro temita es que ante lo evidente no hace caso.

-No entiendo.

-Resulta que el 24 de diciembre se fue y me quedé sólo en la pieza. Se me piantó un lagrimón y justo volvió a entrar y me vio. ¿Sabés lo que me dijo? Tein saudade, o como cuerno se diga. Te dejo tranquilo. Y se fue. Al rato volvió y fuimos a comer y yo estaba como una canilla.

-¿Cómo como una canilla?

-Pero si serás... no paraba de llorar. Es que no lloro nunca pero cuando se abre el chorro no paro. Insistía en querer ayudarme, pobre.

-¿Pero qué tiene de embromado eso? Te quiso escuchar.

-¡Mirá que bien! Comimos alguna cosita y yo ya me tenía que ir a los mis amigos para ayudar o lo que sea. Me preguntó si esos

teléfonos eran los de Francisco y tuve la esperanza de que al menos a las doce me llamara. Nada. Fue ahí cuando me dijo de despedida: “pasala bien. Cuidate. Llamame cuando quieras, sobre todo relajate y disfrutá”. ¿Me querés decir adónde la iba a llamar si no sabía adónde iba a parar? Y al día siguiente cuando volví me dijo que pensó en mí, que me extrañó y todas esas cosas que no se las puedo negar pero que me hacen acordar a muchos y muchas, que sabemos, amiga mía, que dicen pensarte pero uno ni se entera. ¿A quién le sirve eso? Parece una superchería o una masturbación mental porque uno no recibe ni la más mínima señal de eso. Lo más lindo que su madre le mandó un mail, y le escribió una serie de cosas y ella, ¡justamente ella!, que se caga en la Navidad me dijo que ni siquiera le dijo Feliz Navidad.

-¿Y cuándo le dijiste eso de imaginar que la mujer no existe?

-Justamente el día de Navidad. Fuimos a Ipanema y charlamos un rato. Pero la verdad, exactamente no le dije esa frase, la pensé y le dije cosas en torno a la reciprocidad y eso de cosificar al otro. Y algo sobre el narcisismo.

-Sos un falluto, me dijiste que le dijiste esa frase.

-¿Te dije que la enuncié? No me acuerdo haber dicho que la dije. Bueno, no se la dije textual pero se lo di a entender.

-Eso es otra cosa.

-Tomalo como quieras. La cuestión que ella me contaba que el negrito feo la cosificaba porque era sólo un agujero para él, dos días antes me había dicho que la hacía sentir hermosa, un poquito cambiante la muchacha. Finalmente yo le dije que yo me sentía cosificado. Y ahí se puso como loca. Teléfono ¿vas a atender?

-Esperame un momentito.

-No te preocupes.

-...

-Equivocado.

-¿Era la voz de una mujer o de un varón?

-Parecía la voz de un viejo pero con maneras de vieja. ¿Qué importancia tiene?

-Ninguna, siempre me intriga en qué estará pensando el que llama equivocado.

-A veces no es cuestión del que llama sino de la telefónica.

-No estoy tan seguro de echarle siempre la culpa a los aparatos.

-No le echo la culpa a los aparatos, sino a las empresas.

-Vos me entendiste.

-Evidentemente no. Seguí contándome lo de la Navidad en Ipanema.

-Y ahí se armó el caldo, podríamos decir. No nos entendimos para nada. Pero no me dio ese dolor que ya sabés que me agarra. Encima me salió con que lo mío era estético, porque le dije que había ciertas cosas que no me gustaban mucho. Me hice el que podía seguir el hilo de ese disparate y le pregunté si alguna estética acaso no implicaba una ética. La verdad que fue en balde decir eso porque me enrosqué en un sinfín de palabras en vez de decirle que sí, que no me gusta como se comporta y tengo derecho a estar cabreado por sus reacciones. Pues no dije nada de eso, dije pavada tras pavada porque me da miedo de que me deje. Igual me deja. ¿Te acordás de mi última visita a la cardióloga? Insistió durante meses que quería acompañarme y llegado el día...páfate, tenía dramaturgia y no sé qué cosas que hacer en Buenos Aires, evidentemente más importantes. Te aclaro que yo no le pedí nada, era ella la que hinchaba con venir. Ah y me salió con que al fin de cuentas yo había pasado lo más bien la Nochebuena con mis amigos y ella no lo pasó tan bien pero al final sí y que nos comportemos como adultos. Está loca.

-Dejate de embromar con patologizar las conductas del otro.

-Tenés razón, Emilsen, es una turra y chau.

-No digas así.

-¡Pero si fue ella la que me convenció de ir a Río de Janeiro y pasar Navidad juntos!

No me agarra más, te aseguro que esta es la última. Yo la amo con todo mi corazón pero esta mujer me enloquece la existencia. Tiene que ver a un psicólogo o a algún especialista, yo ya no puedo meterme más es su vida. ¡Si vieras la cara de tuje que tenía en el aeropuerto cuando nos íbamos! Primero me anunció que se iba a poner mal y tá...así fue. Seguía con las anginas y para apaciguar me dijo que le había venido la menstruación. ¿Todo es por los ovarios?

-Hay veces que sí, no lo podés obviar. Pero acá hay muchas cosas

además de un temita ovárico.

-Por eso Emilsen... imaginemos que la mujer no existe.

-¿Por qué no imaginamos mejor que el varón no existe?

-Me mataste.

-Justamente. ¿Por qué hay que matarnos a nosotras o negarnos? O imaginarnos inexistentes.

-Teléfono, seguro que es el viejo con modos de vieja.

-Te salvó el gong.

-¡Sí, si ya te paso! Justamente me estaba contando del viaje que hicieron a Río... bueno, gracias otro para vos. Es tu hija.

-¡Hola hijita! ¡Qué sorpresa! Justamente le estaba contando a Emilsen lo bien que la pasamos en Brasil. No, no le estoy contando porquerías, ¿por qué pensás eso? ¡Así que yo soy negativo! ¿Por qué no te vas a lavar el trasero? Ay querida, querida... sí, no, sí... bueno, no inmediatamente. ¿Qué querés comer? Si ya sé que estás a dieta y que tenés veintisiete años. Te digo porque tengo que ir de pasada a comprar y... ¿a qué hora? Bueno, bueno. Que no, te digo, no hay problema. Beso. Chau.

-Era la nena.

-¿Ahora es “la nena” y hasta hace un rato era una turra?

-Yo no dije turra. ¿Me prestás quinientos pesos para darle a la nena?

El asco

-Emilsen: ¿duermo con la boca abierta?

-No, con un ojo medio abierto. Me da cosa.

-¿Te da asco?

-No dije asco, dije cosa...

-Ah, pero te pregunto ¿te da asco?

-No. ¿No se te seca el ojo?

-Ni me doy cuenta, vos si dormís con la boca medio abierta.

-¡Qué horror! Lo único que me faltaba, a ver si encima me babeo... -Te babeás. ¿Te acordás cuando nos corrió un escuerzo en el cementerio?

-¿Cuándo?

- Cuando fuimos al entierro del padre de Estela.

-¡Ay, sí qué papelón!

-Gritabas como una loca y todo el cortejo nos miraba.

-Ni me hagas acordar, encima a Estela le dio un ataque de risa, pensé que había enloquecido. ¿A qué viene lo del escuerzo?

-¿El escuerzo te da cosa o asco?

-Miedo.

-¿Y por qué me decís que fumo como un escuerzo?

-Me estás mareando con tus asociaciones. Será que me da miedo que te mueras.

Por eso te digo...bueno, no te digo que no fumes nada, sino un poco menos.

-¿Querés que me muera sano?

-No seas tonto.

-...

-Cuando conocí a Marco en Río me metió un dedo en el ojo, ¿podés creer Emilsen?

-¿Por qué? Habrá sido un accidente.

-Ningún accidente, era para saber si mis ojos eran naturales o tenía lentes de contacto.

-Qué animal.

-¿Te acordás Emilsen cuando te casaste y le metiste el ramo de rosas en el ojo a tu viejo?

-Sí, pobre, igual nos peleamos en el altar por eso, me dijo que era una bruta.

-Sos medio bruta.

-Fue sin querer.

-“El camino del infierno está empedrado de buenas intenciones”...

-¡Por qué no te vas a freír churros!

-¿Te acordás que adelante de Estela no podíamos ni nombrar la palabra ojo porque le daba asco?

-Sí, pobre.

-¿Qué cosas te dan asco, Emilsen?

-Muchas... ¿cómo se llama esa película de Passolini que los hacían comer caca a los prisioneros?

-Saló.

-Esa película me dio mucho asco.¿ Y a vos?

-¿Asco material o asco moral?

-A mí esa película me produjo los dos.

-A mí me da mucho asco cuando alguien prepara los mocos, los pasa por la garganta y hacen ese ruido grrrr, para adentro, y luego ¡ pah!, los escupen.

-Qué asco, Manolo, un gargajo...

-¿Te dije o no te dije?

-¿Y el tema del ojo?

-¡Me dio asco cuando conocí a un tipo que se clavó un cutter en el ojo! Le supuraba el ojito...

-¿Cuándo le supuraba?

-Siempre. Perdió el ojito, pero igual le salía un líquido amarillito todo el tiempo.

-Sos un asqueroso Manolo. Dios te va a castigar.

-Ya me castigó, duermo con un ojo medio abierto.

-Eso no es un castigo.

-Sí, porque te da asco.

-Dije que me da cosa, no asco. ¿Podemos hablar de otra cosa?

-...

-Anoche soñé con un tenedor, debe tener algún significado sexual...

-¿Quién te dijo ese disparate Emilsen?

-Es el texto de una obra de teatro.

-Un disparate. Yo anoche soñé de veras un disparate... soñé que estaba en una playa de noche, como decirte Las Toninas, y había un muelle de madera... yo tenía una botella de vino y tomaba del pico...

-¡Qué raro!

-Si te vas a burlar de mí no te cuento más nada.

-Ay, Manolo, qué sensible que estás, seguí querés...

-Y me iba hasta los médanos, había de esos matorrales ¿cómo se llaman esos yuyos?

-Tamariscos.

-Bueno de esos, y tomaba vino y me besaba con alguien, en el médano ¿te dije?

-¿Y quién era?

-Ni idea. Pero me acuerdo que tenía una linda boca y rugíamos como el mar.

-Qué romántico.

-¡No seas boba!

-Dale, seguí... tontín.

-Bueno y lloviznaba pero no hacía frío pero él...

-¿Cómo él?

-¿Yo dije eso?

-Sí.

-No sé quién era. Me sonaba personaje conocido pero no era conocido.

-Pero dijiste él.

-No estoy seguro. ¡Me estás mareando Emilsen!

-Bueno contame más. -No me acuerdo más...

-¿Y había luna?

-Te dije que llovía.

-Pero podría ser una nube pasajera.

-No Emilsen, y además veía nubarrones y un viento de tormenta y relámpagos...

-¿Y si los partía un rayo como castigo por besarse en la vía pública? Hay un gran ojo que nos mira...

-Emilsen: mandale un memorando a mi inconsciente o a ese algo que me hace soñar pavadas, además no era la vía pública, era la playa.

-Es una manera de decir.

-Pero no era la vía pública, ahí sí me daría asco besarme...

-Epa, dijiste pública.

-Pública ¡sorda!

-¿Y cómo era él?

-...

Mi amiga Mariquita

Chusma.

Siempre pensé que es una buena palabra.

“Es muy feo chusmear pero de algo hay que hablar” me dijo mi papá una vez.

Y se rió fuerte.

Me encanta estar con Mariquita para chusmear de lo lindo.

Es una amiga ideal para estas cuestiones: siempre me pedía detalles. ¿Y qué cara puso? ¿Y vos qué le dijiste? ¿Y él qué te dijo? ¿Y vos qué le contestaste?

Contame bien, con detalles, si no, no tiene gracia.

Las dos somos muy chusmas.

Pero el problema es que en realidad hablábamos de nosotras sacándole el cuero a alguno de nuestro entorno, no muy próximo por otra parte, no sea cosa. Cuando le conté sobre mi encuentro con Rodolfo y la consecuente encamada en la misma cita, me miró sin preguntar mucho. Qué raro pensé. Y de pronto, con ojos redondos redondos, me dijo puta.

Yo en cambio, continuó, soy como Carola: digna.

Dignas de lástima estaba por decirle pero me callé.

Y ella me recitó con la espalda muy derecha: puta la madre, puta la hija, puta la manta que las cobija.

En ese momento un auto le hizo señales de luces a ella.

Salió a los saltitos con esos zapatos tan bonitos pero de unos números menos que su talle, lo disimulaba caminando así, metió medio cuerpo por la ventanilla y de pronto era la mitad más uno de Mariquita.

Subió, me hizo chaucito con los dedos y me quedé ahí parada bajo esa luz de mercurio cachuza y mugrienta.

Los martes... ¡minga que orquídeas!

La luz de mercurio seguía instalada sobre mi cabeza, pero no había caso, era martes y no andaba a esa hora mucha gente por la calle.

Pensé que quizás la calentura de los machos estaba raleada por el influjo del planeta Marte. Por ahí andaban cagándose a palos los martes y no les daba por buscar una chica tan preciosa como yo.

Ya estaba pensando en irme cuando una chata medio destartalada dio vuelta en la esquina y me paró justito frente a mí.

Sonreí más preciosa todavía y me acerqué: adentro había un tipo que no hacía juego con la chata, era espléndido.

Subí y arrancó enseguida sin preguntarme por la tarifa.

Le metí la mano en la bragueta y estaba como debe estar un hombre.

Dio un par de vueltas sin hablar pero se iba tocando el paquete, a las tres cuadras sentí que el licor de café me estaba dando ganas de vomitar. Estaba mareada.

Él paró la chata unos metros más allá de otra luz de mercurio más cachuza todavía y sacó el pito de su encierro.

Agarró fuerte mi cabeza y me descujeringó la peluca: la sentí muy cerca de las cejas.

Metió con fuerza su miembro en mi boca y lo vomité todo.

Me bajó a las patadas, perdí la peluca, me cagó a palos y se fue.

Pobre, tenía razón, lo ensucié todo. ¿Cómo le iba a contar esto a Mariquita? Mañana será otro día, pensé, mientras con el pañuelito me limpié las comisuras. Me repinté los labios pero seguía mareada y la línea se volvió esquiva, estaba demasiado arriba más de un lado que del otro.

Decidí no insistir y medio renga por las patadas que me dio, volví a la pensión.

La locura

-¿Adónde se habrá metido la nena? Ella nunca me llamó ni creo que me llame, espera que yo la busque, ¿cómo voy a hacer? -...

-¿Te acordás de Mabel, Manolo?

-Sí, ¿a qué viene eso?

-Me acordaba de esa novia última que tuviste y la relacioné con Mabel, no sé por qué.

-Sos rara Emilsen, contame...

-Más bien contame vos, nunca entendí qué pasó que pasaste de un amor farragoso a la nada con esa chica.

-Es loca. Te podría explicar algunos detalles pero es loca como Mabel.

-¿Cómo se llamaba?

-Soledad, ¿cómo podría llamarse? Es el segundo nombre porque por el primero no se reconoce ni ella. Pero no le dicen Sole ni Sol, Soledad entero y a secas. Es lo que dice buscar o necesitar, pero eso que no tiene nada de malo en cualquier persona, en ella es porque está loca. ¿Te dije que está loca como Mabel, Emilsen?

-Manolo, dejate de embromar con eso de loca. Hay cosas más complejas, no sirve estar reduciendo a que las mujeres somos chifladas.

-Pero Soledad era gorda.

-¡Pero qué decís Manolo si parecía un escarbadiantes!

-¿No le viste la carita de gorda?, el cuerpito adelgazado andá a saber con qué o cómo, estaba envidiosa del hermano, un muchacho delgado pero no por meterse los dedos en el garguero. Está loca.

-¿Era bulímica Soledad? Pobre, debía estar un poco loca pero ¿te contó?

-No.

-Entonces, qué sabés Manolo, no fabules.

-...

-Está bien Emilsen, te voy a contar qué pasó con Soledad que está loca como Mabel. Para no repetirte que las dos son tal para cual, le

diré a la muchacha en cuestión MS , ¿te dije que loca en brasilero se dice maluca?

-Sí Manolo, me dijiste.

-Bueno digámosle a la fulana MSM : Mabel Soledad Maluca.

-Está bien, dejate de vueltas y empezá que se me va a terminar haciendo tarde.

-Resulta que la MSM me conocía de nombre y lo que es peor, conocía a la nena. La cosa es que empezó a venir a casa y haciéndose la interesada por mis trabajos se quedaba a cenar dos por tres, y charlábamos mucho pero siempre me indagaba cosas, eso sí. Me llamaba la atención que bostezaba mucho, como si tuviera algo atragantado. Me daba pena. Me contaba que las cosas con su novio ya no marchaban, que se iba a mudar sola, pobre, y era bastante graciosa. Hasta las palabrotas las decía con gracia. Ya no venía cuando estaba la nena, venía porque venía y ya no disimulaba su interés en estar conmigo. Te voy a reconocer que a mí me gustaba su compañía, ya que la nena estaba poco y menos para la cena, porque está a dieta ¿te dije?

-Sí.

-Y un día le hice un karaoke.

-¿Qué? ¿A quién?

-Como lo escuchás, le canté una canción a MSM...

-¿Cuál?

-Imaginate, Emilsen...

-¡Dejate de embromar!

-Balada para un loco, Emilsen, Balada para un loco...

-¡Si serás loco Manolo! ¿Cómo le vas a cantar eso si pensabas que no andaba bien?

-Y algo peor, querida amiga...Le compré Elogio de la locura.

-¡Sos de lo peor!

-¿Te parece mal? ¡Lo que pasa que MSM es de libro!

-...

-¡Teléfono, a ver si es la nena!

-No corras así, Manolo, te podés caer.

-Sí, no...bueno... no inmediatamente, ¿Qué dice? Mire señorita si usted está loca no es mi problema. ¡Cortó!

-Quién era.

-Una del banco que quería que ahora le diera no sé que datos. Emilsen ¿vos pensás que deberíamos grabar lo que hablamos?

-¿Para qué?

-Por nuestra seguridad. La mujer del banco dijo que por seguridad la conversación telefónica iba a ser grabada y en este momento, de golpe, me siento inseguro... ¿Y si nos grabamos por nuestra seguridad?

-¡Estás chiflado Manolo! Este sistema es una locura, cómo te vas a sentir inseguro si no sos controlado, me hacés enojar.

-Ves, ves... si te grabara estarías menos violenta, te cuidarías y no me dirías cositas feas...

-¿A dónde vas ahora?

-A buscar la cámara de fotos y sacarte una foto para que veas la cara de loca que tenés.

-Si me llegás a sacar una foto ahora te rompo la cámara.

-Ah querida, ¿ves que surte efecto? No querés verte como una energúmena.

-Me voy Manolo, esto es demasiado. ¡Y ni se te ocurra sacarme una foto de espaldas! Hasta mañana, si dios quiere...

-Pero... ¿no querés que te termine de contar lo de MSM?

-Hoy no.

-Pero que carácter podrido que tenés Emilsen, ¿te dije o no te dije que tenés un carácter muy feo?

Un purecito

Cuando la vi a Mariquita entre nubes pensé que estaba muerta, tenía el repasador en la mano con hielo adentro, me lo intentaba poner en el ojo.

Ella estaba sin maquillaje y yo no tenía noción de la hora, cuando quise hablar me dolió la pera, sólo pude decir ay. Callate boluda que estás hecha un desastre otra vez. No sabía cómo decirle que encima no tenía un peso. Lo sospechó. Dulcificó su expresión y me dijo que ella logró sacarle veinte pesos al fulano y que por ese día tirábamos.

Suspiré con alivio, me dolieron un poco las costillas pero me dormí de nuevo. Las ganas de mear me despertaron, corrí al baño con el papel higiénico en la mano, la bata de flores rosas sobre fondo verde nilo flameó de un solo lado.

Sentada en el inodoro se me iba armando el paisaje de la noche anterior, ¿o de la otra?

Me levanté y en el espejo no estaba muy preciosa.

Me acerqué mucho mucho al vidrio buscando no sé qué.

Había poca cosa en su lugar. Tenía la cara torcida como un cuadro de Picasso.

La hinchazón del ojo parecía un guiño pulposo.

La pera estaba haciendo contrapeso del otro lado pero tenía un color raro, tornasoles de verde, rojo y amarillo.

Cuando volví a la pieza Mariquita estaba pisando un puré de papas, batatas y zapallo.

Sentate ahí y quedate quieta, después de comer te lavo el pelo que es un asco.

El purecito estaba muy rico. Comimos calladas.

Mariquita prendió un cigarillo, yo le pedí una pitada pero el humo se me escapaba.

Tarada, perdiste un diente.

Metí la lengua en el agujerito y sí, era cierto.

El lavado de cabeza

Ay bruta, pará que me duele. Mariquita con la cara fruncida me refregaba la cabeza como mi mamá cuando era chica.

¿Me querés dejar pelada?

Ella siguió refregando pero poco a poco se fue tranquilizando.

Me empezó a enjuagar con suavidad. Volcaba la jarrita de plástico en una oleada tibia de agua con mucho olor a cloro.

¿Preferís que hable o que te tire del pelo?

Dale hablame, a mí me cuesta con la jeta así.

Y empezó con un rosario de puteadas y de cómo es posible que no hayas aprendido nada de los tipos y que tenés que fijarte antes, que lleves la tijera en la cartera, que es la última vez que junto estos pedazos, que hasta la semana que viene no vas a poder laburar...

Abrió el ojo sano y vi su boca como el ojo de un cíclope y sus ojos como boquitas borroneadas por unas lágrimas incontenibles de rabia.

Me incorporé, me puse la toalla como turbante y la abracé.

Sufría por mí, por ella y por todas.

Le susurré que no se ponga así que le iba a subir la presión.

Calmó los borbotones.

El resto de la tarde-noche hablamos de hacernos unas soleritas con la espalda descubierta. ¿Con qué tela las vamos a hacer?

Quise compensarla y mi ofrenda fue una sábana de raso que me había comprado cuando vivía sola, de ahí salían perfectamente las dos soleritas.

Se volvió a emocionar cuando la saqué del cajón y se la di, haciendo pucheros dijo que mejor cortara yo porque tenía miedo de meter la pata.

Subió la radio y bailó con la sábana, el pelotudo de la pieza de al lado, Roberto, largó una puteada y golpeó tan fuerte la pared que la lámpara tembló.

Nos reímos más fuerte, estiré la tela en el piso y empecé a cortar. Hilvanamos las dos. Y quedamos divinas en la prueba.

Mañana se la llevo a Beba para que le pase las costuras a máquina, sos tan talentosa con la ropa, con un solo ojo hiciste esta belleza.

Tenía razón: estaban preciosas y nos quedaban como un guante. Y sin moldes.

Recordé mis días de estudiante universitaria.

Al pedo.

Cerca de la medianoche Mariquita ya estaba lista, salió, me dio un beso en la frente y me dijo hasta mañana, acostate pero antes ponete hielo de nuevo.

Decidí que a la mañana siguiente iba a vender todos mis libros de filosofía.

La desesperación

-¡Hola! ¿Emilsen?

-Hola Manolo ¿cómo estás?

-Desesperado.

-¿Qué pasó?

-¿Podés venir a casa? Me siento muy mal.

-Mmmm... dame un rato que todavía estoy en camión. ¿No querés venir vos, mientras preparo unos mates?

-No tengo fuerzas ni para mover un pie.

-Ya salgo, quedate tranquilo y tomá agua que te va a subir la presión.

-¡No quiero tomar agua! ¿A quién se le ocurrió pensar que el agua tranquiliza?

Tomaría cicuta o veneno para ratas.

-Dejá de decir boludeces. Dios te va a castigar. Ya voy.

-...

-¡Ay Manolo este mate es un veneno!

-¿Es una ironía? Si no te gusta arreglalo pero ponele azúcar que para amarga está la vida.

-¡Qué día que tenemos! Vamos al patio que acá me cocino. Contame qué pasó.

-Ayer la nena me dijo que se iba. Que dejaba la facultad y que por un tiempo no tratará ni de buscarla ni nada. Que eventualmente ella se comunicaría conmigo. Llamé a la madre y me dijo que qué tiene de malo. ¿Podés creer?

- Sabés que esa nunca me cayó muy bien, pero que la chica busque su rumbo no está mal, en eso tiene razón.

-¡Mirá qué bien! Ahora resulta que estos cortes drásticos te parecen razonables.

-¿Pero qué fue lo que te planteó?

-No sé Emilsen, estoy desesperado, ¿viste que ayer te pedí que me prestaras plata? Resulta que le preparé una ensalada, comimos tranquilos, y se la di. Le pregunté como al pasar para qué necesitaba

esa plata y me dijo qué te importa. Me quedé callado pero de pronto me asaltó una furia loca y le chanté cuatro frescas.

-¿Qué le dijiste?

-Que era una perra como la madre, una egoísta incapaz de pensar un poco en los demás y que si era tan independiente como dice por que no se arregla sola y me deja de hinchar.

-¿Y qué te dijo?

-Muy tranquila, al menos en apariencia, dijo que efectivamente iba a hacer eso. Juntó sus libros de filosofía, un poco de ropa y se fue sin decirme adónde. Me dejó su celular, ese que le compré el año pasado, y me dijo que me lo meta en el culo. Tenía la cara de mármol como siempre que le pasa algo grave. Creo que ese Cristian con el que está saliendo le llenó la cabeza. ¡No sé a quién salió tan floja de calzones! Encima ese parece un tumbero, está tatuado hasta los tobillos con unos dibujos de calaveras espantosos y tiene esos pircin en la lengua que no puede ni hablar.

-Pero es un chico bastante callado y tranquilo.

-¡Por eso debe ser callado, por esos ganchos en la lengua!

-Parecés un viejo ridículo.

-¡Justamente eso me dijo ella! Que era un viejo con modos de vieja...como el del teléfono equivocado de ayer.

-Pero Manolo, ya se le va a pasar. Nosotros también hicimos nuestra vida cuando nos tocó.

-Es cierto, pero esta no es la forma.

-¿Y cuál es la forma?

- No sé, pero esta seguro que no. Encima cuando salió estaba tan mal arreglada, parecía una bruja. Se puso ese vestido que compró en una feria americana y con una mancha de café con leche, o andá saber de qué.

-¡Sos una vieja Manolo!

-¡Ajá! ¿Y vos que sos entonces? ¿No ves que sufro por ella? ¿Me tomás la presión?

-...

-¿Cuánto tengo? Debo tener la presión por las nubes. A mí los disgustos me matan. Me dijo la cardióloga que lo mío es presión emocional. Mi papá era igual. Se tragaba todo hasta que reventó.

-Doce, siete...estás muy bien.

-Eso debe ser porque el aparato anda como la mona. Igual como me tomé la pastilla debo estar equilibrado por eso. Te digo la verdad: los hijos son la muerte.

-¡Dejá de decir pavadas! Estás apenado y te entiendo, andás con el síndrome del nido vacío.

-Al contrario...tengo el nido con los huevos de un avestruz. ¿Te dije que esta chica es una turra? Se permite cualquier cosa. ¿Me querés decir cuánto le va durar este berretín? ¿Cuánto tenía de presión? Para mí que ese aparato anda como la mona. ¿Te dije? Cuando baje el sol voy a ir a la farmacia para que me tomen la presión. Están ricos estos bizcochitos de grasa. Esos granitos de sal de la cobertura me encantan.

-Dejá de comer eso, que por esto sí vas a reventar. ¿Estás saliendo a caminar?

Mirá que eso es muy importante. Ya te dijo el médico.

-Lo que me haría mejor es no tener estos disgustos. Para mí que ese Cristian la tiene embobada. Y encima no acepta que ella está enamorada y él no. ¡Pero adónde, adónde va ir a parar! La nena tiene el calzón flojo, ¿te comenté? Porque está obsesionada con este pajarraco pero no se priva de nada: anda con otros dos más, no los de Río, al margen, a esos los despachó.

-Es joven, Manolo.

-No tanto, Emilsen, nosotros a su edad ya teníamos un título y trabajábamos. Es la piel de Judas esta chica, pero se malogró en la adolescencia. De chiquita era más buena, con una mirada nomás, una, ya sabía que lo que estaba haciendo no se hace. Igual agradezco que no se drogue, aunque pensándolo bien, sí se droga. Fuma marihuana. Desde que está con ese Cristian ¿o fue con Tino?, bueno, no importa, el tema es que es muy influenciable. Para mal.

-No digas eso, es tu hija.

-Es que estoy desesperado, ¿te dije o no te dije? No quiere ir al psicólogo. Y yo le dije que yo más no puedo. ¿Sabés lo que me respondió la nena? que se quería constelar. Yo como andaba con los cables pelados le dije que para qué, si el centro de la constelación era ella...el resto no existimos nada más que como satélites menores. Y

me dice que repito las cosas mil veces y no me doy cuenta que ya se lo dije. ¿Estaré gagá?

-Siempre repetiste las cosas muchas veces, pareciera que es una necesidad de volver a pensarlo en voz alta. Igual repetís pero siempre le das una vuelta más de rosca. A mí me entretiene mucho charlar con vos. Son muchos años y hemos armado un código y...

-Ves, ves, en cambio a ella nada la entretiene. Te dije que es la piel de Judas. Parece que le gustara verme mal. Eso es por la madre, pobre, yo no me di cuenta que esa mina es tan tóxica. La envenena y ella lo niega, corazón mío, porque es la madre y la quiere a la guacha esa. Ella la defiende diciendo que es infantil, pobre, si fuera infantil sería agradable, en cambio es una egoísta y una turra. Ni siquiera le dijo Feliz Navidad. Después le promete cosas y se olvida. ¡Qué atorranta! Esa también tiene el calzón flojo. Ahora se hace la fina y es una trepadora.

-Manolo, vos la elegiste...

-Sí... elegí, elegí darle una patada pero ya había nacido la nena y...

-¿Manolo? ¿Manolo? ¿Qué te pasa?

-...

-Hola, sí, es una emergencia, calle 65 entre 5 y 6, Manuel... Amadeo... Ugarte.

Sin hache. No, casa. Por favor apúrense, si ya lo recosté en el piso pero no vuelve en sí. Es hipertenso. No, estaba normal la presión, se la tomé yo misma, quizás el aparato anda como la mona, no sé qué decirle... eso decía él. Estaba desesperado, muy nervioso... Comió bizcochitos con sal y mate dulce. ¿Le pongo una almohada en la cabeza? Sí, sí...entiendo. Hasta luego.

-Manolo, Manolo...ya viene la ambulancia, me escuchás querido...No me asustes...tomá un poquito de agua que te va a hacer bien.

Venta de libros

Caminé con el changuito de los mandados de la vieja del primer piso, me lo prestó con sólo verme bajar con esa bolsa pesada y ruda.

¿Nena qué te pasó? ¿Qué llevás ahí que pesa tanto?

Yo tenía la cara roja por el esfuerzo.

Libros, señora, los voy a vender.

Encima se me había metido la bombacha en el trasero y me impedía caminar normal. Fue ahí que Pocha, así se llama mi vecina, se conmisero y me prestó el changuito. Me dijo, ay Muñeca, cuándo vas a cuidarte un poco más. El suspiro que acompañó la frase no me convenció.

No me importó que el carrito tuviera restos de tierra de papas y cáscaras de cebolla en el fondo de la bolsa.

Metí todo adentro, me saqué la bombacha de la raya del culo y así sentí que me dolían menos las costillas.

Caminé largo y rengueante hasta el parque Saavedra, más de treinta cuadras que me dejaron molida, una de las ruedas se salía cada dos cuadras.

Fue difícil, la gente no se quedaba mucho frente a una preciosura como yo cagada a golpes y no tenía una mesa de exhibición para los libros.

Sonreía tratando de tapar el agujerito del diente que me faltaba, después aprendí a sonreír sin que nadie lo notara, incluso cuando me faltaron algunos más, mi cabellera brillaba pero me había quedado un poco ladeada porque me dormí con el pelo húmedo y el vestido más discreto que tenía, gozaba de una mancha de café con leche en la teta derecha.

Varios tipos pasaron y me echaron un vistazo. Puse aire de intelectual pero no surtió ningún efecto.

*Hasta que de pronto uno se dedicó a revolver y me preguntó a cuánto vendía *La mujer rota* de Simone de Beauvoir.*

Era un muchachote agradable y con cierto gesto amable detrás de sus anteojos cuadrados, cuando me agaché a buscar la listita de

precios que había armado que estaba en el fondo del bolsón una voz le salió como de otro cuerpo y áspero me dijo ¿te gusta que te revienten, putita? ¿No me la chupás? No te cobro.

Me dejó helada. Lo miré y me sentí algo rara, por ahí mi vestido estaba demasiado corto o se me habría abierto algún botón que le provocó esa reacción.

Le sonreí como una tarada pero me salvó una señora que le sacó el libro de las manos y me dijo, te lo compro yo, es una buena edición.

Se pelearon un poco pero el flaco al fin se fue y la señora me dio cinco pesos.

No vendí mucho, pero junté treinta y cinco pesos y decidí volver a casa.

De camino a la pensión compré unas cosas en la verdulería y unas alitas de pollo para hacer puchero, a Mariquita le encantan.

Puse todo arriba de Ser y Tiempo que no logré vender, llegué a casa poco antes de que mi amiga se despertara.

Cuando abrí la puerta me preguntó ¿quién es? El burro portugués... Dormí un ratito más mientras preparo la cena.

A la hora comenzamos con nuestro pequeño banquete, Mariquita estaba chocha y cuando le conté mis peripecias y la venta de los libros medio se puso mal.

Pero Muñe, ¿no los podemos recuperar? a vos te gustaban tanto. Medio me babeaba para comer pero mientras el caldo se me escurría del lado de la boca que estaba hinchado todavía le dije que por lo menos sirviera para algo tanta literatura europea.

Agradecé que nos dio de comer.

Miró por arriba del chango y vio Ser y Tiempo. Y leyó Martín Eidijer. ¡Tomá mate! me dijo y se zampó una cucharada grande de caldo con verduritas. Ese libro es gordo como la poronga de Diego, anoche me volvió a buscar. Me dio treinta pesos, canturreó.

Me hizo reír porque miré el libro, recordé su peso en mis manos, que arrastré al Ser y Tiempo hasta Parque Saavedra y me lo tuve que volver a traer.

Prendí un cigarrillo y pude fumar tranquila, mientras Mari se fue a duchar.

Le grité: ¡no salgas esta noche, quedate conmigo!

Cuando salió del baño, gritó, ¿qué dijiste?

Nada.

Roberto golpeó la pared y la lámpara volvió a temblar.

¡La puta madre que te parió, pajero! le gritó Mariquita, en medio de un eructo.

Yo le subí la radio, a propósito.

Le pinté las uñas de los pies. A la hora de siempre se preparó y me dijo que volvería temprano.

Mañana nos estrenamos las soleritas, Beba se comprometió a traerlas a mediodía y podemos ir al centro a tomar algo.

Se dio un pase, un nariguetazo feroz de ese polvo immaculado que usaba cada vez más seguido, se retocó el maquillaje de las pestañas y su taconeó resonó escaleras abajo cada vez más fuerte.

La vi por la ventana y me hizo chaucito con la mano.

Tuve la tentación de hojear el librote, ese porongazo filosfal.

Pero le tuve miedo.

Junté la mesa, lavé los platos y me miré en el espejito de mano.

Todo empezaba a deshincharse en mi cara, a acomodarse, salvo el diente.

Volví, lentamente, a ser Muñeca.

Como a las dos horas que se fue Mariquita escuche unos golpecitos de puerta muy bajitos: era la enana de la pieza cinco.

Disculpame la hora Muñeca, pero ¿tendrás una bombacha para prestarme?

Pasá, pasá Judit, ¿es para algo especial?

Sí, ahora viene la médica del hospital San Martín que está caliente conmigo, me prometió cincuenta pesos si me la dejaba chupar, y cien por el servicio completo, pero acá en mi pieza.

Es buena plata le dije y le mostré una trusa color lila con voladitos de encaje. Ay me encanta, yo sabía que ibas a tener algo divino. Te juro que te la devuelvo mañana.

Estiró sus manitas regordetas y me apretó las dos tetas en señal de gratitud.

Se fue silbando fuerte Por una cabeza.

Me dormí pensando en la médica del San Martín.

El dolor

-Eso que le pasaba a los otros, eso me pasa, Emilsen.

-Ya sé Manolo, ya sé.

-No, no sabés, podés comprenderlo pero no sabés, no te atravesó el cuerpo ese conocimiento.

-No te alteres, ni siquiera hubo que internarte.

-¿Y eso qué tiene que ver? El infarto está.

-¿Te llamó Muñeca?

-No. La nena no va llamar por un tiempo. La conozco bien. Gracias Emilsen, sé que te hice pegar un flor de susto. Estando ahí tirado te escuchaba de lejos decirme que tomara agua y en medio de ese estar sin estar, me daba risa.

-¡Uy, sí, qué gracioso! Pero ¿qué sentís?

-Me duele.

-¿El corazón?

-No, no verla, no pelearla un poquito y no reírme con ella.

-Mirá Manuel Amadeo, abrí la mandíbula y soltala.

-Ya sé, Emilsen. Pero no soy un perro ni ella un hueso. Son muchos años juntos... ¿Qué sabés de tu vieja?

-Está bien, se preocupa porque estoy flaca y con los chicos es un amor. A Ignacio lo quiere mucho. Le conté que estuviste en Río.

-¿Y qué te dijo?

-Que por qué no fuiste a visitar a su hermana.

-La verdad es que hice mal, debería haberla llamado por lo menos, pero estuve tan ocupado con la nena que el tiempo se me pasó volando. Todos estos días de reposo me hicieron pensar, las pavadas que pienso siempre, más que pensar en recordar eso de imaginar una estatua de mármol de una persona, quitarle las capas de mármol y de a poco cambiar la nariz por una nariz y así oler, los ojos por ojos y así mirar, y desnudar todos los órganos sensoriales que están enterrados debajo de la piedra. Al quitar toda la piedra quedaría al desnudo un ser humano mortal y vulnerable. El tiempo nos corroe, es ridículo pensarnos como de mármol. Cuando tiramos por la borda

ese ideal clásico entendemos que no estamos congelados en el tiempo. Sólo la muerte nos deja fijados y perfectos en alguna memoria, si es que alguien nos quiere recordar.

-Mirá Manolo, me parece que estás exagerando la nota. No sé por qué pensás estas cosas horribles...

-Yo no las pensé, la pensaron otros. Echado en esta cama se me apareció esto y recordé, no sé si bien para qué, estas pavadas.

-No son pavadas pero me parece que estás dolorido por la partida de Muñe y en vez de dejar que te duela y te de miedo te ponés sesudo. ¿No podés llorar tranquilo?

-Emilsen, yo no puedo estar llamándote a vos todo el tiempo. Vos tenés a tu marido, a tus hijos, a tu madre, no podés estar teniéndome la vela.

-Manolo, los chicos son grandes, mamá está bien e Ignacio también tiene sus amigos. Y vos sos mi amigo. No te voy a abandonar. Además me gusta estar con vos, aunque quisiera que no estés enfermo disfruto de venir todas las tardes a charlar con vos. Viste que Ignacio no es de mucho hablar, es un amoroso pero no le gusta charlar. A Mamá y tía Nidia sí, debo haberlo heredado de ellas. Son hermanas pero más que hermanas son amigas entrañables. Se pasan horas conversando vaya a saber de qué.

Igual que nosotros sin ser hermanos de sangre.

-Tu vieja tiene razón, estás muy flaca, ¿no comés?

-Como un montón pero nunca fui gorda, por ahí es la menopausia que me está dando vueltas, hace bastante que no voy a la ginecóloga. El mes que viene voy. Estos ovarios míos están medio raros.

-¿Por?

-Hay meses que menstrúo como veinte días.

-Pero Emilsen, ¿estás loca? ¿Veinte días? Debés estar anémica.

-Siempre fui un poco anémica pero no ando floja, hay mañanas que me cuesta mucho levantarme pero enseguida después de los mates estoy mejor.

-Vos estás loca.

-Una cosa no quita la otra. Pensá lo positivo, si no estuviera loca no podría ser amiga tuya...

-Tenés razón. ¿Te hacés unos mates dulces? Porque para amarga

está la vida...

-Ya voy... ¡qué manía con ese dicho de porquería!

-Yo de paso voy al baño.

...

-¡Manolo ya está el mate! ¿Vas a tardar?

-¡Estoy tardando!

-Muy sutil lo tuyo.

-¿Te parece que te explique qué hago en el baño? Porque ya estás como la nena, que cualquier cosa, incluso mis necesidades biológicas le traen algún problemita.

-Dejá de decir la nena. Ya bastante con ese sobrenombre horrible de Muñeca.

¿Quién inventó esa barbaridad?

-¿Quién va a ser? La turra de la madre. Porque realmente la nena era como una muñeca para ella. Y como todo, se cansó rápido del nuevo juguete porque justamente no lloraba a pila, lloraba. Tenía hambre. Tenía sueño, se reía. Era un tesoro y la guacha siempre con sus dolorcitos, sus problemitas, le molestaba la nena. Ni bien la vio dijo ¡ay es una muñeca! Así la nombró y así la trató, como un juguete. Pero dios la castigó.

-No digas así.

-Si es la verdad. Se hace la loca y siempre la pasa bárbaro. Lo único que le gusta es la guita. Lo único que la tranquiliza es la guita y ver si logra encamarse con el marido de alguna amiga. Parece que el marido actual tampoco la satisface. Es una narcisista. ¿Te dije o no te dije?

-Sí, me dijiste, pero me parece que reducís un poco el problema. Debe tener otras aristas en su cabeza.

-Está bien eso de las aristas, quiere decir que tiene un cubo como cabeza...

-No digas así Manolo. Me pone nerviosa que sigas tan enconado, pasaron muchos años y...

-Te entiendo Emilsen, pero quiero aclararte algo, si no fuera por la nena a mí me importa un pito ella, aún más, me sería hasta simpática, pero cuando veo el sufrimiento de mi hija me dan ganas de pegarle con un garrote en la cabeza. No soy de mármol.

-Ya sé, querido, pero tu hija es grande y ya va a tener que encarar ese tema con su mamá o quizás no y acepte que es así y listo.

-¿No te dije que no quiere ir a un sicólogo?

-Entre nosotros, hay cada uno que es mejor rajarlos, no sé hasta qué punto está equivocada.

-Hay de todo, pero en el fondo toma la misma actitud de la madre: la pereza. Piensa que encamándose o leyendo filosofía ya tiene todo resuelto y no ve que tiene un incendio al lado. ¿Me querés decir adónde fue a parar esta hija mía?

-No te pongas nervioso que te hace mal.

-...

-Sí querido, llorá pero no te golpees más. Contame qué pensás...

-...

-No tengas miedo, está haciendo su elección de vida. ¿Qué te imaginás?

-...Nad... me duele...no tengo palab...

-Llorá que te hace bien descargar.

-...

-Todo el tiempo espero, no sé qué, pero espero. Gracias Emilsen.

-Toda tu vida es un pero, mirá Manolo, hacé tu vida sin peros y dejate de embromar. Muñe va a volver, de eso no te quepan dudas. Aceptala sin peros como quiera construirse. No se fue para lastimarte, se fue porque todos nos tenemos que ir de la casa de nuestros padres. Ella te ama, no lo dudes, pero este dolor que tenés es también por otras cosas. Es tarde Manolo, te dejé pollo con papas sin sal en la heladera, ya me tengo que ir.

-Sos un ángel, qué haría sin vos...

-Te las arreglarías, nadie se muere por nadie, por suerte. Hasta mañana.

-¿A quién saliste tan concreta, Emilsen?

-No seas tarumba, ¿querés?

Yarará

La casa de madera donde vivía tenía tres escalones que desembocaban en la selva. Un árbol de corteza negra cruzaba con una de sus enormes ramas sobre esos escalones como si fuera un techo. Ahí vivía una yarará mimetizada. Oscura y abrazadora. Mostraba muchas veces su cabeza en alto cuando yo bajaba al jardín. Nunca fue amenazante.

Pero ese día atrapó a mi gato blanco. Lo mordió y él, lánguido, se desplomó. Vi eso desde el dintel de alguna puerta y mi corrida para evitar la mordida fue inútil. Las convulsiones por el veneno en el pobre gato y sus ojos abiertos de dolor eran flechas que me atravesaban.

Chisté a la yarará y se replegó obediente en su rama.

Agarré al gato blanco y corrí hasta la guardia de una veterinaria. El gato aún estaba vivo pero su estado empeoraba. Entré en esa especie de hospital y le grité a la veterinaria que le diera el suero antiofídico. La médica me miró con cara bobalicona e intentó explicarme que estaba haciendo una autopsia. Vi que era la autopsia de otro gato, también blanco.

Tanto le grité que salió de su inmovilidad y fue hasta una heladera, sacó un frasquito e inyectó a mi gato.

En ese momento observé la cabeza decapitada del gato de la autopsia tirada en el suelo.

La voz altisonante de Mariquita me despertó.

Hablaba con Beba y una serpenteante mujer jovencísima estaba de espaldas, con pelo muy largo y una cintura angostada por una faja negra y brillante, como la yarará en la rama, que marcaba más su trasero.

Adelita la paraguayita

Salir de esa pesadilla con el griterío de Mari y Beba fue un suplicio.

Aullé como una perra herida tapada hasta la nariz con la sábana.

Se callaron en un instante, miraron hacia ese bulto aullante que

era yo en mi cama, y se rieron.

¿Te despertaste remolona? dijo Mari.

Hola, dijo Beba, con aire picarón.

La tercera figura giró en sí misma y desplegó una sonrisa extraña pero espléndida. Me detuve a ver cada unos de sus hermosos y terribles dientes que me hicieron acordar de algunas cosas de mi sueño.

Rápida Mari empezó a cotorrear, esta es Adelita, la sobrina nieta de Beba, ¿no es un amor?

Adelita bajó los ojos.

Se va a quedar acá con nosotras un tiempito hasta que se organice, ¿no tenés problema?

No entendía a qué problema se refería pero automáticamente, alisando el pelo con la mano y tratando de sentarme le dije que no.

Además de ser amorosa es cítrica.

¿Qué?

¡En lo de la Beba me leyó las cartas y la pegó en todo!

Psíquica, la corregí.

Má si me entendiste igual.

Muñe es muy culta le dijo a Adelita, un bocho, salvo con los tipos, dos por tres la cagan a palos y la dejan a la miseria como ahora.

Adelita, achinada, miró mi boca, la vi mirarme la boca y apreté los labios inmediatamente.

Paseo a mediodía por el centro

Me levanté a los tumbos mientras Mari parloteaba a Adelita y la ayudaba a ubicar sus cosas en nuestro escaso cuchitril.

Adelita me miró la entrepierna al deslizarme de la cama.

Fui al baño me duché y cuando volví a la pieza Adelita preparaba algo con pescado en el anafe.

Las soleritas estaban ahora terminadas arriba de mi cama extendida.

Idénticas pero distintas.

Ay Muñe, vamos al centro a tomar una cervecita antes de comer. Adelita nos está preparando una comidita riquísima.

Acepté y vi nuevamente la mirada de Adelita. Me acerqué a la pileta en bombacha y corpiño para tomar agua y me susurró: rohayhu ha aise nendive pya 'eF. No entiendo que decís, le dije sorprendida de escuchar ese murmullo acariciador.

Es guaraní, ya me vas a entender. Sonó a flechazo.

Pero salí rápido de ahí a ponerme la solerita y me olvidé de eso frente a la alegría de Mari que decía: quedaron perfectas, nos quedan divinas, esta Beba es muy prolija, mirá las costuras...son un sueño.

Recordé a la yará por un instante.

¿Qué te pasa loca de mierda? Nada, nada estoy medio dormida todavía.

Era cierto.

Nos pusimos un labial clarito y salimos a los saltitos al sonar de un tálueeeego que le dijimos a Adelita. Nos miró sin decir nada y siguió con su faena. Un brillo de sus ojos me retumbó en la boca del estómago pero no le dije ni mu a Mari.

En el Bar El Parlamento

Cuando nos bajamos del colectivo esquivando manotazos fuimos derecho al bar de 7 y 51, El Parlamento. Nos quedamos en una mesa de afuera y los tipos de adentro miraban un partido y nos decían no sé qué cosas.

Qué desean las hermanitas, dijo el mozo con cara de forro.

¡Plata! Dijo Mari picarona. No, no, traenos una cervecita bien fresquita con algunas papitas y manises...A sus órdenes dijo el forro con sonrisa de forro.

Me sentía distraída y llena de ese sueño ridículo del gato y la yarárá.

Se lo conté a Mariquita y dijo ay, tocá madera, eso es yeta.

¿Qué?

Soñar con la que no se nombra...suerte que los gatos eran blancos.

No entiendo, le dije interesada.

A mí no me sale explicarte ...pero no me sigas contando que me pongo mal.

Uy mirá quién va allá...dijo cambiando de tema.

¿Quién?

Ése, el que va con la mosquita muerta de trajecito, es el juez que nos levantó el mes pasado para hacer una fiestita y que nos regateó la guita.

Así no lo reconozco.

Claro boluda porque está vestido y largó una risotada que hizo que los tipos que estaban en la ventana nos miraran.

Qué mirás pelotudo, dijo Mari. La cerveza ya se le había subido a la cabeza.

-A ustedes bonitas...no quieren salami con la picada, dijo un pelado.

-¡Con verte la cara ya me pateó el hígado...pelado idiota!

Le tapé la boca con un chisst, le dije: dejá de joder que nos van a sacar del culo de acá.

Dicho y hecho, el mozo vino con el ticket, nos cobró y nos hizo un ademán.

Volvimos caminando del centro a la pensión.

Las silbatinas de la mañana me perturbaron muy distinto que las habituales nocturnas.

Al llegar a la pieza había un clima muy amable, estaba todo como reluciente.

Adelita había acomodado la mesa para las tres de una manera preciosa.

Y el olor a comida y el sol que entraba por la ventana hacían de ese tugurio un lugar menos feo.

Bienvenidas...

El grito de admiración de Mari nos significó otro golpe en la pared y la consecuente:

¡callate pajero! Que le gritamos a coro al vecino, atrás de nuestras risotadas.

¡Ay nena sos un amor! Seguía diciendo Mariquita y nos sentamos.

Nos puso un trozo de pescado a cada una con papas hervidas y Adelita, recatada, se sirvió la cola y la cabeza.

Compartamos le susurré, y ella me miró hondamente y me dijo que no me preocupara que a ella le gustaba.

De pronto dio un respingo: me olvidé el aderezo y trajo rápidamente un platito con ajo y perejil picado en aceite.

Teníamos hambre y comimos pero en medio de un bocado de pescado que me iba a meter en la boca, veo como la paraguayita se comía un ojo del pescado y metía la lengua en la cuenca desorbitada como una bestia. Me detuve frente a ese espectáculo nauseabundo viendo cómo repetía la acción con el otro ojo y la consecuente lengüeteada. Mostró una lengua gorda y larga que me produjo un escalofrío, mantenía los ojos cerrados y los dientes afilados durante esos segundos que fueron para mí una suspensión morbosa del tiempo.

¿Hoy estás boluda? me codeó Mari...se te cayó el pedazo de pescado en mi vaso de agua.

Perdoname, sí, estoy pelotuda hoy.

Eso debe ser por ese sueño de mierda que tuviste. Mari me miró siniestra.

¿Qué sueño?, preguntó Adelita, ya con los ojos abiertos y su cara delicada.

En ese momento golpearon bajito, era Judit.

Hola chicas, no se molesten, acá te dejo la bombachita que me prestaste, Muñe, no te la lavé porque tenía miedo de estropearla. Me dio suerte, es preciosa.

La enana me dio un besito, se fue silbando bajito y me dejó con la trusa usada en la mano.

Dáme eso que ya es demasiado pescado para esta mesa, dijo Mari.

Dejá que yo te la lavo agregó Adelita.

Me paré, saturada de que me trataran como una idiota, y la banqueta cayó con estruendo en el piso de madera.

¡Quieren dejarme de joder! A mi grito exasperado lo acompañaron los golpes en la pared del vecino. La lámpara tembló como siempre... y yo como nunca.

Noche perturbada

Llegó la noche, rauda.

Estuve todo ese tiempo sentada frente a la ventana abierta viendo como el calor armaba un humo reseco en el asfalto.

Las chicas cuchicheaban bajo como para no perturbarme más.

A eso de las 11 de la noche Mariquita se acercó, me dio un besito en la frente y dijo hasta mañana. La vi salir como todas las noches.

Me levanté de la silla y fui a tomar agua. Preferí tomar un cinzano con hielo. Adelita ya no estaba. Fui hasta mis papeles de la facultad y saqué una fotocopia arrugada que asomaba trastornada. No la leí hasta la mañana siguiente cuando la encontré sobre la mesa.

Me acosté y me tapé sólo con la sábana. Me saqué el corpiño y sentí que mis pezones se endurecían. Me quedé dormida muy rápido sintiendo una cabalgata arisca en mis pezones todavía punzantes.

No sé cuánto tiempo pasé durmiendo hasta que escuché a Adelita susurrarme, dejame acostarme con vos. Tenía la voz ronca.

Automáticamente obedecí. Ni bien se arrimó a mi lado sentí su mano. En la oscuridad era una manota grande y cálida que me hizo suspirar. Me dejé. Me gustó esa presencia oscura que ya no tenía nada de frágil. Adelita era firme.

Me tocaba la panza adhiriendo cada pedazo de carne de su mano a cada una de la mía. Ella me hundía contra el colchón, profundamente, y algo bailaba en mi cabeza. Como un recuerdo de algo que nunca me sucedió y a la vez recordaba. Acercó su boca a la mía y su lengua me taladraba alguna parte más que mi boca, cada vez más ansiosa de más. Estaba borracha de eso que me hacía y no luché.

Bajé mi mano a su entrepierna. Quise sorprenderme y no pude. Su pelo larguísimo en la oscuridad era de otra mujer. Olía su aliento dulzón, caliente y supe lo que supe desde la primera vez que la vi mirarme la entrepierna.

Me chupaba como si fuera esos ojos de pescado que vi comerse y no me importó nada.

Me senté arriba de ella y la sentí más allá del fondo de mí.

Me moví de arriba abajo enganchándola entre mis pliegues y los golpes de sus movimientos se hicieron líquidos y fuertes en mi fondo. Me enloqueció.

Quise más y más.

Mis orgasmos me atraparon en una hélice doble, me chupaban y me expulsaban hecha pedazos, pedacitos de mí en medio de un viento eléctrico.

No puedo más, le dije, y me acarició con su manaza mi mejilla, que entraba justito en su palma. Justito. Ni más ni menos.

No conseguí ni quise recapacitar nada. Estaba espléndida, exhausta y sintiendo que volvía a ser, por un rato, esa que alguna vez fui.

Algo parecido al temblor del temor terminó de cerrarme los ojos. La imagen de la fotocopia que encontré, se deslizó por un vértice de mis ojos cerrados.

Así quedé junto a sus leves ronquidos.

Zumbando y medio tarumba.

El compromiso

-Decime Emilsen, ¿para cuántos pongo la mesa? ¿Vienen tu marido y tus hijos?

-Mirá Manolo, Ignacio seguro que viene pero ya sabés que Pedrito hace dos años que no sale de casa y Manu se fue a ese retiro espiritual al Uritorco.

-¿Pedrito le decís a tu hijo de veintitrés años? Querés apurarte con esas papas, al final ya no sé para cuántos cocinar y para variar solo para todo.

-Manolo, tranquilo, son las tres de la tarde y quedaron en llegar a las nueve y pico.

-Ojalá que tu marido llegue sobrio, le va a dar un ataque si llega a estar empinado y vea a los especímenes de amigas de la nena, además de su novia paraguaya.

¿Querés que le compre whisky?

-No, no tentemos a la bestia, que se las arregle con el vino y con el vermouth de la entrada, después tengo que manejar de vuelta yo todo el tiempo. Gracias, lo que me faltaba...

-Yo no te puedo creer estar viviendo esta pesadilla, encima me dijo Muñe que invitó a la yegua de la madre y que una de las chicas es enana. Si no reviento hoy no reviento más. ¿Quedará mal que le ponga un almohadón más alto para la enanita? Ni loco me siento al lado de esa...

-¡Ignacio menos! Y ni se te ocurra ponerlo cerca de la enana ni de la paraguaya.

-Qué racista resultó tu marido, no te entiendo Emilsen qué le viste... ¿Podés apurarte un poco con el tema de pelar papas?, no van a estar echas ni para pasado mañana.

-Tu hija podría haberse ofrecido a colaborar, está bien que sea su compromiso pero si al menos hubiera venido con la novia más temprano, cocinábamos y después se iban a cambiar...

-¡Ah no! En mi cocina estas no se meten, andá a saber si no nos envenenan. Muñe nunca supo hacer ni un puré y a la otra, Adelita como le dice, debe tener un gusto horrible para la comida.

-¡A mí me gusta la sopa paraguaya!

-¡Menos mal que no te gusta la tortilla paraguaya!

-¿Si? nunca probé...

-Si serás ingenua Emilsen...

-¡Timbre! ¿Emilsen te podés fijar que estoy adobando la carne?

-Hablando de Roma... es de la panadería, traen la torta.

-¡Sacá plata de la billetera, pagale y fijate si los muñequitos de la torta son dos nenitas, querés hacerme el favor! Me aseguraron que sí, que te tenían pero viste cómo son con tal de vender.

-Ahí voy, tengo que secarme las manos. ¡Dejá de gritar!

-Que sea para hoy, no tenemos la vida de las tortugas Emilsen. ¡Cerrá la canilla que estás desperdiciando agua! Hay un montón de pobre gente que no tiene agua ni para tomar un vaso. Debe ser horrible estar sin agua...

-¡Sos insoportable!

-...

-Dejame sacar la cuenta de quiénes vienen a comer: Muñe con Adelita, acá anoté, Mariquita, una tal Beba, la enana y otra más que no alcancé a escuchar el nombre, creo que es una vieja de la pensión esa de mala muerte donde le gusta vivir...

La yegua de la madre que vendrá con el marido y los dos hijos del marido, hasta ahí son diez... Vos y tu marido, serían doce, y yo trece... ¡la yeta! Habrá que invitar a alguien más o matar a alguno.

-¡Manolo no seas burro! ¿Ahora sos supersticioso!

-¡Mirá quién habla, una científica que todo el tiempo me dice que dios me va a castigar! ¡Parecés una vieja Emilsen!

-Mejor me callo la boca porque no quiero hacer una escena en el compromiso de Muñe...

-¡Si claro! Preferís siempre estar mudita para no ventilar el despetote tuyo, una familia muy regular, ¿no?

-¡No pienso engancharme en tu locura Manolo! Acá tenés las papas para poner a hervir... bastante tengo con lo propio para pelear con vos.

-¡Ay, ella siempre tiene que ser la víctima... calladita y sumisa!

-¡Te desubicaste, basta, me voy a fumar un cigarrillo al patio!

-¡Dale seguí engordando al cáncer!

-¡Qué tiene que ver el páncreas con el cigarrillo, tarado!

Decidimos ponernos las soleritas que Beba nos cosió, era lo más limpio que teníamos, pero a Adelita le queda un poco grande, se la ajusté a mano y le quedó bien. Era raro estar vestidas iguales, distintas e iguales...iguales a qué, pensé.

Mariquita estaba pasada de drogas y no daba pie con bola, se puso y sacó ropa todo el día: ¡No puedo ir con esta facha de puta a lo de tu viejo, Muñe...!

Traté de explicarle que aunque se vistiera de Dior, a mi viejo le iba a caer todo mal, que no se preocupara, no me entendió nada.

A las ocho y media partimos de la pensión, todas caminando para lo de mi papá.

Estábamos preparadas como guerreras. Judit iba adelante llena de volados, estaba hermosa, quizás demasiado rubor en sus cachetes, pero para noche quedaba bien. Mari rengueaba con sus zapatitos dos talles menos y Pocha se había hecho rulitos en la peluquería y le chantaron un matizador medio lila. Le quedaba bien a pesar de que las manchas de la tinta asomaban por detrás de sus orejas. Yo me puse una camperita, estaba demasiado fresco para andar con la espalda descubierta, igual Adelita me pasó el brazo por la cintura y me daba su calor. Caminaba con ese andar seguro y tranquilo que me daba paz. No tenía mucha esperanza en este encuentro. Una cosa es aceptar el encuentro y otra es claudicar. Adelita me habló de “posibilidad” y me convenció. Me ocupé expresamente de que el número de fuerzas de cada una de las partes fuera proporcionado. La violencia es siempre contraviolencia, y esta vez estaba dispuesta a no lloriquear.

A mitad de camino vi pasar el auto de mi vieja con su marido y los hijos de él. Ni me vio, iba mirándose, en el espejito del acompañante, se retocaba el rimel. ¡Ojalá se saqué un ojo!, les dije a las chicas señalándola y se rieron a los gritos.

No me sentí huérfana esta vez, iba con mi novia, me iba a casar con ella, caminaba con la familia que armé, estas chicas medio tarumbas, como yo.

Un cortejo de tarumbas.

Noticias del día

Dos recortes...

La Plata, 25 de agosto de 2...

“La bióloga Emilsen Garay falleció a los 44 años, confirmaron sus familiares.

La doctora Garay murió ayer en una clínica de la Capital Federal, luego de haber sufrido una corta enfermedad terminal.

Fuentes allegadas a la familia dijeron que intentarán preservar la privacidad de la situación por lo que probablemente no habrá velatorio, y el sepelio recién se efectuaría mañana, a la espera de la llegada de su tía que vive en el exterior.

La doctora Garay fue una prominente y reconocida investigadora en distintas universidades nacionales e internacionales.

Nacida en La Plata, Garay estaba casada y tenía dos hijos.

Según se supo, en la tarde de ayer, Emilsen Garay estaba en una casa en compañía de varios familiares y amigos cuando tuvo un desvanecimiento que obligó a trasladarla a una clínica de la Capital Federal.

En el viaje llegó a recuperarse parcialmente, pero su situación se agravó al anochecer.

Allegados de la familia señalaron que muy probablemente no habrá velatorio y que el sepelio tendría lugar mañana, en una ceremonia privada.”

“La jueza civil Martha González anuló, en primera instancia, el matrimonio entre dos mujeres en Argentina, celebrado hace sólo una semana.

La magistrado declaró “inexistente” la boda entre María Inés Ugarte y Adela Orozco al aceptar la apelación de un abogado católico para que declarara “inexistente” el matrimonio.

Ugarte, de nacionalidad argentina y Orozco, paraguaya, ambas de 29 años y en pareja desde hace un año, se casaron el pasado 9 de abril luego de lograr la autorización judicial de la magistrada Elena Pereira.”

ÍNDICE

EL PREFERIDO - 7

COSOS, UNA REBELIÓN ARGENTINA -143

EL MIEDO A MORIR - 237

TARUMBAS - 261